



CINCO

ASESINOS

TODOS LOS EXTRACTOS DE LA SAGA

CLAUDIO HERNÁNDEZ

Cinco asesinos

Claudio Hernández

Primera edición eBook: mayo, 2019.

Título: Cinco asesinos

© 2018 Claudio Hernández

© 2018 Diseño de cubierta: Higinia María

Todos los derechos reservados.

Código de registro: 1904160667662

Obra registrada. SafeCreative

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

Esta vez puedo dedicar el libro a todos los que me estáis leyendo. Espero que también a ti, que todavía no eres un lector mío, a quien va dedicada, te guste, si has decidido abrir este libro. También se lo dedico a mi familia y especialmente a mi padre; Ángel... Ayúdame en este pantanoso terreno... Ya mi esposa Mary, que me aguanta cada día...

El brillo, mi novela escrita para los incrédulos

No sé cómo empezar. Esto se me hace cuesta arriba. Las letras deberían desgranarse como cuando cae el arroz suelto de nuestra mano, o mejor aún, cuando por entre mis dedos resbala la arena suave y caliente en el mes de agosto. Aquí no tenemos playa, pero si un lago que a veces; solo a veces, utilizamos para bañarnos con total inquietud por si algo te agarra el tobillo y tira de ti. ¿Ves? No puedo escribir con soltura, y eso que llevo años intentando dominar este arte.

Un arte que a menudo da muchas decepciones de cara a la fase final, pero que se ve recompensado cuando algo bueno sale dentro de ti.

Esta es mi historia.

Ya desde los cinco años mi madre me llamaba Peter el del brillo. Sería que el cogote me brillaba como una bombilla. Era el año 74 y los somorgujos ya estaba allí, los Fresnos también, y más al sur, aunque parezca mentira, el maíz.

Maine había sido hasta siempre, que yo recuerde, un lugar tranquilo, donde no sucede nunca nada, hasta que las cosas más horribles suceden y hay un buen montón de libros que lo afirman. Desde un gato muerto que se pasea por la carretera hasta un perro como un caballo de grande que babea y hace trizas a cuantos se ponen por delante. Es un lugar donde los coches cobran vida y dan amor, donde algunas personas ven cosas... si, cosas. Como yo.

No soy ningun vampiro ni nada de eso, pero veo cosas. Solo me basta con tocarte la mano, al principio, después bastaba con tocar un objeto y poco a poco fui fortaleciendo el brillo. Lo más aterrador era ver la mirada perturbadora de aquellos asesinos y sentir el miedo de las víctimas. Todas ellas ventoseaban al morir, e incluso se orinaban encima.

Es parte de la naturaleza.

El miedo induce al terror y este al pánico. Todo es una cadena. ¿Y la

locura? Ella está siempre ahí y yo pude verla muchas veces. Demasiadas. Y ahora estoy aquí contando mi experiencia.

He publicado cinco libros de todo lo que sucedió en mi ciudad; Boad Hill, y espero que esto no se repita nunca más. Rezo todos los días para que después de muerto, cuando llegue mi hora. Los asesinos no se arrastren entre las sombras de la noche sin luna, porque ella, la luna: los observaría con su ojo avizor.

Tengo el don de poder ver en las mentes de todos.

¿Está bien así?

Voy a contarte una pesadilla que tuve hace mucho, mucho tiempo. Supongo que fue el principio de todo. Oh, no, verás, antes de la pesadilla tuve una experiencia con Sean; mi mejor amigo. Estaba muerto cuando le toqué la mano helada y vi cosas que aún perduran en mi mente.

Todavía.

Peter Bray

Mi pesadilla es tuya

1

La noche era larga. Tan larga como un túnel en el que el tren raya las paredes con su ruido estridente y perturbador. Tan larga como los oídos taponados cuando corres delante del tren, en ese mismo túnel y no puedes ir más deprisa, porque el jodido tren acelera más y más, y lo que tienes delante, es un buen montón de tablas cruzadas entre los raíles y toda esa oscuridad que te da una noche sin luna. Sientes como las jodidas ruedas metalizas chirrían y parecen convertirse en la carcajada de un payaso jocosos. Entonces tu corazón bombea tanto que parece que alguien está dentro de ti, dándole martillazos. Y el sudor es tan copioso que parece que estás bajo una lluvia, pero es maloliente y sedosa. Te sobra la camiseta que chapotea entre la humedad. Te faltan pies para correr y lo ves todo tan infinito que de pronto te das cuenta de que todo es un mal sueño.

Y eso queda ahí para siempre, aunque al despertar ya no lo recuerdes.

A los cinco años, Peter Bray se irguió sobre la cama empapada en sudor, con los ojos tan abiertos como platos que parecían que iban a salir volando de un momento a otro, y el corazón pugnando por salir de su pecho. Se puso tan tieso como una estaca impulsada por un muelle. Y alguien removía sus tripas con una pala. El sudor le resbaló desde la frente hasta humedecer los ojos casi llorosos, pero aun así, sentía como si se hubiera echado un puñado de sal en ellos. Le escocía. Trató de menguar el escozor con sus pequeños puños llenos de huesos y la piel tensa, con movimientos circulares, pero echó a llorar.

No fue un llanto.

Sino un impulso.

Y aunque ya no recordaba nada en ese preciso momento, a veces, por no decir casi siempre, las pesadillas regresan y entonces puedes contarlas, bajo

la flojedad de tus piernas. No obstante, Peter Bray, que estaba apoyado con sus huesudos codos, ahora recordaba.

Y le entró miedo.

Hasta el punto de entrar en pánico.

Sintió escalofríos recorriéndole la espalda, como si las sombras de repente pudieran acariciarle con sus largos dedos como espátulas. El hormigueo comenzó en sus piernas y trepó como un ejército de hormigas hasta sus pelotas, y entonces sintió entumecerse su cara. Las náuseas lo llenaron del todo y su respiración era lo más parecido al resuello de una chimenea. Por la ventana, no entraba luz alguna y no atinó a mover su mano para darle al interruptor que tenía justo al lado de la cama. Temía que si sacaba el brazo fuera del colchón, eso, le apresaría en un gran mordisco.

—Estoy muriéndome —susurró a la espesura y densa nube de aire casi irrespirable. Su voz no respondió en las paredes. Sencillamente fueron engullidas por un ominoso silencio que al final parecía el zumbido de un moscardón.

Fue una sensación extraña; justo como cuando le tocó la mano a su mejor amigo que había fallecido a la edad de cuatro años, de una muerte súbita. Él decía que había sido el demonio. Y entonces al rozar aquella mano helada todo cambio para él.

Eso fue un año antes, en el 75. Sean estaba pálido con los brazos laxos y cruzados sobre su pecho. Hundido en el ataúd, mientras el reverendo imploraba Dios y los demás escuchaban. La iglesia estaba llena de lugareños, familiares, conocidos, vecinos y chafarderos.

Y eso no era la pesadilla.

Eso era un recuerdo que no sabía por qué, le sobrevino a la cabeza mientras su cara se dormía con un endiablado picor y a veces, cuando se tocaba, sin tacto.

Quiso hablar de nuevo, pero no lo hizo.

Escuchó el silencio que parecía un ronroneo de un gatito durmiendo sobre su pecho. El silencio era ahora audible y los recuerdos eran muy claros, como si hubiera regresado al pasado. Sin embargo, no tenía conexión con la pesadilla. En ella había visto cinco siluetas enmarcadas en unos ojos perturbadores. Pero su mente estaba ahora bajo el influjo de lo que le sucedió.

Sintió como algo se descargaba en su mano. Como un pequeño calambre y entonces sucumbió a una plena oscuridad a pesar de tener bien abiertos los

ojos. Nadie se había percatado de que Peter Bray se había inclinado dentro del ataúd, el cual mostraba una caja de madera completamente lisa, puesta estratégicamente entre el reverendo y los feligreses.

Después de todo, la oscuridad se convirtió en luz, pero débil. Ahora veía un camión de juguete de color amarillo. Un coche de policía y un muñeco articulado. Veía sus manos rollizas atrapar aquellos juguetes y entonces comprendió que estaba viendo a través de sus ojos.

Un súbito palpar le acechó delante de todos. El pulso era tan fuerte que los que se encontraban más cerca, como los padres de Sean, podían escucharlo como una maquina locomotora. A él, le retumbaban dentro de su cabeza. Y seguía viendo.

Ahora vio los zapatos de su padre y un poco más arriba, los pantalones de pana marrones, y más arriba, un puño cerrado en el mango de un martillo.

Los ojos de Sean eran ahora sus ojos.

Su corazón detenido, en silencio, purpúreo por dentro, era para Peter, un camión pesado que trotaba por la interestatal 21. La que llevaba a Portland y que estaba llena de baches. La que más agujeros, tenía, en todo Maine.

Y el martillo destelló en lo alto.

Y entonces vio oscuridad.

Blandiendo el aire, todo se había difuminado como un banco de niebla. Hasta ver la negrura del cielo en sus retinas absortas. Se le había parado el corazón de un susto, pero no podía decir eso a nadie, porque, ¿quién le creería?

Pero era su brillo.

Y ahora después de todo, repasó la pesadilla, aún a oscuras.

Después de la niebla que no paraba de moverse como si fueran nubes de una tormenta otoñal que había bajado al suelo, unas siluetas se arrastraban entre la opacidad con un siseo como el de una serpiente cabreada. Peter que estaba en medio de una habitación con suelo de madera astillada, sentía como sus pies se habían anclado en el suelo y el sudor le brotaba de su frente como un grifo abierto. Pensó, durante las pesadillas, que podría lanzar un escupitajo blancuzco hacia aquellas sombras que se removían al final del todo. Sabía que si lo hacía, el esputo llegaba hacia ellos y con un poco de suerte, se estrellarían contra un cuerpo quizá, gaseoso o quizá sólido. Quería comprobarlo antes de nada. Y eso era bastante extraño en una pesadilla. Tan extraño como sentir todas las emociones del miedo juntas empezando por los

tobillos. Una culebrilla trepaba por sus piernas y cada vez las sentía menos. No notaba nada a pesar de que se las pellizcaba. Y la polla o mejor dicho, la pilila, pues era un crío; se encogían en el escroto como la cabeza de una tortuga se esconde en su caparazón. Y entonces le dolían los huevos.

Tan diferente se sentía, que no creía que eso fuera una pesadilla, sino más bien una subida de fiebre y que estaba delirando sobre el colchón, con las sábanas atadas y arrugadas a sus pies. Sin embargo, estaba equivocado. Era una jodida pesadilla.

En ella siguió viendo como aquellas formas a veces oscuras y otras opacas, seguían moviéndose, esta vez dentro de la densa nube casi grisácea ahora. Era de esperar que pronto una boca abierta con los colmillos más largos del mundo se abalanzara hacia su cuello como una estola, pero no sucedió esto.

En lugar de eso, escuchó voces. Había varias. Tan graves y perturbadoras que parecía que vinieran del mismísimo infierno. Atronadoras. Diferentes, Voces dobladas y distorsionadas, que decían lo mismo.

—Peter. Peter... te vamos a coger y... oh, no, Peter... tú serás quién nos veas. —y entonces podía ver unos ojos de mirada penetrante. Oscuros y macabros. A veces, en lapsos de tiempo cortos, como ascuas del fuego que se apagaban de inmediato tras una cortina de humo que se enrolaba hacia el techo oscuro de aquella habitación.

Él no contestó.

En las jodidas pesadillas uno no puede hacer lo que quiere. Si deseas correr no puedes. Si quieres gritar, tampoco. Si quieres despertar... oh, eso sí, pero solo cuando el lobo feroz está ante tus narices con las zarpas abiertas. Y entonces ves una luz dentro de la oscuridad de la noche. Siempre a las tres de la madrugada. Como si fuera un despertador tocacojones.

Peter empapado de sudor unos minutos después, giró la cabeza para mirar en la mesita y allí no estaba. No había ni un puto reloj que le dijera en silencio que eran las tres de la madrugada, aunque eso ya lo sabía.

No encendió la luz.

Ahora mezcló los recuerdos de Sean con los de la pesadilla. En ambos casos había algo malo, perverso, oscuro.

Sus nudillos blancos que no enrojecidos, casi brillaban como las llamas de unas velas, por lo fuerte que apretaba sus puños. Un lacerante dolor le recorrió todo el cuerpo desde la mano derecha. Se había clavado una uña y

había generado una herida en forma de medialuna que empezó a sangrar. Solo sintió que algo sedoso y ácido al olerlo, le bajaba por el canto de la mano. Y casi sintió como una gota se estampaba contra la sábana. Era como un pequeño clic que en realidad no existía. No podía identificar ese ruido, pero estaba seguro de que lo escuchó. ¿O quizá era su don el que lo hizo real?

No tenía la respuesta.

Como tampoco tuvo las agallas un año atrás para decir que su amigo Sean había muerto de miedo al ver el martillo en la mano de su padre. No tenía valor de decir que se había tirado el último pedo tan largo como una motosierra, mientras su corazón se detenía y sus ojos se cerraban, aún estando abiertos.

Se centró de nuevo en la pesadilla como si algo le agarrara la cabeza y se la doblara hacia atrás.

—Piensa —escuchaba; era una voz un tanto vaga, amortiguada y lejana—. Piensa y recuerda.

De la niebla asomaron aquellas caras con la piel estirada como un muñeco quemado. Como si algún tipo de ácido les hubiera caído en sus rostros deformados. Pero aquellos ojos seguían intactos.

Como un moco seco en una estaca, Peter trató de tragar saliva, pero no pudo. Las pesadillas eran tan crueles que no te dejaban decidir qué hacer y aquellos ojos, que contó por casi una decena, eran todos iguales. Como unas canicas perversas que no sienten nada. Solo mostraban odio y oscuridad.

¿Por qué narices no estaban blancuzcos?

No obtenía una sola respuesta.

Peter sentía ahora como levitaba y encima, su cuerpo se adentraba en la niebla, como un vampiro trata de entrar por la ventana de su mejor amigo, mientras sus ojos son de color amarillos. Sin embargo, no sucedió eso, sino que se vio rodeado de aquellos ojos que brillaban como pequeños agujeros perforados en la pared de una cueva.

—Quienes sois... —el intento no fue en vano. Pudo hablar, con voz de pito y trémula, pero había hablado. Eso ya era un paso de gigante, mientras su cuerpo seguía levitando y su cabello erizándose como las púas de un erizo.

—A lo largo de tu vida. Nos conocerás.

Y de repente aquellos ojos se agrandaron y parecía bocas enormes que se iban a atragantar con el cabezón de Peter y fue ahí, cuando chilló, chilló y chilló.

Justo en el momento que el resorte que tenía tras su espalda arqueada se había soltado. En el momento más oportuno para ver que todo había sido una jodida pesadilla, como una gran meada después de retener la orina toda la noche.

Se había vaciado.

Poco tiempo después, y aunque no hubiera cogido el mensaje, comenzaría todo.

Movió su mano en su entrepierna y sus dedos tocaron una mancha húmeda, caliente y extensa.

Después de todo el tiempo transcurrido, se había dado cuenta de que se había orinado.

Y una blanquecina luz empezó a entrar por el hueco de su ventana. Era la cara visible de la luna que después de apartar con sus largos brazos a un puñado de nubes, le sonreía.

Le sonreía después de todo.

Crímenes en verano

1

La cabeza tenía los ojos abiertos, pero no estaba allí. En el lugar donde ocurrió todo. Sino, al otro lado del bosque de Boad Hill. Corría el año 1983 y el calor devoraba el aire denso y pegajoso. Aquella mañana del 3 de agosto, el sol no se percibía en aquellos ojos vidriosos. A pesar de que los dedos del sol irrumpían por entre las ramas de los árboles; Fresnos, aquellos ojos no podían parpadear ni una sola vez.

Peter Bray que solo contaba con ocho años de edad, estaba en la zona de la vía del tren. En el otro extremo del bosque y más allá del lago LakeHill. Sus ojos estaban absortos en una mano purpúrea que asomaba entre los matorrales y las hojas secas. El dedo corazón estaba recto, mientras los demás dedos estaban curvados. Parecía que después de la muerte, aquella mano lo estaba mandando a tomar por el culo.

Con la inocencia de un niño en su mente y algo más, Peter se agachó lenta y oficiosamente hasta tener más de cerca aquella mano. La suya se extendió en el aire brillante por los rayos del sol que no tenían que atravesar las jodidas ramas de los árboles. Era un trozo de vía que estaba al descubierto incluso de los somorgujos. Y en el fondo había un puente que resplandecía como un diamante.

Con cada latido susurrando en sus sienes, los dedos de Peter rozaron aquella áspera piel hedionda de la parte del dorso de esa mano y fue entonces cuando descubrió algo que habitaba dentro de él.

Vio un inmenso túnel oscuro, sintió vértigos y finalmente empezó a ver una imagen de la cara de un hombre con barba rala. Aquellos ojos tan oscuros y con la mirada más lunática que había observado nunca, se le quedaron grabados como fuego en su memoria.

En una de las manos, la derecha, tenía una sierra oxidada.

El resto de las partes de aquella niña de seis años, estaban esparcidos y ocultos en un área de un kilómetro de aquel espeso bosque.

Y Peter Bray había visto la cara del asesino.

Retiró la mano con premura y su corazón martilleó su pecho. Un lacerante dolor le recorrió desde el cuello hasta la cabeza, quedándose ridículamente quebrantado en la mandíbula por una extraña mueca.

Su madre lo sabía. Su padre también. Él no.

Era «El brillo».

2

Fisgonearon cada rincón del jodido bosque. Hubo una intensa búsqueda y arrancaron todos los matojos para descubrir casi en cada una de ellas, un pedazo de aquella pobre desgraciada. Las luces de aquella feria; los coches, patrulla, que eran dos, se reflejaban en las hojas verdes y otras, rojas. Sus rostros enjutos, eran toda una pantalla de alumbramiento.

Y Peter Bray estaba allí también.

Después de caminar unos dos kilómetros a pie y regresar con el culo aplastado en el asiento de atrás de uno de aquellos ruidosos coches, le resultaba cuando menos divertido; parecían coches de feria de tanto que botaban.

Entonces en Boad Hill la ley se llamaba Aston Halloran, bueno, todo hay que decirlo; lo de Aston era un apodo por estar hablando todo el día de esa fábrica de coches. Y no, no construían Plymouth. Su nombre real era Robert. A menudo, se enfadaba cuando su esposa por aquel entonces le llamaba por su nombre de pila, hasta que le puso los cuernos un año más tarde con un forastero llamado Dick; a secas. Veinte años menor que ella.

Entonces Aston la llamó puta.

Pero ahora estaba con los brazos en jarra observando el paraje y como los dedos del sol jugaban entre las ramas, sesgándolo todo y creando un ambiente discotequero, dado que las ramas se movían por un jodido viento que se había levantado como la tapadera de la cafetera. De golpe. Y las líneas bronceas dibujaban tiras en el suelo que ya estaba lleno de marcadores de un maldito color amarillo. Eso sí, con numeritos.

Quedaban muy chulos.

Sobre todo las bolsas de plástico que tenía que recoger David, el chico de la ambulancia que no paraba de berrear como una condenada. Aquel maldito tipo, esmirriado, se había olvidado de quitar la alarma.

Aston con unos destellos impresionantes en los cristales de sus gafas marrones, al menos lo parecían, movió la lengua dentro de su boca y haciendo esfuerzo con la garganta, fabricó y soltó un lapo del tamaño de un sapo. Verde y gelatinoso. Después sus oscuros ojos buscaban el rostro pálido de ese tal David y fruncía el ceño, cuando la cara de ese desgraciado se arrugaba como una pasa en una extraña mueca.

El dedo de Aston rollizo, estaba señalando a la jodida ambulancia.

Todo era una mierda.

Ya que nunca había sucedido nada extraordinario en aquel pueblo fantasma, que fue ganando aceptación por otro pueblo cercano, en la que sucedían cosas muy raras. Pero eso era allí; un tal Castle Pock o algo así.

Aston no tenía bigote ni barba rala. El muy estúpido estaba bien afeitado cada mañana, era casi obeso, bueno dejémoslo en algo grande y sus ojos eran castaño oscuro. A veces parecía que uno veía los ojos de un amargado a punto de suicidarse, de lo profundo y oscuros que eran. Tenía una estatura de casi un metro ochenta y no tenía panza. Eso estaba bien. Todavía podía elevar sus rollizas piernas sin que se rajase el culo del pantalón.

Estaba rodeado de ineptos. Como todos, decía él. Un tal Arnie, Jack y Andrew. Sus madres no se rompieron mucho los cuernos con sus nombres. Los apellidos; allí todos se llamaban Hill. Era una sana costumbre como tirarse un pedo largo y con el sonido de una motosierra.

La verdad es que Boad Hill desde ese día no estaba para tonterías; nadie conocía bien a Peter Bray, pero sí a su padre John Bray. Un hombre conocido por su buen saber estar y sus largos paseos por el bosque y como no, por las casas que había construido con sus callosas manos.

Todavía no se había caído ninguna.

Fue el único asesinato en todo el verano en Boad Hill. No así en los alrededores. Es decir, los pueblos más cercanos. Sin duda había un asesino en serie o peor aún; un psicópata. Un perturbado. Un desquiciado. O una.

¿Quién coño lo sabía?

El pequeño Peter Bray.

Pero aquella mañana no dijo una sola palabra.

Ni a su mismo padre.

Su madre, apodada Mammi y del que todos habían olvidado ya su nombre real, tampoco lo supo con certeza.

¿He dicho con certeza?

Aquella mano. Aquel rostro en su mente. Esa oscuridad penetrante. Esos vagos recuerdos ahora. Y el terror de haberle visto la cara.

El sol dibujó extrañas formas en su rostro y sus poros empezaron a soltar sudor.

Todavía dentro del coche patrulla, sus ojos alcanzaron a ver algo.

Parecían tripas.

3

Solo habló al atardecer. Y fue con el sheriff Aston. Fue una conversación directa. Sincera. Eso había sucedido después de que lo llevaran a casa con sus padres, dieran una breve explicación y lo devolvieran de nuevo a la escena del crimen. Esa mañana había viajado dos veces y sus piernas estaban aliviadas. No así su consciencia. Aunque a esa edad poco se pensaba sobre el asunto. Cualquiera.

En ese atardecer todos los restos de un cuerpo estaban metidos en bolsas transparentes. Una mano purpúrea, un dedo índice, un pie mordisqueado por los animales salvajes del bosque. Sabían qué se trataba de una niña por sus genitales, no así todavía por sus pechos. Pero en la piel pálida aparecieron unas manchas oscuras. Como marrones. No muy oscuras. A medio camino entre el rojo y el marrón. Sin duda eran pecas y estaban en la mayor parte en el tronco. En la espalda.

No cabía duda.

Se trataría de una niña pelirroja. Solo las pelirrojas podían tener tantas pecas. Peter había visto la cara del asesino a través de los ojos de ella. Había visto como la sangre le nublaba la vista y todo empezaba a dar vueltas.

La risa espantosa de aquel perturbado.

Sin embargo, no vio a la niña de frente.

La cabeza no apareció en el lugar. Ni en los alrededores en donde buscaron erróneamente. Ni en los pueblos vecinos que todo hay que decirlo; no buscaron. La cabeza sencillamente no estaba. Bueno, era mejor decir, que no la encontraron, aunque aquellos ojos seguían abiertos y una fila de

hormigas ya estaba trabajando en sus cuencas dilatadas. Pero estaba en un lugar que parecía demasiado seguro. Aquellas retinas dejaron de recibir los rayos del sol de forma directa. Ahora contemplaban las sombras proyectadas por las ramas de los árboles.

—Dime Peter, ¿estabas tú solo aquí cuando encontraste toda esta carnicería? —Aston lo estaba mirando con semblante serio, sin embargo, su rictus parecía querer dibujar una leve sonrisa. Aquello era una manía de él. Torcer los labios hacia un lado. Su rechoncha cabeza estaba sudorosa.

—Estaba yo solo —se apresuró a responder el pequeño. Su voz había sonado como la de un pito. Sus ojos se habían desencajado momentáneamente y añadió—. Para una vez que estoy solo me encuentro con esto.

Aston meneó la cabeza y por la forma en que lo hizo parecía que le pesara bastante. Como un péndulo oscilando sin parar.

—Si ya sé que siempre vas con ese chico... —Aston bizqueó los ojos porque no recordaba el nombre—. ¡Ah! Ya lo tengo. Denny.

—Pero somos una pandilla —informó Peter—. Lo que sucede es que me llevo mejor con Denny que con el resto. —Peter empezó a rascar con la uña del dedo índice el picaporte de la portezuela del coche patrulla del sheriff.

—¡Ah! Eso suena bien —dijo Aston con voz rasposa. Cualquiera diría que dudara del pequeño Peter.

—Venga ya, señor sheriff. Usted conoce todas las pandillas del pueblo.

Aston asintió con la cabeza. Esta vez con un afloro de una sonrisa.

—Sí, pequeño. Hay una de ellas que me tiene un poco intrigado. —Aston quería decir, que era una pandilla problemática que a menudo visitaban su cuartel general compuesto por una sala y un despacho.

Peter abrió más los ojos.

—¡Ya sé quiénes son! —exclamó al tiempo que hacia aspavientos—. El chulo de Chris se mete con todas las chicas de la escuela.

—Sí. Me consta —dijo Aston sentado de forma incomoda en la parte de atrás del vehículo, al lado de Peter. Se removió como una tripa cuando se prepara para expulsar sus gases y dejó escapar un ruido seco por su garganta seca.

Su ayudante le estaba mirando de reojo a través de la ventanilla. Desde fuera. Con los brazos en jarra. Era Arnie. Llevaba unas gafas de culo de botella. Estaba cegato perdido. Era una expresión de ciego.

—¿Quiere hacerme más preguntas? ¿Si soy el asesino?

Aston escupió una carcajada. Sus ojos brillaron momentáneamente.

—No creo que ni que puedas matar a una cucaracha.

—Sí. Si puedo. Solo tengo que pisarla.

—Esto es diferente chico. Esto se desvía de la cordura.

—¿Significa eso que matar cucarachas está bien visto?

Aston se echó a reír de nuevo. Le impresionaba la alegría que desprendía aquel pequeño Peter, en una situación traumática. Era como si hubiera visto recoger caracoles. Y pensó en cómo demonios podía lograr eso.

—Sí son jodidas de pillar sí —rió Aston.

—¿Pero esto es malo verdad? —Parecía como si Peter tratase de mostrar el lado más ignorante de un crío de menor edad.

—Tú sabes que sí. ¿Cuántos años tienes? ¿Diez, once quizá?

—Tengo ocho.

Aston le mesó el cabello de forma enérgica.

Hubo un silencio mágico después de esto. Algo así como cuando uno se sienta a descansar de un día intenso de trabajo. Dejar fluir el aire por sus pulmones y siente un zumbido en sus oídos, que te hace pensar en cosas ridículas hasta que tu cabeza se cae literalmente hacia un lado.

—Valiente chico —dijo al fin el sheriff. Tenía muchas más preguntas que hacerle, pero le inquietaba especialmente una—. Dicen por ahí que tienes un don. ¿De qué se trata?

Peter Bray se encogió de hombros. Había sido su primera experiencia seria.

Su mamá sin embargo le había dicho repetidas veces que tenía el «Brillo». Sin embargo, nunca terminaba de entender eso y por lo tanto no sabía que lo tenía. Su padre John la miraba de reojo y movía los labios como dos gusanos retorcidos. Había aguantado toda la historia de uno de sus tíos que era capaz de ver dentro de la mente. Era algo así como un proyector funcionando dentro de su cabeza. Decía que lo utilizaba para descubrir infidelidades. Él estaba en Minnesota. Demasiado lejos. Se llamaba como él; un tal John a secas.

—Yo no tengo ningún don señor sheriff. Solo puedo decirle que se me da muy bien escribir cuentos. Al resto de mi pandilla les encantan. ¿Será eso un don?

Aston sonrió de nuevo.

Había cometido una estupidez.

—Sí —contestó y empezó a salir del vehículo arrastrándose por el asiento y quejándose todo el rato. Una vez fuera añadió—. Nos vamos a casa, chico.

Peter levantó el pulgar.

No hablaron de la cabeza de la niña.

Eso era un tema delicado.

Demasiado.

4

Esa jodida cabeza debía aparecer si querían saber de quien se trataba, pero no hizo falta encontrarla, para que unos padres alarmados denunciaran la desaparición de su hija Carietta. Ahora esa cabeza que pernoctaba bajo la mezquina luz de la luna tenía una posible identificación. Todo debería estar relacionado. Carietta había desaparecido y mientras no regresara a casa, aquellos pedazos de carne y hueso, pertenecían a esa niña. Y la cabeza no hallada todavía, sería la rolliza cara de Carietta.

Sin embargo, Aston se aseguró de no decir nada al respecto.

Peter Bray, después de la cena, había hablado algo con papá. Mamá estaba ocupada fregando los platos, aunque la conversación no era ajena a sus oídos. Casi como un susurro, pero lo entendía todo y pensaba en no alarmarse mientras tanto no se aclarase todo. No obstante, sintió como se le aceleraba el corazón.

Al mismo tiempo, se ejecutaban dos acciones interesantes, en dos lugares diferentes, que parecían dar pie al inicio de todo.

Una aberración.

—Dime hijo, ¿qué has visto exactamente? —John estaba repantigado en el sofá con una camiseta blanca que presentaba una clara mancha oscura desde el cuello hasta el ombligo. Era un tipo alto, no muy grueso, sino más bien delgado y tenía el pelo oscuro. Y no, no llevaba gafas. En la plenitud de su vida todavía no las necesitaba. Echaba un polvo diario y después se levantaba a mear como un perro al pie de un árbol. Le gustaba escuchar el chapoteo de su orina en el centro del retrete y cuanto más espuma creara al mear, mejor. Una de las rarezas que podría tener cualquier persona.

Sus pies estaban sobre una mesita que había delante del sofá y enfrente a

él, había un televisor robusto, pero con una calidad de imagen bastante mala. La jodida antena no estaba bien orientada y la televisión por cable aún no existía. Al menos en Boad Hill.

No había canal local.

Peter, encogido al lado de su padre sacudió la cabeza.

—Estaba paseando en el bosque cuando de repente vi algo. Se respiraba en el aire a algo podrido. Como la mierda o un huevo pasado. Entonces vi algo que no brillaba y me acerqué a eso. Era una mano. —Peter abrió más los ojos mientras miraba atentamente a su padre quien movía la cabeza como un péndulo y añadió—. Pero solo la toqué. No hice nada más.

Los labios de su padre se estiraron en una mueca. Aquello no era una sonrisa. Sino una especie de meditación. John estaba sopesando la idea de que su hijo le ocultaba algo y no se equivocaba del todo. Al menos no ahora.

—¿Solo eso?

—¡Sí! —exclamó Peter mientras se frotaba las manos algo nervioso y con unas gotas de sudor acariciándole los pómulos y jodiéndole el ojo derecho. Aquello escocía.

Era como si se justificara de algo. O lo ocultaba.

Su padre lo miró de reojo.

Sabía que había algo dentro de él que quería salir, pero no lo dejaba. Su madre, es decir, su esposa, le sacaría más muelas que un dentista. Ella lo sabía.

Sabía eso.

A lo lejos, la voz de Mammi se deslizó por las paredes del pasillo, haciendo un eco impredecible.

—¡John! No presiones al chico. Ya sabes lo que tiene.

Él miró por encima del sofá y sus ojos agrandados parecieron hablar por si solos, como proyectando las palabras como la máquina del cine.

—No me dirás que tiene algo que ver con lo de tu tío —voceó John con su sonsonete burlón.

—¡Es verdad! —había gritado Mammi al son del tintineo de los vasos al golpearse en el fregadero.

Peter Bray desconcertado, abrió los ojos, temiendo que le acabaran de descubrir; qué había sucedido realmente. Especialmente a él.

Pero no lo sabían.

Peter no se lo diría por nada del mundo.

Al menos de momento.

A través de la ventana entraba una lengua amarillenta y pajiza, que era la proyección de las farolas de la calle. La luna también tenía parte de culpa de ello.

En el otro lado de la situación; en la comisaria del sheriff Aston, Bob el Grande, apodado así por su enorme tamaño y su enorme cabeza, no paraba de suplicar que empezasen la búsqueda de su hija Carietta.

Sus manos abiertas y con las palmas hacia arriba, parecían pedir una súplica desesperada. Hacía más de un día que no había regresado a casa. A veces lo hacía, porque se iba enfadada y pasaba los días enteros en casa de su tía Emelyn. Pero en esta ocasión salió de casa con la sonrisa en sus labios pecosos.

Parecía una decisión precoz, pero no lo era. Su esposa Linda había llamado a su hermana para comprobar que Carietta estaba con Sue, su sobrina, y ésta le dijo que esta vez no estaba en casa. También podría estar con su mejor amiga. Su vecina. Pero no estaba.

De repente afloraron mil y una dudas en sus calenturientas mentes, y los ojos empezaron a lagrimear, porque pensaban que podría haberse caído en algún pozo de las afueras de Boad Hill.

Pero estaban todos tapados y con un candado que pendía laxo en un costado.

—Está bien. La buscaremos Bob —dijo Aston mientras su gruesa mano le golpeaba el hombro. Eso fue un acto instintivo, pero no pensó en los restos de una supuesta niña, encontrada ese día.

Claro, no tenían la cabeza.

5

A medianoche, cuando la luna estaba en todo su apogeo, resplandeciendo en el hueco de la ventana, como una gran manta de cenizas, Peter estaba apoyado sobre el respaldo de la cama, tratando de descubrir qué le había sucedido realmente cuando tocó aquella mano purpúrea.

Era la primera vez que había sentido una cosa así.

Bueno, que había tenido esa experiencia.

Había entrado en una zona muy oscura tras dormirse parte de su cara y

había sentido como su mente se trasladaba a otro lugar. Algo parecido a un túnel completamente oscuro. Su corazón no le había palpitado, ni había tenido un solo sofoco. Simplemente estaba allí, casi exangüe. En silencio. Viajando por una especie de dimensión desconocida, hasta que de pronto vio aquellos ojos tenebrosos. Y esos dientes apretados.

A sus ocho años de edad, como cualquiera de los otros niños, resultaba ser muy curioso y atrevido, debido a su ignorancia y se había agachado para tocar aquella mano. Aunque todo hay que decirlo, al principio no estaba seguro de lo que era. Después de abrir los ojos tras la experiencia extrasensorial-aunque él no sabía que se llamaba así-vio que aquello tenía dedos y que había moscas como abejas zumbando a su alrededor. Tan brillantes y verdes como un moco prematuro, pero con la similitud de una escama que refleja los rayos del sol.

Al descubrir que se trataba de una mano, no pensó en si le seguía el brazo y más abajo, debajo de los matorrales había un cuerpo en descomposición. La mano estaba sola. Sin embargo, su sencillez y su ignorancia no le habían reportado ningún trauma, no a esa edad, donde todo lo que descubres está bien.

Forma parte de la vida.

Sin embargo, no entendía muy bien lo que le había sucedido. Eso sí que le importaba. La mano y los trozos de aquella niña eran ahora lo menos interesante para él. ¿Qué dices? ¿Cómo puede ser tan bruto e insensible? ¿No tiene miedo a nada? La verdad es que no le había prestado nada de atención. Casi siempre había dado patadas a los cuerpos hediondos o secos de ratas y gatos. En cierta ocasión el cuerpo inerte y huesudo de un perro que había sido atropellado en la carretera que llevaba al lago.

Una vez incluso llegó a ver la cara pálida de un muerto. Era su abuelo. Y estaba tan solo dentro del ataúd que a lo sumo le inspiró lastima, no miedo. Aunque sí, dolor. Pero tampoco se iba a tirar de los pelos como su madre.

Peter no era un chico normal.

O quizá sí.

Con ocho años algo puede traumatizarte para siempre u olvidarlo por completo. No existe un claro estudio de porqué sucede esto.

Pero lo que le sucedió; le intrigaba. Tenía demasiada curiosidad por saber cómo narices había sucedido eso. Y al pensarlo, recordó la historia o historia de su tío John. Si, el mismo que decía predecir las cosas con solo

tocarte o algo parecido. Había escuchado que al menos sabía lo que pensabas cuando te daba la mano. Y había pensado en todas aquellas infidelidades que había descubierto.

Eso le fascinaba y aterraba a la vez.

Porque ahora parecía sentir una curiosidad miedosa.

Tenía miedo.

Una hora después y tras el maullido de un gato en la calle, Peter seguía con los ojos muy abiertos.

6

—¿Y qué coño, hacemos ahora con esto? —preguntó Aston acomodado en su silla. Tenía los pies sobre la mesa. Sus talones se aposentaron sobre un cúmulo de papeles amarillentos. Apenas había casos en Boad Hill. Esto era nuevo y le pilló desprevenido.

—Deberías saberlo Aston —dijo Arnie.

El sol entraba como una lengua por la puerta de cristal de la comisaria. Y los otros dos agentes, Jack y Andrew estaban parpadeando por el impacto de los dedos del sol que les pellizcaba las corneas. Ambos estaban cerca de la puerta de salida.

—En este jodido pueblo nunca ha sucedido nada. Solo sé poner multas y actuar de intermediario en una disputa entre vecinos. A veces se ponen tercios. Pero esto, es una salvajada con respecto a todo lo demás.

—La verdad es que este pueblo es demasiado tranquilo —acució Arnie tocándose las gafas.

—Pero no desde ayer —rezongó Aston enarcando las cejas—. Bob ha denunciado la desaparición de su hija. ¿Y si fuera ella?

—¿Quién?

El sheriff señaló a una puerta cerrada la cual detrás ocultaba una fregona, una escoba y las bolsas de los restos de la niña encontrada el día anterior.

—¡Joder, los restos de ese cuerpo! —vociferó Aston dilatándose sus ojos. Sus pies se movieron sobre la mesa rodando hacia un lado. Un bolígrafo se cayó al suelo un golpe sordo.

—¡Deberías saber cómo actuar en estos casos! —gritó Arnie. Su ayudante tenía demasiada confianza en su jefe y viceversa. Siempre estaban

juntos. Incluso se habían casado el mismo día. Habían sido compañeros de clase desde siempre.

Y se formaron en la misma escuela para ser agentes del orden. Entonces sheriff y ayudante del mismo. No aspiraban a ser policías simples.

—Joder, esto es muy fuerte —respondió Aston quitando los pies de la mesa. Ahora sus menudas manos se estaban entrelazando por los dedos. Su semblante era serio. Y su gran cabeza, una roca dura de roer.

—Abrimos un expediente y le damos el caso a los federales o al FBI —explicó Arnie desde el otro extremo de la mesa. Su silueta se marcaba un baile detrás del cristal de la puerta del despacho. Allí el sol no había llegado todavía.

—¿Federales? ¿Crees que esto es México? —La voz de Aston sonó rasgada.

—No he dicho agentes federales, sino federales. Debería haber dicho los de la oficina federal de investigación cuyas siglas son FBI —replicó Arnie mientras seguía paseándose como una mosca cojonera por el despacho

Aston enarcó las cejas y su rostro marcó un mar de arrugas.

—¡Ah!

—No podemos tener todos esos pedazos en esa habitación esperando a que las moscas hagan su trabajo. ¿Es demasiado pedir abrir un expediente y enviar los restos a la oficina forense estatal de Augusta?

El sheriff cabeceó y volvió a poner los pies sobre la mesa. Esta vez se cayó al suelo un fajo de folios. Como las hojas caen en otoño; en silencio.

—Parece mentira que tengamos que discutir esto —reflexionó Aston—. Cuando es de lo más sencillo del mundo.

Arnie le señaló con el dedo al tiempo que hacia una mueca.

—¿Estás seguro de que aprobaste las oposiciones?

—Ya no me acuerdo de nada joder, y tú tampoco. —Esta vez fue el dedo de Aston quien señaló a Arnie.

Casi al mismo tiempo, ambos acariciaron una sonrisa socarrona, ante tal estupor del caso sanguinolento y depravado. Daba la sensación de que habían ido a recoger trozos de ratas mordisqueados por todos los gatos de Boad Hill, en lugar de haber recogido los restos amputados de una niña, cuyo nombre ya podían casi adivinar aunque no apareciera la cabeza.

De momento.

—Dime hijo. ¿Ha pasado algo? —Le preguntó Mammi con voz seria. Estaba llenando un vaso de leche. Su delantal pendía inerte sobre sus pechos.

—No. Nada —mintió Peter mientras tomaba asiento en la silla que fue arrastrada desproporcionadamente en un ruido chirriante.

—El agente de policía no dijo nada. Eso es cierto. Solo que tenías que enseñarles una cosa. Dime, ¿qué cosa?

—Ya te lo he dicho mamá. Nada. —Sus pequeñas manos agarraron el vaso como si se tratara de un cubo y rozó sus labios al borde del mismo.

Mammi cabeceó como un saco colgando de una viga. Sus ojos se oscurecieron en aquella hermosa mañana de verano y su cabello largo y ondulado, oscuro, había perdido más su brillo en esos instantes.

—¿Se trata de alguna gamberrada de tus amiguitos?

Peter levantó la mirada del vaso y mostrando un bigote blanco dijo:

—Sí. Eso es. —Parecía sentirse aliviado.

—¿Y se puede saber de qué se trata? —Su mirada buscó el rostro de su hijo que había hundido la cabeza en el vaso. Tenía los brazos en jarra y a sus espaldas algo se estaba calentando de más. Eran un par de huevos revueltos.

—Rompiamos todas las muñecas de nuestras amigas en pedazos —mintió de nuevo el pequeño. Su cuerpo delgado, quizá, demasiado para su edad, parecía un muñeco ventrílocuo sentado en la silla, que no sonreía.

—¡Vaya! Eso es aterrador —gimoteó Mammi estirando sus labios de oreja a oreja. El olor a quemado inundó el aire de la cocina. En un impulso repentino, se dio la vuelta y extendió la mano hacia el mango de la sartén.

—¿Qué se está quemando esta mañana? —preguntó John que prorrumpió en la cocina rascándose el culo. Su camisa a cuadros de color rojo, y el pantalón vaquero, solo indicaban una cosa. Que tenía un día largo por delante. Debía seguir con la casa de los Masterson.

Su mujer había apagado el fogón y el humo mezquino se enroló en el aire como si fuera absorbido por alguien colgando del techo, hasta desvanecerse en la nada.

—Son los jodidos huevos John—rezongó ella.

John soltó una risotada y el sol le enfocó directamente a los ojos, penetrando por la ventana como haces de unas potentes linternas en medio de

la noche. Bizqueó.

—Bueno. Parece que hoy no está tu amiguito —le sonrió a su hijo mientras su pesada mano se apoyaba en el hombro del pequeño que pareció doblarse hacia un lado. Había cambiado de conversación.

—Estará a punto de llegar —acució Peter y volvió a sorber la leche como lo hace un borrego. Con ruido.

—si claro. Seguramente —dijo John sin parar de sonreír. Bordeó la mesa y, tomó asiento. Él, sin hacer ruido porque había levantado la silla del suelo.

—Jodidos huevos —susurró Mammi a sus espaldas mientras dibujaba un péndulo con la sartén ahumada.

—Pues haz otros —le sugirió John sin perder la calma—. Hermoso día.

La ventosa de la puerta de la nevera resonó en la cocina y su esposa sacó dos huevos más. Volvió a los fogones y cogió otra sartén de la pared que colgaba como una lengua oscura. Estaba preparada para quemar otros dos huevos revueltos.

—A ver si esta vez no me despisto —dijo ella.

—Tu madre tiene unas manos estupendas para la cocina —dijo John guiñándole el ojo a su hijo que en esos momentos le estaba mirando fijamente a los ojos.

Peter se rio como un perro.

—¿Sabes que los amiguitos de tu hijo se han dedicado a hacer trizas las muñecas de sus amigas? —Los huevos rotos, se estaban friendo a fuego lento.

—¿Sus amiguitos, solo?

—Bueno, eso dice él...

—¡Y tu hijo! —le cortó John toda risa—. No des la espalda a tu hijo.

—Solo fueron cuatro muñecas. Por eso el sheriff nos riñó —mintió de nuevo Peter ya con el vaso vacío. El bigote blanco seguía estando bajo su nariz hasta que su lengua rosada lo relamió.

John se echó a reír.

Y de momento eso fue todo lo que se supo.

Hasta que llegaron los rumores.

Los jodidos rumores.

El sheriff Aston bajaba los escalones de su casa repicando como un drogadicto con los dedos en espera de su dosis y mientras se deslizaba por ellas, se puso su sombrero de fieltro. Era uno de esos de ala ancha, con una medida extraordinaria para su cabeza. La placa dorada brilla bronceada en su pecho.

Su esposa Megan-la segunda-estaba liada con la cocina. Era como si todo el mundo se dispusiera a desayunar al mismo tiempo. Sus hijos Richard y Bárbara, ya bien entrados en edad, seguían viviendo en casa.

—¿Qué sucede hoy familia? —preguntó Aston cuando alcanzo el pasillo. Este era de apenas medio metro ya que la entrada de la cocina consistía en un marco sin puerta.

Megan se dio la vuelta con un vaso vacío y los buscó con su atractiva mirada. Tenía los ojos verdes y a pesar de la edad, ese brillo nunca desaparecía.

—¡Muy bien! ¡Hace un hermoso día cariño!

Richard y Bárbara arquearon las cejas mirándose el uno al otro. Sus caras los delataban. Estaban todavía bostezando del sueño que arrastraban. Eran jóvenes y por las noches no hacían solo la rutina de dormir. Había más cosas que hacer, como pensar en sus parejas y dejar volar las horas como las hojas en el viento.

—Parece que te ha sentado bien la noche Megan —dijo Aston ya arrastrando una silla sobre el suelo liso de madera.

Sus hijos lo miraron de reojo. Sus líneas de expresión perdieron el sentido del humor. No era para menos. Al fin y al cabo ya estaban atados por el lazo del corazón y eso implicaba problemas.

Aston cogió la taza de café que estaba humeando y empezó a sorber de ella. Se quemó. Hizo una mueca y, la dejó de nuevo sobre la mesa. No dijo nada. Dejó que la taza de café, en realidad, se enfriara junto a él.

Su esposa le guiñó el ojo antes de volverse y ponerse de cara a la pared. Tenía el cabello largo y frondoso. Le sobresalía del flequillo una mecha de pelos que apuntaban hacia todas partes.

El polvo que había echado la noche anterior le había sentado bien.

¿Por qué las mujeres se ponen tan contentas después de un buen polvo?

Eso es lo que pensó Aston, pero él estaba igual de contento y con la polla flácida ahora mismo.

En los preámbulos, Aston le había contado lo de los pedazos de esa niña.

Ella le había preguntado si encontraron su ropa. Él dijo que no, que estaba desnuda. Entonces ella había hecho otra pregunta y él había contestado que no. Una extraña forma de empezar a hacer el amor.

—¿Es verdad lo de esos pedazos de carne? —preguntó de repente Richard. El hijo mayor, rubio y con los labios rosados.

Todos se quedaron de piedra.

—¿Qué? —La voz de su padre, el sheriff de Boad Hill, el alto cargo y el que además mandaba en casa cuando su mujer no estaba, sonó grave. Muy grave.

—Además de los muelles de la cama escuche algo sobre unos pedazos de carne en bolsitas. Al parecer de un cadáver. —Richard hizo una mueca cercana a la sonrisa más socarrona.

Hubo un momento de silencio que pareció ominoso y el sol lamia la superficie de la mesa desde el hueco de la ventana que estaba abierta de par en par.

Finalmente, mamá habló:

—Hijo. Eso forma parte del trabajo de tu padre y de momento nadie sabe nada de esto. Ya sé que no tienes amigos. Solo una novia, pero te pedimos tu padre y yo que no digas nada de esto, ¿de acuerdo?

Richard cabeceó varias veces delante de la absorta mirada de su hermana.

Ella casi se atraganta con la leche fría.

Aston se limitó a mirarlos de reajo por segunda vez. Sus ojos habían perdido toda expresión de delicadeza. Ahora mantenía un semblante serio. Pero no dijo nada.

El café se estaba enfriando y el humo se había desperdigado en el aire como la niebla cuando sale el sol. Sin dejar rastro ni al aroma.

—¡Vale! Yo creía que era un trozo de una película de terror —objetó Richard, tan tieso como un palo, sobre su silla, de espaldas al sol y la ventana.

Unos nudillos pequeños, casi diminutos repicaron la puerta de madera que estaba pintada de blanco. El sonido fue casi sordo y fue engullido por el hueco del pasillo.

—Creo que están tocando la puerta —musitó Mammí al tiempo que recogía los vasos vacíos y la taza con el fondo oscuro.

—Será el amiguete de tu hijo —dijo John mostrándole una sonrisa. El chaval no le caía mal, al contrario; muchas veces era objeto de bromas y juegos junto a su hijo.

Peter buscó con la mirada el reloj Casio. La pantalla era diminuta con un fondo grisáceo y los números negros. El segundero subía a cada latido de corazón.

—Es Denny —anunció—. Voy a jugar un rato con él... —Se quedó pensativo durante unos interminables segundos y añadió—. Y con el resto de la pandilla.

Joe, Tommy y Rosemary. Sí, había una chica entre ellos. De la misma edad. Era pelirroja. Al parecer abundaban las pelirrojas en Boad Hill, porque no era la única.

John se levantó de la silla sin hacer ruido y se dirigió hacia el pasillo para atravesarla como el túnel de la muerte y abrir el picaporte de la puerta. El sol acarició el rostro en un baño de calor y luz y el pequeño Denny, aún con la mano en alto, le sonreía.

—¿Está Peter señor John?

—¿Cómo no iba a estar? Claro que sí. Pasa. Esta vez está en la cocina.

Denny con el cuerpo más enclenque que una hoja de canto, pasó al interior de la casa sin apenas hacer ruido. Sus ojos se agrandaron dentro del pasillo que estaba casi en penumbras y caminó sigilosamente hacia la cocina. Estaba al fondo a la derecha.

John antes de cerrar la puerta lo miró de reojo y dejó escapar una sonrisa. Había pensado que debería ser divertido volver a tener esa edad. Donde todo es mágico. Cerró la puerta de un golpe seco y ésta repicó en el marco.

—¿Eres tu Denny? —voceó Peter desde su silla.

El rostro de Denny apareció por la cocina, con su cabello cortado casi al cero y de un rubio como el propio sol que entraba a raudales por la ventana. Sus ojos ahora estaban brillando.

—Sí, Peter. Soy yo. ¿Quién sino?

—¡Buaj! Eso ya lo sabía —contestó Peter con una mueca.

Su madre comenzó a fregar los vasos sucios al son de una serenata de tintineos.

—¿Que tal Denny? —preguntó Mammi sin volver la vista, más que nada porque estaba ocupada.

—Bien señora Laura.

Su nombre de pila era Laura y aunque el nombre no era algo horroroso, le daba cierto coraje y rabia que la llamaran por su nombre de pila. Ella prefería Mammi.

En cierta manera no contestó:

—Mammi.

Peter le miró a los ojos a Denny y sonrió hasta casi soltar una risotada de lo más inocente. John estaba de regreso. Venía dispuesto a comerse en dos bocados los huevos revueltos y el beicon, relamiéndose el aceite de las comisuras de los labios.

—¡Idiota! Te he dicho mil veces que se encuentra más cómoda si la llamas Mammi —rezongó Peter. Sus ojos se habían oscurecido y casi parecían que se habían hundido en sus cuencas. Todavía no necesitaba gafas.

—No pasa nada Peter —dijo Mammi volviéndose con una sonrisa.

Parecía que todo el mundo esa mañana había despertado con una estúpida sonrisa en la cara. Como si se hubiera dibujado en el rostro.

John le mesó el cabello a Denny para darle rabia, porque sabía que le daba rabia que le sacudiesen la cabeza con aquellos tremendos menos y hundió su cara en el plato que se estaba enfriando.

—Ya estáis juntos —dijo John mientras masticaba.

Denny se acercó a una de las sillas, pues había cuatro y tiró de una de ellas con sumo cuidado. Se sentó y cruzó los brazos blancos sobre la mesa.

Durante unos segundos lo único que se escuchaba en aquella cocina eran las muelas de John, su tráquea al tragar y un gato maullando a lo lejos. Después de esto, Mammi prorrumpió con una pregunta cambiando de tercio:

—¿Es verdad que habéis roto las muñecas de algunas amiguitas?

Denny meneó la cabeza como si ésta se moviera sobre un muelle. Sus ojos se agrandaron.

—¿Nosotros?

—Dice Peter que habéis hecho trozos a cuantas muñecas habéis atrapado con vuestras manos.

—Bueno... —Denny estaba desconcertado por un lado y mordiéndose la lengua por otro lado—. Ha desaparecido la hija de Bob el cabezón, digo, el grande.

Se quedaron todos de piedra.

Excepto Peter Bray que no sabía cómo meter la cabeza debajo de la mesa.

FIN EXTRACTO PRIMERA PARTE

El frío invierno

Le llamaban Jack pies de pluma, porque nunca dejaba una jodida huella sobre la nieve. Quizá, la copiosa nieve que caía aquel invierno en Boad Hill, uno de los más blancos desde los últimos diez años, se había encargado de borrar todas las huellas con sus copos estrellándose contra el suelo, mientras el viento terminaba de alisarlas.

Ellas aparecían todas con las bragas en los tobillos y los ojos abiertos y vidriosos, mostrando el dolor y la crueldad, mirando al cielo oscuro. Los copos de nieve los cubrían hasta formar una escultura brillante mientras el espanto seguía allí.

Era el invierno de 2017 y Peter se había enamorado por vez primera de su amor imposible en aquel frío invierno.

1

—Señor, ¿qué hacemos? —Los ojos de Lloyd Chambers estaban pétreos y no emitían brillo alguno, sino todo lo contrario: oscuridad e incertidumbre.

El sheriff Burt Duchamp lo miró de reojo durante un instante y meneó la cabeza bajo su sombrero de fieltro, ahora cubierto de una gruesa capa de nieve, que caía copiosamente sobre ella.

Lloyd era uno de sus hombres; siempre tenía hombres a su lado que no le servían de nada. Era el nuevo, el becario. En una ciudad como Boad Hill todos se conocían y uno podía adivinar de qué pie cojeaba cada uno y de qué familia procedía. Pero Lloyd había venido de Michigan, un estado muy lejano, para darse de bruces con los demás hombres del sheriff Burt Duchamp.

Jack Hodge, era el gordinflón del grupo de inútiles, uno más de los agentes del sheriff de Boad Hill; Burt estaba siempre metiéndose con él, gastándole bromas pesadas y riéndose en su cara. Lo miraba de reojo y, después, escupía un gargajo verde como un sapo que se quedaba pegado en el suelo como un chicle de menta. Pero eso era dentro de las oficinas, si es que

se podía llamar así a aquel cuchitril que ostentaba Burt. Cuatro mesas y un despacho, con una puerta de cristal con el vidrio rajado por varias partes, como una gran telaraña. Hodge era una conjetura matemática o un grupo de música. Menudo apellido, pensaban todos.

Lloyd Chambers, el nuevo, el de antes, era un tipo raquítrico al que le empezaba a salir la típica barriga cervecera. En unos años sería un ser deforme, con la panza sobre los huevos y la espalda curvada por el peso de esta. Ahora pesaría, con la nieve en lo alto del sombrero, unos sesenta kilos. Era moreno y tenía el cabello ligeramente largo, algo que fastidiaba sobremanera a Burt. Sus ojos eran verdes y su nariz bastante puntiaguda. Sus labios cerrados dibujaban una línea fina, como una cremallera cerrada. Ahora llevaba el uniforme oficial, pero cuando estaba de permiso solía usar vaqueros para marcar paquete, el muy jodido. Un paquete inexistente. No fumaba ni bebía alcohol. Nunca pisó el bar de Moll. Vaya nombre, pensaba con un rictus en los labios. Prostituta, eso es lo que quería decir y, a decir verdad, te las encontrabas ahí dentro camelándose a sus posibles clientes borrachos, como garrapatas a punto de succionar toda la sangre. Calzaba un 47 y tenía la polla más larga y fina del mundo, pero estaba orgulloso de ella. La había utilizado solo dos veces. Una con Charlize, una retrasada mental, pero que tenía las ideas bien claras; más claras que él, por lo que disfrutó más del sexo, y otra vez con Elizabeth, qué bien sonaba ese nombre... Pero nunca fue la madre de sus hijos. Estaba solo. Tenía una estatura de un metro setenta y cinco y tenía las manos más huesudas del mundo. A menudo, le temblaba el pulso. Estaba viciado con el café.

—Está congelada, señor. —Su voz era grave y rasgada. Su largo cuello le servía de instrumento musical, en este caso para modular la voz. ¿Por qué los tipos canijos tenían siempre la voz grave?, se preguntó Burt.

—¿Y cómo quiere que esté si está bajo la nieve? —Le increpó el sheriff Burt mientras se agachaba hacia el cadáver de la chica, que ahora parecía una duna en la nieve.

Burt Duchamp era un hombre fornido, de unos noventa kilos de peso, pelo gris cortado a rape y un mostacho del mismo color que le tapaba el labio superior. Sus ojos eran oscuros y su semblante siempre estaba serio. Era como si la vida le cabrease cada segundo. Tenía una estatura de un metro ochenta y siempre iba con el uniforme puesto, hasta en los días que tenía libres, que eran inexistentes. Su revólver, la reglamentaria Glock 19 de 9 milímetros, siempre

estaba al alcance de su mano, pero en Boad Hill, una ciudad aparentemente tranquila en la que solo suceden cosas extrañas de vez en cuando; no hacia falta desenfundarla, siempre todo lo que sucedía estaba dentro de lo normal. Peleas entre borrachos, malos tratos a sus parejas, que no iban más allá de un ojo morado, y alguna que otra gamberrada de los chiquillos y sus jodidos petardos.

Pero ahora estaban ante algo nuevo. Tan nuevo, que no tenían experiencia en este tipo de casos, ya que lo aprendido en la academia se había tirado por el retrete. Pero Burt era hombre de recursos y supo qué hacer; dar una sola orden. Eso sí, desconcertado, aunque lo disimulaba bastante bien.

—Quiero que desentierren a esta pobre chica y la identifiquen. Quiero huellas. Quiero al asesino. —Y se quedó tan pancho. La nieve caía copiosamente y tenía el bigote blanco y la nariz roja, que moqueaba por momentos. En Boad Hill tampoco habían tenido nunca un invierno tan frío. No como ese.

—Señor, se trata de Rachel Geller, la hija de Tom. —La voz de uno de los agentes, que la había desenterrado un momento antes o tal vez una hora antes, le informó con cierto desconcierto de quién se trataba.

—Vaya, no hay mucho que rascar aquí —rezongó Burt, volviéndose hacia él casi enojado—. ¿Y por qué narices no me lo habéis dicho antes? —Tom era un amigo de la infancia que ahora malvivía con una librería repleta de libros como bloques de un escritor de terror y otro de fantasía. Ambos escritores estaban pasando por un bache descomunal. Tom no quería incluir en su tienda *Friki*, a nuevos talentos. Él creía en esos dos jodidos escritores por mucho que sus ventas hubieran bajado.

—¿Quiere conocer la causa de la muerte? —preguntó Martin, el agente que le había dicho el nombre. Martin era el más cachas de los agentes del sheriff; recio y calvo. Su nombre provenía del nombre romano Martinus, que deriva de Martis, el cual está relacionado con el dios Marte. Siempre se jactaba de ello.

—Supongo que sí —admitió Burt casi en un susurro que se llevó el viento a través de los árboles que había alrededor, tan altos y blancos que parecían muñecos de nieve enclenques que amenazaban con caerse al suelo de un momento a otro.

Las luces azules de los dos coches, patrulla, resplandecían en la nieve y se reflejaban entre las ramas de los árboles y sus caras, como si se tratase de

un tiiovivo girando a toda velocidad, sin parar, hasta que uno de los cochecitos saliera disparado como un proyectil y la luz se apagara para siempre. La ambulancia llegó en silencio, solo se escuchaban las gomas de las ruedas arañando y resbalando sobre la nieve aplastada; el conductor no había puesto la sirena. Roja y blanca, apenas destacaba sobre el blanco reluciente de la nieve, que lo envolvía todo como una gigantesca manta de lana.

—La mujer, bueno... la chica —rectificó Martin—, murió desgarrada...

—¿Desgarrada? —le atajó Burt mientras dos hombres bajaban de la ambulancia con una camilla roja, uno en cada extremo, agarrando las empuñaduras con sus manos desnudas. Se quejaron del frío arrugando al tiempo sus caras como si se hubieran tragado algo demasiado ácido.

—Sí, por las dos partes —siguió el agente en un murmullo y con la cara algo enrojecida, a pesar de que la nieve se le pegaba a su piel como una ventosa. Parecía que estaba a punto de afeitarse con la espuma puesta.

El viento, que se levantó como una bola invisible lanzada por algún brujo de cuento, se comió, literalmente, el ruido del ajeteo de los hombres de sombrero de fieltro, mientras la nieve caía con tal intensidad que debían parpadear continuamente para quitarse los copos de las cejas.

—¿Y cómo habéis averiguado eso, si está sepultada en la nieve? —quiso saber Burt que estaba ahora de espaldas a la víctima, que se cubría por momentos de nuevos copos de nieve; encajados cada uno de ellos de forma magistral, puliendo la superficie nueva.

—Esta mañana procedimos a desenterrarla porque nos pareció ver eso... —El agente se encogió de hombros y se ruborizó. Su barba rala estaba completamente blanca al igual que sus enarcadas cejas. O sea, que había pasado más de una hora. Era Martin quién hablaba.

—¿El qué? Vamos, escupe chico o te atragantarás, joder.

—Vimos una parte de lo que eran unas braguitas rojas... —. Se detuvo como si estuviera dubitativo.

—Eran y lo son, ¿verdad? —Burt tenía los labios cortados y uno de los surcos empezó a soltar sangre, una fina línea caliente al tacto y resbaladiza. Se la lamió con la lengua y saboreó el dulce sabor de su sangre, que una vez más le pareció estar chupando un pirulí de cobre.

—Sí, señor. Es la única prueba que tenemos del crimen.

—Entonces fue violada, ¿verdad?

—Sí. —respondió Martin taciturno y sin saber a ciencia cierta si eso

había sido así. Aunque la primera impresión era lo que valía. Desgarrada. Las bragas.

—Por los dos lados. —Burt tuvo que elevar la voz ante un nuevo golpe de aire que sonaba como los aullidos de un lobo hambriento.

—Desafortunadamente sí, señor. Se ha desangrado por los dos orificios... —Martin siguió contrayendo los músculos de la cara como diciendo; esto no puede ser real o a lo mejor sí.

—¡Diga por la vagina y el ano! —Burt chilló esta vez, mientras cerraba los ojos y se le pegaban más copos de nieve—. Veis un coño y en vez de empalmaros os echáis a temblar —rezongó. Burt era respetuoso con las mujeres y sus partes íntimas, pero no las sabía llevar muy bien.

Jack Hodge empezó a reírse como un descosido, a punto de tragarse el palillo que bailoteaba entre sus dientes, apoyado en uno de los coches patrulla como un enorme barril de cerveza. Y en lo alto de su cabeza aquella jodida luz amarilla y azul.

—No tiene gracia —ladró Martin y, ante la atenta mirada de Burt, todos callaron y dejaron paso a los lamentos del viento que seguía pareciendo un maldito lobo llorando.

—¿Y en tan poco tiempo se ha quedado nuevamente sepultada en la nieve? —interrogó Burt a sus hombres, mirándoles con semblante serio y dando una vuelta en círculo ante ellos. La nieve empezaba a cubrirle los hombros y el sombrero de fieltro que parecía la copa de un árbol.

El silencio estuvo presente durante un largo y eterno silencio entre ellos, excepto por el frenético ruido del viento. Finalmente, Lloyd habló.

—Sí, señor, así es. En pocos minutos, la nieve que está cayendo la sepultó de nuevo, de ahí que usted no viera nada. Han sido, solo cinco minutos.

Burt ya estaba sospechando que lo habían llamado cuando les había salido de las pelotas. Se quedó más tranquilo, le había empezado a sudar la frente, una combinación mágica de sudor caliente y hielo frío.

—¿Y que más han podido averiguar, listillos?

—Que murió asfixiada —dijo Lloyd. Ahora parecía que quería ser el protagonista.

—¿Cómo lo saben?

—Por las marcas moradas en el cuello, señor —intervino esta vez Martin con más nieve en sus cejas—. Usted no lo ha podido ver por la...

—¡Sí, la maldita nieve! —gritó Burt al tiempo que se cayó gran parte de la capa de nieve que tenía en lo alto del sombrero. Había zanjado a Martin como una guillotina corta el cuello que el verdugo ha atrapado entre el cierre de la máquina formada por una gran cuchilla triangular que baja o se desliza por un armazón de madera al tocar un resorte; la cual se inventó y empleó para decapitar a los condenados a muerte.

Burt era un hombre bastante serio y agresivo a veces, sobre todo cuando no se tomaba el vaso de *whisky* por la mañana. No tenía a su lado a su mujer ni a los dos hijos que tenía. Todo se había ido a la mierda hacía más de cuatro años, por culpa de su carácter y el alcoholismo, en el que había caído de nuevo; bueno, una y otra vez. Su nariz roja siguió moqueando bajo la tormenta de nieve. Su familia se había mudado a Boston.

Las luces azules seguían destellando entre la nieve y la pobre chica, convertida en una tumba egipcia. Los tres agentes continuaron convirtiéndose en muñecos de nieve por la pasividad que tenían; excepto Burt que se movía como el bigote de un conejo.

Jack Hodge no había hablado en ningún momento, solo se limitaba a mostrar su estúpida risa congelada.

Mientras, el tiempo y la nieve prosiguieron su curso hacia el mediodía.

2

No muy lejos de allí, a través de la ventana de su habitación, estaba Peter Bray contemplando la nieve y todo su esplendor, aún cuando el sol brillaba entre los resquicios de las nubes, mientras una pantalla opaca de nieve como un muro, hacía peligrar tal espectáculo.

Peter tenía el pelo oscuro, lacio y pringoso, como si se hubiera rociado con una botella de aceite en la cabeza. Su corte de pelo le hacía más juvenil, pero rozaba ya los treinta y dos años, y aún seguía enamorado de Ann German, desde que la vio por primera vez, cuando contaba con dieciséis años, cuando ella salía de la escuela secundaria. Ella era menor que él. Todavía podía oler aquella fragancia de su cabello o quizá, su cuello. Suspiraba por ella.

—Algún día serás mía —susurró a la ventana provocando un vaho que dibujó un agujero en el cristal.

Tenía la cara marcada de surcos y quistes provocados por un importante

acné que había sufrido en el pasado. Sus labios eran inquietantemente rojos y sus ojos de un azul celeste. Llevaba unas gafas negras de montura de hueso y ocupaban gran parte de su cara. Se había comprado las más grandes que existían, tanto, que parecían unas gafas de buzo. A veces se le resbalaban por su alargada nariz.

Era delgado y bastante alto. Sus manos eran finas y se le marcaban los nudillos como bultos blancos cada vez que las cerraba en puño. Vestía unos vaqueros y una camisa a cuadros. Siempre la misma ropa, todo había que decirlo. Encima de todo esto, en lugar de ponerse un anorak, se ponía una gabardina negra, como la capa de Drácula, que le llegaba hasta los tobillos. Era su talismán decía a veces. Sin embargo, esa gabardina decía mucho de él.

Mientras el viento golpeaba con furia el cristal de la ventana hasta hacerla temblar, a sus espaldas se escuchaba el susurro de una serie de dibujos animados de un canal infantil que había dejado puesto en la televisión de plasma. Anteriormente había estado viendo una película de zombis en otro canal de pago; del cual solo escuchaba graznidos y quejidos.

Y Peter siguió contemplando lo maravilloso que era el manto blanco de la nieve y cómo lamía todos los rincones de la ciudad aunque la vista no le alcanzase a verla «evidente» y brillaba como una bombilla de led. Varias veces, tuvo que cerrar los párpados.

Con su dedo índice dibujando un corazón en el frío cristal de la ventana, ya que había desaparecido el agujero; pensó en Ann.

Y se sintió reconfortado.

—Quiero que desentierren a esta pobre chica. Necesito ver con mis propios ojos cómo ha quedado la desgraciada —insistió Burt moviendo las manos como aspas de molino. Al momento, todos sus hombres y los dos tipos de la ambulancia, comenzaron a desenterrarla con las manos; poco a poco su blancuzco cuerpo surgió como una silueta de espuma.

Al quitar toda la nieve, primero de su rostro, se dieron cuenta de que sus ojos vidriosos permanecían abiertos como si estuviera despierta, con una profunda huella de terror dibujado en ellos. Eran de un color verde brillante, como los de un gato. Su cabello era rubio y tenía buen parecido; bueno, era

algo más que eso, era guapa. Pero ahora estaba pálida y amoratada a la vez, lo que hacía de ella, una mujer digamos, extraña o en una palabra más acertada; fea e inquietante. Tenía algunos rasguños en sus mejillas y el labio superior hinchado, como si le hubieran golpeado con un bate de béisbol o un buen puñetazo con los nudillos blanquecinos. La nariz estaba morada, sin duda alguna estaba partida, se podía ver una ligera curva en ella hacia un lado. Y en el cuello había marcas de dedos que habían dejado una cadena de moratones tan grandes como el culo de un vaso, como si de una cadena se tratase.

Era Rachel Geller, sin duda alguna. Algo que ya sabían de antemano, antes de que la sepultara de nuevo la nieve.

—Sí, es ella —musitó Martin con ojos inexpresivos y los dedos helados, mientras soportaba el lacerante dolor. Se había olvidado ponerse los jodidos guantes de cuero.

—Quiero que analicen esas marcas del cuello. Es posible que hallemos una pista en ellas —dijo Burt mientras estaba de pie ante sus hombros y al lado del cuerpo de ella, que empezaba a ser visible pese a que los copos de nieve la tapaban con una nueva capa lisa y resplandeciente.

—Mucho me temo que el asesino habrá utilizado guantes, señor —explicó Hodge, desviando la mirada hacia Burt, que estaba con los brazos cruzados y la nieve sobre sus hombros, como si fuera un muñeco de nieve. Al fin había hablado.

Burt frunció el ceño. Sabía que tenía razón.

Lloyd despejó la zona del pecho de nieve y tocó dos grandes tetas, duras como dos bolas de hielo y, en alguna parte de él, sintió una lascivia sexual. El muy salido se rejoneó con aquellas sinuosas tetas, pero pronto detuvo ese ataque de deseo sexual.

Los hombres de la ambulancia estaban desenterrándola de cintura para abajo y tocaron con sus desnudas manos las braguitas rojas, acartonadas y con algo que parecía mocos. Eran las braguitas que habían llamado la atención por su excesivo color rojo, que parecía no haberse cubierto de nieve. Las piernas de ella estaban dobladas en un ángulo recto con las rodillas apuntando el cielo, y las bragas en algún momento sirvió de bandera ondeando en su rodilla.

—Señor sheriff, esto parece semen —dijo uno de los hombres alzando la mano con la braguita más tiesa que un pedazo de cartón. Se la había arrebatado a Bob, su compañero, que se las vio negras para quitárselas de la

congelada pierna.

Burt alargó su largo brazo y sus dedos tocaron la fría tela. Apretó el puño y se llevó las braguitas a un palmo de sus ojos para poder observarlas en medio de la ventisca. Y porque no, olerlas. Evidentemente, había una mancha de algo acartonado y bien podría ser semen o flujo vaginal a simple vista. Eso lo determinarían en el cotejo de las huellas más adelante.

Caminó hacia su coche, hundiendo sus grandes botas en la nieve, y cogió del maletero una bolsa de plástico. En el instante que tardó en abrirlo y cerrarlo, se había llenado de nieve. Con sutileza, puso las braguitas dentro de la bolsa, con los dedos, pulgar e índice, sujetándola antes de dejarla caer al vacío de la boca abierta de la bolsa mientras sentía una sensación extraña en él; mezcla asco y tristeza. Y después, se dirigió hacia la portezuela del copiloto para coger de la guantera un bolígrafo. La fuerte racha de viento casi arranca de cuajo la portezuela en un fuerte ruido que resonó por la superficie del suelo como una gigantesca piedra patinando hacia el fondo del camino. En la pegatina de la bolsa, escribió: Prueba uno, Rachel.

Y dejó caer la bolsa cerrada en el asiento del copiloto, cerrando después la portezuela lentamente. Esta vez sin producir ruido.

Cuando regresó a donde estaba el grupo de hombres, que todavía estaban desenterrando a Rachel, vio con asombro lo desgarrada que estaba. Fue una visión rápida, pero concluyente. Sus cejas se habían enarcado. Aquello no había sido una simple violación, además, cabría la posibilidad de que le hubieran introducido algún tipo de barra de metal o algo similar. El hielo, que bordeaba sus piernas ligeramente abiertas, además en alzadas, estaba teñido de rojo y se había prolongado como un río helado hasta un metro de distancia o quizá más. Esto indicaba que ella había perdido mucha sangre. El pantalón vaquero que llevaba puesto antes de ser violada apareció un metro más allá, a su derecha, enterrado en la nieve; aunque se podía ver una esquina del cinturón que rodeaba la parte de la cintura. Burt se acercó al pantalón y se inclinó para observarlo con aspecto serio. Había marcas de algo oscuro. Burt lo guardó como segunda prueba.

Las manos de los agentes, desnudos y helados, casi blancuzcos, rozaban ahora la barriga plana y dura de Rachel, que los enfocaba con su mirada perdida. Uno de los agentes quiso cerrarle los párpados, pero no pudo. Aquella mirada les ponía nerviosos mientras la desenterraban. También las enormes tetas, desnudas y duras como una roca, que tenían los pezones

morados y pétreos. El jersey apareció al lado de ella, en el lado izquierdo, bajo la nieve, pero asomando una parte de una manga. Ahora, sus caderas sinuosas aparecían desnudas y moradas. Los agentes se fijaron en ello y en su pubis, con el vello acartonado. No podían evitar mirarla de forma constante.

Entonces, Burt tuvo una pregunta esencial que hacer.

—¿Cuánto tiempo creen que lleva muerta? —Burt los miró a todos a través de los copos de nieve, que caían a toda velocidad al suelo, a la vez arrastrados por el fuerte viento, que aullaba en sus oídos—. ¿Quién es el listillo que se atreve a dar su opinión?

Los hombres siguieron desenterrándola hasta que el cuerpo entero, totalmente desnudo, fue levantado rígido como una momia. Finalmente, Lloyd fue quien contestó.

—Creo que podría haber pasado toda la noche aquí —dijo con una extraña mueca en su boca. No estaba seguro.

—Bueno, lo veremos cuando le hagan la autopsia —admitió Burt quitándose la pegajosa nieve de su bigote. También se pasó las manos por sus cejas pobladas y unos cuerpos blancos con extrañas formas pasaron por delante de su vista al caer.

Sus hombres y los dos tipos de la ambulancia terminaron de desenterrar el cadáver.

Y, entonces, en un largo y ominoso espacio de tiempo, el cuerpo tieso de Rachel ocupó la camilla que había quedado casi cubierta de nieve y, en medio de la tormenta, fue introducida dentro de la ambulancia, que ya tenía casi un palmo de nieve en lo alto.

El hueco dejado por el cuerpo de Rachel en la nieve se llenó de nuevo en un tiempo record y Burt sintió deseos de escarbar ahora que sus hombres estaban de pie, para ver si había más pistas.

Y eso fue todo lo que sucedió en esa mañana cualquiera de enero en una ciudad donde todo se sabe; Boad Hill.

—Papá, no debes estar de pie mucho tiempo —le increpó cariñosamente Peter a su padre.

Este estaba de pie, en el pasillo, junto al marco de la puerta que había

dejado abierta Peter. Sus pies temblaban como una hoja al viento y toda la fuerza recaía en sus dos brazos casi esqueléticos, con la piel seca, apoyados sobre dos muletas viejas.

—Hijo, ya sabes que no puedo estar quieto. Además, esta tormenta de nieve me tiene alterado. Es la más jodida que he visto en mis últimos veinte años. ¿No escuchas aullar al viento en cada esquina de la casa? —John miró la silueta de su hijo que estaba frente a la ventana, con cierto optimismo y con tristeza a la vez. Una extraña combinación que funcionaba. Todo su mundo radicaba en dar cábalas de qué pasaría si su corazón se fuera a la mierda y ahora estaba obcecado además, en la dichosa tormenta de nieve. Entonces, pensaba en Peter, que a sus treinta dos años de edad todavía seguía sin emanciparse. Toda una hazaña. Quería ser escritor.

—La verdad es que hace una tormenta de cojones...

—Las palabritas —le interrumpió su padre—. Ya sabes que no me gustan las palabrotas y si se escapa alguna en esta casa, solo las digo yo, que para eso soy el mayor. Ya conocías a tu madre. Se las gastaba duras. —John desvió la mirada hacia el cristal de la ventana y sus ojos se humedecieron al recordarla. —Ella está ahí, entre la nieve, en el viento que llora y en la naturaleza. Si de algo estoy seguro, es precisamente de eso.

Peter esbozó una sonrisa y se acercó hacia su padre dando extraños saltitos al caminar. Cojeaba. El caso es que le había quedado una secuela cuando un borracho lo atropelló con una camioneta Ford, mientras él corría por el arcén de la carretera que llevaba a Boston. Salió disparado hacia esa dirección como si tuviera mucha prisa por llegar a su destino. Sufrió cuatro operaciones y necesitó usar muletas durante dos años. Unas jodidas muletas que odiaba tocar. Un buen día, se levantó eufórico y tiró por la ventana las dos muletas. El cristal se hizo añicos proyectando una lluvia vidriosa y su madre, presa del espanto, lanzó un grito como una sirena. Eso sucedió hacía ya bastantes años, no quería contarlos, pero fue cuando papá todavía no se había jubilado y todas las jodidas mañanas se llevaba el almuerzo en una cartera que se colgaba en la espalda.

John no andaba muy lejos del estado en el que estuvo su hijo, sus tres ciáticas habían empeorado, justo antes de jubilarse y fue sometido a dos operaciones demasiado largas y complejas, pero no quedó bien. En días como estos, de nieve y frío, se resentía de la espalda y, como consecuencia, perdía el equilibrio y algo más. Había perdido casi veinte kilos en los últimos cinco

años y ahora era lo más parecido a un zombi andando arrastrando las plantas de los pies sobre el linóleo. Pero, al contrario que su hijo, tenía vista de lince y no usaba gafas tan gruesas, solo unas para leer las novelas mientras se repantigaba en el sofá. A eso él lo llamaba vivir la vida.

—Papá, vayamos a comer un poco —dijo Peter cogiéndole de los brazos suavemente. Su padre apartó uno de ellos; pero, finalmente, se dejó caer en los brazos de su hijo—. ¿Cómo has podido subir las escaleras? —inquirió su hijo, mientras se ponía el brazo de su padre alrededor del cuello como una serpiente dormida y le cogía las muletas no sin hacer malabarismos.

John le miró a la cara, después atrás, haciendo rodar su cabeza y sonrió.

—La verdad es que esas putas escaleras son jodidas de subir —dijo.

—¡Papá! Las palabrotas. —Una sonrisa se dibujó de nuevo bajo las gafas, que le llegaban hasta los pómulos y a media nariz.

—Yo sí puedo decirlas —graznó el viejo.

Y descendieron las escaleras, lenta y ociosamente, para darse un atracón de sándwiches con queso.

5

—¿Burt Duchamp? —La voz al otro lado de la línea del teléfono sonaba como una chicharra. El caldeado salón, gracias a la chimenea que tenía danzando alargadas llamas de fuego, hacía que uno se olvidara de que fuera hacía un frío de mil demonios. Pero el chascarreo de la línea te devolvía a la cruda realidad.

—Sí, el mismo —dijo Burt con unas cuantas latas de cerveza en el estómago—. ¿Quién es?

—William. William Forrest —respondió la voz en el auricular del teléfono. De fondo se escuchaban, de forma intermitente, unos chasquidos que hacían presagiar que la comunicación se cortaría en breve por una avería técnica. Eso sucedía hasta cuando se meaban los pájaros.

—¿Y a que debo el honor de hablar con William? —inquirió Burt abriendo otra lata de cerveza con la otra mano casi haciendo malabarismos. Se escuchó un estallido como una escopeta de perdigones y, después, la espuma llenó el borde de la lata hasta derramarse en el suelo. Recordó la voz de su ex y le dio la risa.

—¿Qué sucede? —preguntó la voz que iba y venía en la modulación del tono. Era como escuchar a alguien en medio de un huracán.

—Nada.

—Soy el médico forense de Road Main, la ciudad más cercana a Boston. Ustedes me enviaron el cadáver de una chica joven para realizarle la autopsia. La he hecho y puesto al tanto al sheriff Steve, de aquí...

—¿Steve? ¿Y quién diablo se supone que es Steve? —Le atajó Burt eructando al mismo tiempo. Un sonido que imitó a una motosierra.

—Ya se lo he dicho, llamo desde Road Main, y Steve Hammer es el sheriff que tiene jurisprudencia aquí... —La voz parecía cansada, como si jadeara o se parara a respirar un poco de aire fresco.

—Pero no en Boad Hill —le cortó de nuevo Burt con los ojos inyectados en sangre. Ahora caminaba de un lado para otro, tras levantarse del sofá como si fuera impulsado por un resorte, haciendo círculos en el comedor con el teléfono inalámbrico pegado a la oreja, como si escuchara a través del hueco de un vaso.

—Lo sé. Es por ello que nos enviaron el cadáver aquí, donde hay más recursos para estos casos. Ustedes están ahí, aislados, en un pueblo que podría ser gobernado por un solo agente, por usted mismo. Y ni tan siquiera tienen un juzgado propio. Estamos dentro del mismo condado, así que sí, tenemos jurisprudencia ahí. —Le recordó la voz.

Burt asintió con la cabeza. Pero le había molestado eso del «Pueblo», Boad Hill era una ciudad, no muy grande, pero lo era. Muy cerca de allí había un pueblo donde un perro de gran tamaño se volvió loco y mató a varias personas. Tuvieron que recurrir a otra ciudad para llevar la investigación recordó mientras sus ojos se fijaron en las llamas anaranjadas de la chimenea.

—Aquí arreglamos las cosas visitando a los vecinos —explicó Burt algo más sereno esta vez. Había llegado a ponerse nervioso—. Y eso, cuando sucede algo. Lo de hoy ha sido un regalo.

—¿Regalo?

—Estaba hablando solo.

—¡Ah!

Burt dejó la conversación en un largo y ominoso silencio, solo roto por el llanto del viento rozándose en las esquinas de los aleros de las casas y en los árboles. La nieve golpeaba los cristales de las ventanas, como si fueran pequeñas piedras, casi resquebrajándolas como una telaraña. Finalmente, la

voz habló de nuevo.

—¿Está ahí, señor Burt Duchamp?

—Por supuesto. —Hizo una breve pausa y añadió—. Se me está calentando la oreja.

—Pues vayamos al grano —dijo la otra voz y de nuevo se escuchó un chasquido eléctrico en la línea.

—Vayamos —correspondió Burt sentándose en el sofá. Levantó los pies sin las pesadas botas y los puso sobre la mesilla del salón, justo enfrente del televisor apagado. Justo a su lado, una fría bombilla de cuarenta vatios arrojaba una mezuquina luz sobre su rostro en la penumbra. Y pensó en la gracia que le hacía el no recordar que habían enviado un fiambre al forense de Road Main ese mediodía; para practicarle una autopsia, también llamada examen post mortem, obducción o neccropsia, cosa que si recordaba. ¿Tanto afecta a la mente, la cerveza?

—La chica se llamaba Rachel...

—Geller —atajó Burt y después dio un sorbo de cerveza. Ahora pensaba si esa sala de autopsias era lúgubre y oscura.

—¿Siempre es tan pedante usted?

—Casi siempre, y más con los forasteros —dijo Burt y sus labios se dibujó una mueca de niño travieso.

La voz de William continuó hablando desde el otro extremo de la línea, con un tono seco y áspero; en medio del chasquido continuo y cansino.

—Murió, probablemente, de un infarto producido por el dolor de los desgarros. Debió ser una barra de metal o algo similar a juzgar por los desgarros que he encontrado en la vagina y en el ano. También es cierto que he descubierto, antes de la muerte, una gran ausencia de oxígeno. Eso debió ser mientras el asesino o asesina la estrangulaba. Es probable que el asesino o asesina le hiciese las dos cosas a la vez. Tiene que ser un hombre fuerte para hacer esto, pero no dejó de lado la opción de una mujer. La hora de la defunción no es exacta, pero puedo decir que murió cerca de la medianoche y que estuvo muerta durante toda la noche, lo que explica su estado de congelamiento. Si no recuerdo mal, ahí tenéis una temperatura de unos cinco grados bajo cero. —Hubo un corto silencio y añadió—. Bueno, a lo mejor diez bajo cero.

Burt miró a través de la ventana, en la distancia, y vio caer la nieve sobre las farolas de la calle. Estas parecían sombreros soportando una bola de nieve

en lo alto. Arrugó los labios y asintió con la cabeza, como si William le estuviese viendo. Dubitativo, sopesó la idea del hombre y de la mujer. Enarcó las cejas.

—¿Está ahí? —era la voz de William.

—Sí. —Reinó otro nuevo silencio corto, solo roto por los continuos chasquidos de la línea, y añadió—. Este año hace bastante frío, sí. Nos ha pillado una tormenta de cojones.

—No hay huellas, y esa mancha que decían ustedes que parecía semen congelado, no es más que flujo vaginal, aunque cueste creerlo. Ella estaba lubricada antes. ¿Tiene alguna idea de por qué?

Burt sorbió otro trago de cerveza y dejó la lata apoyada en su cadera. Sus ojos se volvieron blancuzcos y arrugó la frente para pensar desconcertado.

—¿Acaso debo saber yo estas cosas de mujeres? ¿No es usted el hombre de letras? —dijo al fin.

—Está bien. La conclusión es que no tenemos ninguna huella del asesino —carraspeó William.

El cuerpo de Burt se irguió en el sofá como si este hubiera sido empujado por un muelle oculto detrás de su espalda o como si le hubieran dado una patada en el trasero. Sus ojos se abrieron un poco más. La lata de cerveza se tumbó sobre el sofá y salió espuma, que devoró el terciopelo del asiento. Él apretó los dientes.

—¡Mierda! —vociferó Burt a causa del derrame de la cerveza.

—Eso dicen todos.

—No. Me refería a la lata de cerveza.

Hubo otra pausa en la que podían dar publicidad si quisieran. Burt cogió la lata y la tiró al suelo. Eso solo empeoraba las cosas. Ahora tenía en su entrepierna una mancha que parecía una meada. Una de esas en las que te señalan docenas de dedos y saltan ochenta risotadas al mismo tiempo.

—¿Cerveza?

—¿Usted no bebe cerveza nunca cuando se relaja?

—No.

—¡Vaya!

—Lo que le decía. No hay ningún tipo de huella. El asesino se las sabe todas.

—¿Ni siquiera una muestra de saliva? —Recordó la posibilidad de una asesina. Lo había mencionado antes. Se estaba estresando.

De repente, empezó a sonar un pitido agudo en la línea, no muy estridente y continuo. William había cortado la comunicación.

Burt cogió la lata de cerveza del suelo, dentro de un charco, y comprobó que todavía había líquido en ella. Se la llevó a los labios secos y se acercó a la ventana, de nuevo, para contemplar la nieve y hacer cábalas. Se había olvidado de la autopsia, vaya si se había olvidado.

Pero pensó en cómo sería Steven.

6

A las nueve en punto de la noche, John encendió el televisor para ver las noticias locales en el canal cuatro. Había dejado las muletas a un lado del sofá y dejó los pies sobre el suelo, enfundados en unas zapatillas marrones forradas de algodón. Eran calientes. Se movió para encontrar la postura correcta y miró atentamente a la pantalla del televisor. En busca de algo.

Peter estaba en la cocina, lavando los platos, y el ruido se escuchaba desde el salón; su padre volvía de vez en cuando la cabeza como si estuviera preocupado. Una pequeña chimenea, con un buen puñado de troncos de abedules encendidos, arrojaba una tenue luz rojiza sobre el suelo como si se tratase de una gran alfombra que se posaba sobre todas las cosas. En las paredes y en el techo, decenas de extrañas figuras se retorcían al son del crepitar de la leña. John las miraba a la vez que la pantalla del televisor y determinó, que el juego de contrastes eran similares.

Esa noche habían cenado una sopa de tomate y puré de patatas. Vaya una combinación, pensó John, pero algo es algo; muchas veces cenaban una hamburguesa grasienta, lo cual era peor. Peter pensó en mamá y John en su esposa. Desde que su mujer se fue al otro lado en alguna dimensión desconocida, faltaban en la mesa los chuletones y los platos de pasta y... A John se le saltaban las lágrimas al recordar todas esas cosas. Dejó de pensar para escuchar lo que decía el hombre calvo que sostenía un micrófono en su mano derecha, como si fuera una reliquia. El tipo engordado cabía en la pantalla del televisor y John cambió los ojos llorosos por una leve sonrisa.

—La víctima, una joven de dieciocho años, se llamaba Rachel Geller. Y apareció este mediodía sepultada bajo la nieve. La policía local no ha dicho

nada al respecto. Se guarda un absoluto silencio, por lo que no podemos decir si se trata de un accidente o de un asesinato. —Era la voz grave del hombre del micrófono que parecía estar tiritando con el fondo nevado. Estaba en la calle; en riguroso directo, pero no había nadie allí.

La frente de John se arrugó hasta dejar escapar un par de gotas de sudor. Éstas rodaron lentamente hasta sus cejas pobladas y se quedaron atrapadas ahí.

—¿Has oído eso, Peter? —voceó girando el cuello como si lo hiciera sobre ruedas o bolas de billar.

—Un murmullo, solo eso —y se escuchó una risotada de Peter junto al traqueteo de los golpes de los platos. Los estaba fregando con abundante agua caliente.

Fuera el viento resoplaba con fuerza y se hacía notar en los huecos de las ventanas y las puertas, tanto la de entrada como la de la cocina..

—¡Ha aparecido la hija de Tom muerta este mediodía! —exclamó desde la misma posición, mientras el hombre calvo seguía hablando con el puño cerrado en torno al micrófono de forma exagerada. Parecía un trullo enorme y sobre su calva incipiente se había acumulado una fina capa blanca de nieve.

De repente, se dejaron de escuchar los golpes de los platos y, acto seguido, los pasos acercándose al salón. Peter atravesó el marco de la puerta y miró fijamente el televisor hasta donde podía ver; sobre la cabeza de su padre.. Allí se mostraba una fotografía de Rachel de, por lo menos, hacía dos años. El hombre calvo dejó paso a una mujer esmirriada con el cabello rubio y unas grandes tetas que reposaban sobre la mesa. Era Christie, la mujer del canal cuatro. Ahora tendría unos sesenta años y seguía allí, con sus dedos largos, agarrando un puñado de folios que leía continuamente. Ella estaba en el estudio de televisión.

—Es la primera vez en mi vida que he escuchado algo semejante —dijo Peter asombrado. Sus ojos brillaban bajo la mezquina luz de la lámpara. Y, por un momento, los cristales de sus gafas parecieron brillar como los faros de un coche que se mueve solo, empujado por alguien o por inercia. Tenía algo de sorprendente en ese brusco resplandor

Rodeó el sofá y se sentó en el reposa-brazos, hundiéndolo a duras penas, ya que pesaba poco. Era tan delgado como el canto de una puerta. Se puso al lado izquierdo de John. Este retiró el brazo inmediatamente para que tomara sitio.

—En mis setenta años no he visto nada igual —se quejó su padre, moviéndose de nuevo, para acoplarse a la mejor postura para mitigar el dolor de la espalda. Estaba repantigándose en el blando cuerpo de las fundas del sofá. Se había tomado su medicina de todas las noches, pero esta, empezaba a hacer efecto solo cuando se iba a la cama y, a veces, se despertaba en medio de la noche con un lacerante dolor en la espalda que lo hacía gritar.

—Ann German está en peligro —anunció Peter con sus ojos grises perdidos en la pantalla del televisor, donde aparecía de nuevo la fotografía de Rachel. Él no veía esas enormes tetas, sino el rostro de su amor platónico que se llamaba Ann. Siempre la tenía en mente; hasta cuando iba al retrete.

—¿Todavía sigues obsesionado con esa mujer, hijo?

Peter miró a su padre a los ojos y esbozó una leve sonrisa que apenas curvó sus finos labios. Su cuerpo se ladeó y casi estuvo a punto de tumbarse sobre su padre.

—Sabes que la quiero, papá —dijo olvidándose de Rachel y del televisor.

—Pero ella no te corresponde. —John estaba mirando las tetas de Christie, embobado.

El sonido del televisor se había convertido ahora en un murmullo. En un sonido amortiguado, como si los oídos empezaran a zumbar tras un mareo.

—Sé que algún día será mía.

—Eso decimos todos —se quejó John con la voz rasgada. Una flema se había interpuesto entre el aire que respiraba y las palabras. Tosió y se llevó el puño a la boca. La flema rozó la áspera piel de su puño y se quedó pegado allí.

—Mira quién fue a hablar. ¿Qué hiciste tú con mamá?

—Bueno, eso fue diferente. Entre nosotros hubo lo que hoy se conoce como un flechazo. Yo era un hombre bien apuesto...

—¿Y yo que soy? —Le atajó Peter tocándole el hombro con su huesuda mano. John no se movió apenas y se tragó la flema de nuevo; estaba dulce y pringosa.

—Un hombre. Mi hijo. —Se detuvo un momento para observarle bajo la mezquina luz—. Pero mírate al espejo, aunque sea solo por una vez. Estás abandonado. Te has dejado. Esas gafas no te sientan muy bien que digamos y ese pelo está sucio. Siempre vistes esa tétrica gabardina, hasta en verano. Estás desfasado. No estás en la onda. ¿Coges el chip?

Peter le pellizcó el moflete cariñosamente y acercó sus labios a la frente de su padre. Una vez sintió el calor de él, le besó. En esos momentos la flema ya estaba en el estómago de John, que suerte. Retiró el puño de su boca visiblemente húmedo.

—Cambiaré, papá. Te lo prometo. —Peter no había observado el puño de papá.

—Eso dices siempre, hijo mío. —dijo John secándose el puño en el pantalón de pijama

Los dos se rieron un rato mientras fuera el viento crecía en intensidad y la nieve caía con furia y se estrellaba contra las ventanas y los coches que quedaban sepultados en horas por un manto que después de adornar el paisaje, lo destrozaba lentamente.

—No has formado una familia, no tienes trabajo fijo ni me has dado un nieto que esté jodiéndome todo el día...

Peter le puso el índice en los labios, riéndose. Ya no había rastro de flema ni de humedad en ellos.

—Pero tengo un don —dijo casi en un susurro.

—Lo sé.

Entonces, lo cogió de la mano y lo vio todo con claridad. El contacto suave con la palma de su mano era la manera de conectar con él. De repente, sentía un ligero hormigueo que empezaba por la mano y entraba en una laguna mental, sombría y oscura. Después de la oscuridad, podía ver sus pensamientos, presentes y pasados. Alguien lo había llamado esplendor en un libro.

Peter tenía el don de la telepatía, pero necesitaba tocar tu mano para conectar contigo. Después, todo se veía oscuro y entraba dentro de ti. Era todo así de sencillo. Su madre se lo dejó en herencia y le llamaba el «brillo», porque su hijo podía meterse en tus filtros sin tu consentimiento. Entonces no era vulgarmente lo que se conoce como telepatía, sino intrusión psicológica decía Peter; porque veía cosas sin que la otra persona colaborase en ello, ni tuviera el mismo don de la telepatía.

Buscando en Internet había encontrado bastante información sobre este don y Peter se había quedado con la siguiente frase; «La telepatía que viene del Griego sufrir o experimentar, consiste en la transmisión de contenidos psíquicos, entre individuos, a través de la mente sin el uso de agentes físicos conocidos». Pero él no necesitaba más que tocar la piel y daba igual si la otra

persona tuviera o no ese mismo don. Estaba sopesando en la idea de que los científicos no aprobarían ese don y mucho menos los médicos. Pero Peter lo poseía.

De momento, solo lo había probado con su difunta madre y su padre, ni siquiera con su mejor amigo, Denny German, el hermano de Ann, su amor platónico.

Y vio que su padre sentía fuertes dolores en la espalda y que se había obsesionado con la idea de la muerte. En realidad vio la imagen de ese dolor agudo y una figura blanca; muy brillante, al fondo de un túnel.

Como un objeto olvidado, quedó el televisor con la noticia de Rachel, que sonaba como un ruido lejano.

7

Burt hizo cábalas durante el resto de la noche tumbado sobre el colchón, con una mano en la frente y una lata de cerveza en la otra. No podía comprender quién habría hecho una cosa así; ni tampoco cómo había olvidado que le habían enviado su cuerpo al forense William. Por qué motivo le habían hecho esa aberración a la hija de Tom, un hombre honesto, que regentaba un bar con putas que se colaban allí, sí, pero honesto al fin y al cabo. Cuando las veía venir echaba mano a la escopeta de caza, pero esta estaba descargada y era solo para amedrentar a las prostitutas que, con la adrenalina al límite, después de un chute, presentaban unos ojos muy abiertos y con las cuencas casi vacías. Esto no era una metáfora sino que, en realidad, los ojos se salían de órbita ligeramente, empujados por la presión sanguínea que hay detrás de los mismos. Podían sobresalir hasta un total de tres milímetros y parecer un sapo de un momento a otro. Esto era pura ciencia. Ellas, al ver el arma entre sus menudas manos, se echaban a temblar y salían de allí como alma que lleva el diablo. Pero Tom se reía después y colgaba el arma en la pared, sobre la cafetera que emanaba vapor y los licores que tintineaban cada dos por tres. Era un tipo genial, que tenía dos hijas, una de veinte años llamada Samantha, y Rachel, la menor. Iba a la escuela secundaria y siempre saludaba a Burt cuando pasaba por delante de él.

Burt sintió una furia interna muy difícil de calmar, salvo con la cerveza. Sí, ese jodido líquido que se parece a una gran meada dentro de un bote de

lata. Poco a poco, sus ojos se tornaban blancos y veía una neblina espesa que lo embadurnaba y todo se volvía borroso. Sin embargo, esa noche no durmió tampoco por la jodida tormenta del siglo. Hacia viento con ganas y nevaba copiosamente. Y pensaba, entre otras cosas, que al día siguiente tendría otro problema: la nieve.

Y pensó en Míriam, la madre de Rachel, en cómo se tiraría como un gato sobre el ataúd de su hija cuando regresara de Road no sé qué, no recordaba el nombre, solo que estaba en un punto entre Boston y Portland. Estaba con otro hombre.

Y pensó en esas braguitas rojas.

Hasta que se durmió y la cerveza se derramó sobre el colchón, como la gran meada de un perro el cual tiene la pata levantada todavía y parece rejonearse con ello.

Y soñó todo lo que había pasado ese día; como si fuera una proyección de diapositivas en una pared rugosa y desconchada.

8

Larry, un joven apuesto, era el cura de la iglesia de Boad Hill, que había sido destinado ahí tras morir el padre Sam, el cual destacaba por dar de comer a los más necesitados. Solo los más viejos del lugar sabían su nombre real: Jeremy Kenney aunque no sabían muy bien porqué, le empezaron a llamar sencillamente, Sam. Larry llevaba destinado un año más o menos y parecía que hacía bien su trabajo con Dios y con sus feligreses. Eso es lo que decían las religiosas que cada domingo y en cada entierro, que se contaban a diario; acudían a la iglesia que estaba al final de la calle Culver Street, que era casi una pedanía y que estaba bastante alejada de la última casa de los Masterson. Una familia bien querida por los más ancianos.

Había aterrizado en Boad Hill en invierno de 2016, pero este invierno de 2017 era especialmente duro con las nevadas y apenas podían acudir a la iglesia todos los feligreses que Larry deseaba. Sin embargo, con grandes bufandas enrolladas en sus cuellos, como estolas, esta mañana tocaba ir a la misa del entierro de Rachel y eso era indiscutible; había que desafiar al temporal que azotaba con toda su fuerza. De modo que tuvieron que dejar los

coches en casa y abrirse paso entre la espesa capa de nieve y, aun así, acudieron en tropel. Larry les estaba esperando con su eterna sonrisa y sus ojos marrones tras unas gafas con montura dorada que brillaba en primavera bajo los rayos del sol, pero esa mañana era invierno.

Todos los que estaban allí, al calor de la calefacción, eran conocidos. Todos se conocían y, además de familiares, acudieron vecinos y amigos e, incluso, los más curiosos del pueblo, para después tener que chismorrear algo. Esa mañana, como las anteriores, se había despertado un vendaval peor que el día anterior. No obstante, todos querían escuchar las palabras de Larry y, sobre todo, ver el ataúd y a Rachel toda maquillada y macerada con los brazos sobre su pecho y los párpados cerrados. También a sus padres llorando sobre el ataúd en un ataque de histeria y, después, el desfallecimiento de la madre produciendo un ruido carnosos al chocar contra el suelo.

La situación era crítica y había levantado una expectación absoluta en un pueblo de no más de dos mil habitantes. Burt insistía que era una ciudad de dos mil habitantes.

Ahora Burt Duchamp estaba en primera fila, frente al atril, donde Larry se subió con una lentitud pasmosa, casi exasperante. Burt creyó que era patoso y de ahí el cuidado innecesario para dar un paso desde detrás del atril. Ahora estaba en plena resaca y seguía llevando su vestimenta de sheriff, con su sombrero de fieltro y una gran mancha amarilla en el pantalón.

Todavía no habían llegado ni Tom ni su esposa ni su otra hija y todos estaban murmurando como las cotorras en lo alto de un tendido eléctrico. Las paredes de la iglesia recogían esas voces y las reenviaban como ondas al otro extremo de la sala. Cuando por fin se escuchó algo detrás de la puerta de la iglesia, que no era el aullido del viento, el murmullo se elevó a la calidad de un griterío y después se hizo el silencio. Todos los ojos de los allí presentes estaban casi fuera de sus órbitas y los labios prietos como una delgada cremallera cosida en sus bocas congeladas.

Larry, que ya estaba en su posición correcta, levantó la vista de la Biblia que estaba abierta sobre el atril, conocido también como facistol.

De repente, las puertas de la pequeña iglesia se abrieron y con ellas, entró una ráfaga de aire helado y millones de copos de nieve volando en todas direcciones al tiempo que formaban extrañas figuras blancuzcas. Dos hombres altos, vestidos de negro y con guantes de cuero, habían empujado las puertas y ahora, totalmente cubiertos por un manto blanco, se limitaron a abrir la

portezuela de la parte de atrás del coche fúnebre, de un color gris metalizado, que estaba aparcado de culo, frente a la puerta. En los laterales del coche no había ninguna corona de flores y las ruedas estaban cubiertas por unas gruesas cadenas. La nieve se había amontonado a los pies de las puertas de la iglesia, en la entrada, pero ahora estaba siendo reducida a unas míseras placas de hielo, gracias a las pisadas de ambos hombres. El tubo de escape escupía al viento una hilera de humo gris oscuro que se mezclaba hábilmente entre los copos de nieve que revoloteaban en el aire. El motor ronroneaba como un gran gatazo.

—¡Mi hija! —gritó de repente la madre de la difunta, mientras alargaba sus brazos como un zombi y echaba a correr por medio del pasillo de la concurrencia. Se escucharon sus repiqueteos de tacones y, finalmente, el golpe carnoso de su cuerpo abrazado a un extremo del ataúd, que asomaba como una lengua oscura desde el hueco del coche.

El murmullo se elevó hasta formar un ruido molesto y las manos se agitaban delante de las caras serias, haciendo cruces con los dedos una y otra vez, de forma instintiva. Y lo que más se escuchaba en el interior de la iglesia era la frase «Rachel está muerta». Tom se echó a llorar como un niño apoyado en el banco de la primera fila, sujetándose con sus gordezuelas manos. También le caían mocos de la nariz y notaba el sabor salado de los mismos cuando resbalaban por sus labios. Al fin y al cabo, no tienen tan mal sabor, llegó a pensar en un resquicio de cordura, porque el resto era locura.

—Por favor, hermanos, tengamos la bondad de callarnos unos instantes —dijo la voz de Larry, el cura o el pastor para algunos, aunque había una gran diferencia entre ambos. Su voz se escuchaba por los altavoces instalados por toda la modesta iglesia, a la cual no le faltaba un Cristo del tamaño de un árbol.

La muchedumbre siguió murmurando, ahogando las palabras de Larry, que se convirtieron en el silbido del viento de la tormenta de nieve que penetraba todavía por la puerta principal. El aire frío empezaba a llenar la sala como el interior de una nevera, bajando drásticamente la temperatura. Ahora, las palabras se habían convertido en halos de vapor elevándose hacia el techo como expulsaran humo de tabaco. En la entrada del pasillo, que separaba los lados de los bancos, la nieve empezaba a reposar en una fina capa resbaladiza.

Samantha, con semblante serio y con más entereza, observó a lo lejos a su

madre despatarrada sobre el ataúd, mientras los dos hombres trataban, de forma cariñosa, de despegarla de allí; hicieron barbaridades para despegar a una madre convertida en una ventosa gigante. La nieve jugueteaba en el aire y los cabellos húmedos de los allí presentes se volvieron blancos de nuevo.

Finalmente, y ante la insistencia de Larry, que se había quedado clavado como una púa ardiendo detrás del atril, los dos hombres consiguieron despegar a Míriam del ataúd y los que estaban más cerca de ella la sujetaron por los brazos mientras la consolaban, mesándole el húmedo cabello. Los ojos de ella estaban a punto de explotar y, de repente, todo el mundo le pareció gente desconocida y sospechosa. Un hilo de locura emergió de su mirada y señaló con ella a todos los allí presentes.

En medio de una corriente de aire helado y miles de copos de nieve, los dos hombres de negro tiraron del ataúd y, debajo de este, se desplegaron unas patas metálicas de lo que parecía una camilla con ruedas. El ataúd emitió un chirrido inquietante al salir del hueco del coche, pero que sin embargo, pasó inadvertido ante la furiosa ventisca que aporreaba las puertas. Después de esto, empujaron el ataúd hacia dentro y cerraron las puertas, y fue solo entonces cuando el murmullo cesó de inmediato, excepto el lloriqueo de Míriam y el característico ruido de los mocos al ser tragados.

Ante la atenta mirada de los congregados, los dos hombres empujaban el ataúd por todo el pasillo que atravesaba con las ruedas chirriando como si aquello tuviera engranajes oxidados. Los ojos taciturnos de algunos lo miraban de reojo. Y hubo alguien que susurró: Rachel está dentro de esa caja de pino.

Míriam se había levantado del suelo y, de un movimiento brusco, se había deshecho de los brazos de quienes la sujetaban. No dijo nada, solo se limitó a ir detrás del ataúd con los ojos inyectados en sangre, pero ya tranquila; algo que extrañó a algunos de los congregados. Tom levantó la cabeza ante el incesante chirriar de las ruedas y vio cómo se acercaba el ataúd que parecía cada vez más grande y perturbador. Como una espantosa pesadilla, pensó.

Samantha cerró los puños, mientras el padre Larry tocaba con su dedo índice el micrófono para comprobar que todo estaba en orden. En los altavoces se escuchaban los golpes secos de su dedo. A medida que el ataúd se paseaba lentamente delante de los allí presentes, estos se levantaban, se resignaban y, con un susurro en los labios, se volvían a sentar en aquellos incómodos bancos de madera. Allí estaban la mayoría de los conocidos: Gordie, Norman, Donald. Stephen, Eileen, Andy, Morrison, los Masterton y

una larga lista de allegados, amigos y vecinos.

Por supuesto, seguía estando Burt, que ahora miraba con su semblante serio la llegada del ataúd por el pasillo, con las manos cruzadas en la barriga, mientras sujetaba su sombrero de fieltro entre sus dedos. El sombrero era lo más parecido a una hoja que está a punto de caerse del tallo. Sus hombres también estaban allí y tenían orden de observar a todo el mundo. Cualquier pista era válida, pero de momento solo podían ver dolor y rabia.

Finalmente, los hombres de negro colocaron el ataúd atravesado delante del atril, donde le esperaban coronas de flores y fotografías con dedicatorias de despedida. Entonces, Larry empezó a soltar su sermón. En uno de los momentos más calientes, dijo:

—Padre, acoge a esta joven chica en tu seno, tan pura y...

—¡Era virgen! —Le interrumpió una voz desde el fondo de la multitud. Esto dio pie a que se elevara de nuevo el murmullo entre todos los allí presentes, como un ruido de un motor que está a punto de estallar por los cuatro costados.

Larry pidió silencio y la gente se calló, sumiéndose la sala en un profundo silencio solo amortiguado por el viento de fuera.

La misa duró unos quince minutos y fue más de lo mismo. Una vez más, el joven párroco Larry se había quedado corto en su plegaria. La gente de Boad Hill no estaba contenta con la verborrea soltada por el padre Larry que se apresaba a cerrar la Biblia. Apenas había mencionado a Rachel y los motivos de su muerte. Más tarde declaró que no lo hizo por no herir la sensibilidad de los familiares. Todos estaban perturbados.

Tras el flop; ruido extraño, al cerrar la Biblia, los gemidos y graznidos llenaron la pequeña iglesia.

—¡Por favor, guarden silencio! —vociferó Burt con voz queda, y todos callaron de nuevo.

Llegó el momento de abrir una parte del ataúd para mostrar el rostro maquillado de Rachel, donde habían desaparecido los arañazos y moretones en gran parte, de su cuello que ahora mostraba un color presuntamente rosado. Cuando esto sucedió, en el instante en que una parte de la tapa del ataúd se levantó y el cabello rubio de Rachel brilló bajo la intensa luz de la iglesia, Míriam, su madre, entró en histeria de nuevo, llevándose las uñas a la cara y marcándose como si un gato se hubiera lanzado a su cabeza. Esta vez se tiró con tal fuerza al ataúd que casi lo tira al suelo. Un inquietante movimiento del

ataúd hacía presagiar lo peor. Todos los de la primera fila soltaron un ¡Ohh! Y dejaron paso a los llantos de ella.

Tom tuvo que salir al paso y agarrar a su mujer de los brazos, mientras que su hija Samantha hacía lo propio. Consiguieron arrancarla de su cuello, pero no calmarla. Su respiración se descontroló y entró en hiperventilación. Un suave hormigueo empezó a subirle por los pies y después se notaba la cara entumecida y tenía un fuerte dolor detrás de los ojos, que sobresalían de sus cuencas como dos bolas de nieve. Apenas balbuceó el nombre de su hija tres veces y se desmayó.

Burt se hizo a cargo de la situación, cogiéndola de los pies y alzándolos hacia arriba. Era la medida correcta en estos casos. Entonces, el vestido negro se corrió más allá de las rodillas y mostró unas bragas rojas. Burt miró para otro lado, pero no pudo reprimir el recordar aquellas braguitas rojas de Rachel.

Mientras Burt la reanimaba, Tom se acercó al ataúd abierto y miró dentro de él. Ella estaba allí, con los ojos cerrados, no podía creérselo, no podía admitir que todo esto le estuviera pasando a él. Y con lágrimas en los ojos y el pulso acelerado, acercó sus gordos labios a la fría frente de su hija y, cuando sus labios rozaron la piel tensa de ella, la besó produciendo un extraño ruido, como el de una ventosa.

—Adiós, mi niña —dijo, llorando como un crío y se apoyó en el canto del ataúd.

Y así fue todo hasta que la enterraron dos horas más tarde en el viejo cementerio, en una fosa cubierta de nieve y con el fuerte viento acompañando el ambiente. Cuando el ataúd descendía hacia lo más profundo de la fosa para siempre, Míriam quiso morir encima de él. Sentía cómo de nuevo se le dormían los pies y la cara y sudaba, aunque hiciese un viento helado como cubitos de hielo que la golpeaban de forma continua en el rostro pálido.

Finalmente, arrojó una rosa sobre el ataúd que ya estaba casi tocando al fondo y fue enterrada con la tierra removida y nieve, mucha nieve.

Aquello había sido una experiencia aterradora.

Era la primera vez que sucedía algo así en Boad Hill.

Burt con el sombrero de fieltro cubierto de nieve pestañeó varias veces al lado de Tom.

Necesitaba beberse unas cervezas. Sí, las necesitaba.

La noticia del asesinato tan brutal y el propio entierro habían consternado a todo el pueblo de Boad Hill, nada acostumbrado a este tipo de cosas. Todos miraban a Burt señalándole y soltando alguna increpación. Entonces él les señalaba a su vez con el dedo. Eran momentos difíciles y todos eran sospechosos. En alguna ocasión Burt había perdido la compostura de hombre de la ley y le había mostrado el dedo corazón a una mujer anciana que le había escupido a sus pies.

—Te puedo detener por desorden público y falta de respeto a la autoridad —decía con los labios secos por el frío de aquel invierno.

No hubo nada claro ni se habló más de Rachel en los días siguientes, aunque perdurase en la memoria de todos, en cada momento del día y quizá, de la noche. Ya nadie estaba seguro, y temían que eso pudiera repetirse, o quizá no. Tom siguió trabajando en su bar y las prostitutas se alejaron de allí como si el viento las hubiera arrastrado junto a la nieve.

Miriam entró en una depresión profunda y estaba ahora atiborrada de pastillas. Era lo más parecido a un muerto viviente, cuando se movía lenta y pausadamente, arrastrando los pies, con los ojos hinchados y los brazos inertes a ambos lados del cuerpo. Su hija había pedido a su novio Rick que la dejase en paz unos días para poder atender a su madre. Él aceptó a regañadientes.

La tormenta no cesó en los días siguientes y Burt no dejó de mirar la fotografía de su exmujer y sus hijos mientras se llenaba la panza de cerveza. Sus ojos lagrimosos perduraban durante toda la borrachera, hasta caer dormido en el sofá.

En un pueblo rural como Boad Hill, todos sospechaban de todos. Aunque Burt se afanara de decir que era una ciudad, pequeña, pero ciudad al fin y al cabo.

Se respiraba un aire intranquilo, tenso.

Y el amortiguado llanto del viento helado se escuchaba dentro de las casas, como una música de fondo.

Aburrida.

FIN EXTRACTO SEGUNDA PARTE

Otoño lluvioso

Jack pies de pluma se fue a la mierda literalmente, pero fue comidilla durante los meses posteriores al frío invierno, durante la primavera de fresa, como la llamaban los lugareños, y el verano sitiado, en el que los lagartos esperaban en las canteras, sacando su lengua rosada. Ya nadie hablaba del reverendo Larry, nueve meses después. En octubre, llegaron las intensas lluvias y llegó él de nuevo. Era Jack pies de pluma y el sheriff Burt Duchamp estaba desquiciado con la presencia de los hombres del FBI y sus ridículos trajes recién planchados. Su animadversión ahora hacia la cerveza había crecido, pero había llenado la panza con más de dos kilos de grasa como manteca. Seguía siendo fiel a ella, a pesar de todo.

Se despertó sudoroso, como si hubiera sido empujado por un resorte colocado en su espalda, y la imagen de unas braguitas de color rosa con encaje blanco cubierto de hojas húmedas, le dio verdadero pánico. Un martillo ardiendo le golpeaba dentro de su corazón. Se llevó las manos a la cara y notó con sorpresa que sus dedos se humedecieron. Fuera, la lluvia de aquel otoño, casi tan complejo como el frío invierno más duro de los últimos años, caía con tanta fuerza que las gotas parecían perdigones al impactar contra el suelo, la chapa de los vehículos y los tejados de madera. Sonaba como un ruido de fondo, de constante repiqueteo, como los dedos de un forajido nervioso sobre la barra de un polvoriento bar del oeste.

Y, entonces, mirando hacia la ventana, vio cómo un rayo rajaba en dos el cielo oscuro antes de explotar como un misil, y recordó la imagen de una cara. La cara de una chica joven, con los ojos muy abiertos, mojados de lluvia, la boca tapada con una mano enguantada con cuero oscuro, mientras alguien, con la otra mano, empujaba la enorme cruz hacia dentro, penetrándola con violencia hasta rajarla viva, desgarrarla y ver la sangre mezclarse con el agua de la lluvia.

Era la misma imagen que vio cuando le cogió la mano a Larry tras suicidarse, salvo que ahora no había nieve, sino lluvia. Esto desconcertó a Peter, que movió la cabeza como si quisiera desprenderse de las gotas de la

lluvia. Pero el reverendo Larry, el apodado Jack pies de pluma, era ya un pasado que había dejado, eso sí, una fuerte huella en Boad Hill.

Peter escribió la historia y, más o menos, se convirtió en un éxito de ventas, pero lo que más le interesaba a sus lectores, curiosos y periodistas, era su don. Esa laguna oscura y la visión en el interior de la persona. Y, por ello, Peter se aisló del mundo, encerrándose esos malditos nueve meses en su casa con su padre John, que seguía viendo las tetas de Christie y, otra vez, meando sangre.

Y sí, Peter también tenía sueños eróticos con Ann. Todavía la deseaba. Pero Ann era muy escurridiza. Había hecho las paces con Denny, su hermano, pero no lograba hacerle un hueco al lado de Ann.

Y, con el fuego en la garganta, volvió a recordar la última imagen de su pesadilla. Esas braguitas rosas y las hojas cubriéndolas y protegiéndolas de la lluvia.

Había dejado atrás el frío invierno y ahora estaba en la estación del otoño lluvioso.

Entonces sonó el teléfono móvil, con el tono de Fancy, China Blue, sonando como un susurro, destino de un mal augurio en mitad de la noche. Algo que presagiaba Peter cuando con sus dedos largos alzó el teléfono y contestó.

1

—Peter, la pareja del FBI me tiene desquiciado. Dicen que antes que esta hubo otra más, a unos cuarenta kilómetros de aquí. En Place Land, también en dirección a Boston, junto a Main Road. Ya sabes, donde se realizaron las autopsias de aquellas desgraciadas. Ese tal William tiene trabajo de nuevo. Te necesito...

—¿Qué? —chilló Peter.

Y colgó.

2

El tono cálido de Fancy, China Blue sonó de nuevo bajo la luz de los relámpagos y el fortuito ruido que hacía que pareciese que el mundo se iba a partir en dos. No escuchaba la música, pero si veía la luz brillante de la pantalla táctil de su teléfono, enfocando al techo como una linterna. Una luz blanca se arrastró desde el techo hasta la pared para iluminar, finalmente, el rostro de Peter, quien, con su pulgar derecho, apenas presionaba el botón verde que se iluminaba tras la pantalla táctil. En la parte superior ponía Burt.

—No estoy disponible —dijo Peter no muy seguro de sí mismo.

—Peter, te necesito. Tanto Ethan como Charlotte me están tocando los cojones y han invadido mi ciudad, joder...

—¿Quiénes son ellos? —le atajó Peter con un relámpago reflejado en los cristales de sus gafas. Se las había puesto antes de coger la primera llamada de Burt.

—Los del FBI.

—¿Y qué hacen aquí?

—Dicen que encontraron a una tal Maya Grey a las afueras de Place Land, cerca de Main Road, al parecer en muy mal estado. Tenía gusanos en los ojos. —Hubo un corto silencio que pareció extenderse en la noche, y añadió —. Estaba en el bosque, cubierta de hojas, con los ojos abiertos y desgarrada en sus partes, tal como sucedió el invierno pasado.

Peter sintió como le quemaba en el estómago.

—¿Y qué quieres de mí?

—Acabamos de descubrir otro cadáver. También de una chica joven, no sé si te lo he dicho antes. Son chicas muy jóvenes, de la edad de la escuela secundaria. Se trata de Kaylee Collins, hija de Liam, de la calle Road 44. La pobre desgraciada está rajada desde el culo hasta el vientre y el asesino ha mantenido sus ojos abiertos, que ahora están llenos de agua de esta maldita lluvia. Necesito tu ayuda, Peter.

Hubo otro momento de silencio en el que se escuchó el trueno rasgado de otro relámpago y, después, unos chasquidos en la comunicación.

—¿Y qué quieres? ¿Que vaya por toda la ciudad dando la mano a todos los vecinos y con una estúpida sonrisa dibujada en mi cara? ¿Qué les digo? ¿"No es nada, es solo para saber si es usted el asesino"?

Burt se echó a reír. No tenía por qué.

—No lo mires así. Viste los asesinatos del reverendo Larry después de muerto. Así que he pensado...

—Que vaya a tocar a la pobre chica y empuje en ella para ver si veo la cara del asesino, ¿es así?

Burt no respondió.

Un relámpago sesgado cruzó la ventana de lado a lado y, cuando el estampido del trueno llegó al suelo, el cristal bailó dentro del marco.

—Quizás sí —dijo Burt con voz sosegada. De fondo se escuchaba la lluvia incesante y lo que podrían ser las gotas rebotando en su sombrero de fieltro.

—Déjame en paz —dijo Peter y colgó.

3

John, el padre de Peter, estaba levantado, repantigado en el sofá con las luces de la pantalla de televisor proyectándose en su rostro pálido y lánguido. Tenía la mano sobre la zona de la vejiga y contraía los labios algunas veces cuando se movía. La última meada había sido por la tarde y le costó horrores echar una cuantas gotas de orina mezclada con sangre. No se asustó, pero el dolor agudo del bajo vientre hizo que viera las estrellas a través de los nubarrones de ese fastidioso otoño. Sentía que su hora estaba llegando, pero no le decía nada a su hijo. Eso nunca, llegó a susurrar en el cuarto de baño mientras se agachaba del dolor y reposaba su cara sobre el borde de la taza del retrete con la frente llena de sudor.

El susurro de la televisión embriagaba el aire del salón y, de vez en cuando, este se iluminaba de un blanco intenso cuando el cielo se rompía en trozos por un rayo. Entonces, el susurro de Christie se ahogaba en el imperioso ruido atronador.

Peter se ajustó bien las gafas y bajó las escaleras con los pies enfundados en calcetines. Unos de color blanco que tenían dos números más de pie. Tenía problemas con las uñas y un calcetín ajustado le molestaba con punzadas en las esquinas de las uñas enterradas. De vez en cuando, se le infectaban las pequeñas heridas de debajo de las uñas y tenía que cortárselas sin miramiento, hasta la raíz, para proponer a su organismo una uña nueva, rezando para que no se clavara.

Lo que Burt le había dicho le había dejado desconcertado y no sabía si había escuchado bien ni qué hacer. A medida que descendía los peldaños en

silencio, la luz que proyectaba la pantalla del televisor lamía sus pies hasta las rodillas.

¿Había una nueva víctima? Sí. ¿Se trataba de un caso aislado? Al parecer, no. ¿Utilizaba el mismo modus operandi? ¿Había querido decir eso Burt? Al bajar el último escalón, produciendo un ruido carnosos, vio que su padre estaba viendo el canal cuatro.

—Papá, ¿qué haces despierto tan tarde?

John ladeó la cabeza.

—No podía dormir.

—La tormenta, ¿verdad?

Las luces de la pantalla del televisor se reflejaron en los cristales de sus gafas.

—¿Y tú? ¿Qué haces en batín? ¿Vas a beber un trago de leche? La última gota me la he bebido yo...

—No. —Le interrumpió Peter, haciendo muecas con la boca—. No bajaba precisamente a por eso. —Se había quedado bloqueado. No sabía qué responder, pero siguió andando hacia donde estaba su padre y después, bordeó el sofá para tomar asiento al lado. Al dejarse caer, fue como si una pluma hubiera sido puesta con suavidad sobre el asiento.

—Entonces, ¿a qué coño has bajado?

—La tormenta no me deja dormir —mintió Peter encogiéndose de hombros y esbozando una leve sonrisa, que apenas si brilló en la penumbra.

—No te creo —dijo su padre estirando el labio inferior en una ligera sonrisa.

—Yo tampoco te creo —acució Peter mirándole a los ojos, que parecían dos cigarrillos encendidos en la oscuridad. Después cambiaron a un color verde y, finalmente, a una mezcla de azul y amarillo.

—He visto una película de Clint Eastwood —explicó John volviendo la mirada al televisor, que brillaba como un árbol de Navidad. Un rayo atravesó el corazón del cielo y todo se volvió blanco.

—¿Qué película?

El sordo y atronador estampido que vino después de la luz, rajó el cielo en varios pedazos y rajó el cristal de la ventana en un ruido inquietante.

—El jinete pálido. Esa es de las buenas.

Peter sonrió.

—Yo prefiero El sargento de hierro —acució, y su sonrisa se convirtió en

una risotada casi histérica.

—¿Te has visto en el espejo? —inquirió su padre—. No durarías en el ejército ni un solo día.

—Por algo me libré. —La risotada dio paso a una mueca que ocupaba la barbilla y la nariz.

Se habían olvidado del cristal agrietado. En realidad, ni siquiera se habían dado cuenta de ello.

4

La lluvia caía con fuerza y sus trajes estaban empapados, como una gran mancha oscura en medio de docenas de linternas iluminando el cuerpo sin vida de Kaylee Collins. Las luces azules y amarillas de los dos coches patrulla rebotaban en su rostro, parcialmente tapado, y en los frondosos árboles, como si quisieran horadarlos. El viento era intenso y la sensación térmica era especialmente fría. Pero la pareja de Expediente X, como los había bautizado Burt Duchamp, permanecía allí, encorvada delante del cadáver como si nunca hubieran visto a nadie en esas condiciones.

El coche oficial de ellos, un Ford gris, no tenía luz alguna sobre el techo, pero sus faros apuntaban directamente hacia el cadáver de Kaylee, atrapada entre las hojas.

El agente Lloyd Chambers también estaba allí y Jack Hodge. Por supuesto, Martín y Richard. Cubiertos con un chubasquero amarillo transparente, parecían luciérnagas en medio de la noche. Estaban apoyados en el capó del coche, con las manos en el hueco del cinturón. Sus rostros estaban serios y mojados. Sus ojos, inexpresivos. Las bocas cerradas, como cremalleras. Burt los miró de reojo a todos y frunció el ceño bajo el sombrero de fieltro. Ellos sabían lo que quería decir.

El hombre alto, con cabello castaño y nariz puntiaguda, se acercó a Burt totalmente empapado, mientras levantaba su mano derecha al tiempo que mostraba su identificación del FBI, con una fotografía que le hacía parecer mucho más viejo. El hombre tendría unos cuarenta años y era de constitución normal, ni muy delgado ni muy gordo. Eso sí, no tenía panza.

—Soy el agente del FBI Ethan Morrison —dijo con un acento muy del sur, con un inglés muy refinado.

Burt ya sabía sus nombres y que pertenecían al FBI. Estaba disimulando.

—¡Ah! —graznó Burt, como si no supiera nada y escupió al suelo, a su derecha. Después sonrió y añadió—. Un poco de saliva no se notará con tanta lluvia, ¿verdad?

La mujer, con traje gris y cabello largo oscuro, se dio la vuelta, con una mano sujetándose el mentón, como si la cabeza le pesara mucho, y la otra mano bajo el codo para hacer refuerzo.

—¿Sabe quién es esa chica? —preguntó Ethan, dejando a un lado las discrepancias que parecían haber crecido entre ambos.

—Quizá no. ¿Lo sabe usted?

Ethan le miró fijamente, con la cara empapada de agua y miles de gotas acariciándole la piel.

—Ahora no, pero mañana seguro que lo sabré todo acerca de ella.

Burt esbozó una sonrisa y escupió otra vez.

La mujer se volvió a dar la vuelta.

—Lo siento, es que algo me ha sentado mal esta noche y no puedo dejar de escupir. —Se llevó la mano a la nuez y dijo—. Siento un sabor agrio en la garganta y no sé cómo quitármelo.

—Ya —dijo Ethan volviendo a guardar su identificación mojada, en un bolsillo inundado por el agua.

La escena del crimen se iluminó por un gran foco de un blanco intenso: el de un rayo.

5

—¿Sigues enamorado de ella, verdad? —preguntó su padre a Peter, mientras de fondo seguía escuchándose el repiqueteo de las gotas de la lluvia.

Peter asintió con la cabeza.

—Sí, papá. Estoy perdidamente enamorado de ella. Pero se me resiste. —Peter tenía la cabeza cabizbaja, rellena de luces de colores. Sus gafas brillaron levemente.

—Pues cógele la mano y haz uso de ese brillo que tienes para descubrir cómo conquistarla.

—Sabes que no salgo de casa. Todos esos curiosos, los periodistas. Todo se me hace muy grande. No puedo soportarlo. En las redes sociales todavía se

sigue hablando de mí.

—Pero es un don que tienes, hijo. —Le mesó el cabello, aguantándose una punzada de dolor en el bajo vientre, y añadió—. Te lo dio tu madre antes de dejarnos definitivamente.

Peter levantó la cabeza, muy lentamente, como si fuera una gran bola de hierro levantada por una gigantesca grúa. Cerró los ojos.

—Son tantas cosas —dijo y no supo con qué continuar. Solo apretó las manos formando un puño blanco. Se clavó las uñas en las palmas de las manos, le dolió, sí, pero no se hizo ninguna herida.

John cogió, con sus dedos destartalados, el mando a distancia y cambió al canal cuatro. Christie estaba allí, con el pelo engominado y los ojos bien abiertos. Miró el reloj de la pared y vio que marcaba las doce y media. En la parte de abajo de la pantalla del televisor, atravesaba un rotulado que decía:

Nueva víctima mortal encontrada en las cercanías de Boad Hill.

Los ojos de John se abrieron como platos, y no precisamente por las tetas de Christie, sino por la noticia. Pulsó el botón de volumen durante un rato y la voz se elevó por encima del repiqueteo de la lluvia.

—Agentes del FBI se encuentran en nuestra ciudad por la aparición de un nuevo cadáver que nos recuerda al ya olvidado Jack pies de pluma, ya que al parecer, nos informan de que se ha encontrado a una chica joven asesinada de la misma forma que lo hacía el reverendo Larry. Al parecer, hace poco se ha encontrado un anterior cadáver con el mismo modus operandi en las cercanías de Boad Hill, en Place Land. Si siguen atentos a este canal, les seguiremos informando, ya que por el momento todo el mundo está desconcertado...

John bajó el volumen de la televisión y giró la cabeza para mirar a su hijo.

Interrumpiendo el silencio más absoluto entre ambos, su padre preguntó:

—¿Vas a ayudarles?

Peter se tocó las gafas y, después, se pasó la mano por el pelo. Entre sus dedos no se pudo enredar su cabello, pues estaba sucio y aplastado. Hizo una mueca con la boca y sus labios empezaron a modularse.

—Ya me ha llamado el sheriff Burt. —Y con la cabeza gacha añadió—. Lo he mandado al carajo.

Su padre le mostró un rostro serio.

—Esta es mi compañera, Charlotte Hayes —dijo Ethan al tiempo que la señalaba con el dedo índice. Ella se dio la vuelta y sus ojos claros se fijaron en los de Burt. Empapada de agua, con el cabello anidado como el final de una fregona, se acercó muy despacio y extendió su mano derecha cuando estuvo cerca del sheriff.

Burt se la estrechó con avidez y mostró una vaga sonrisa bajo el bigote. Su sombrero de fieltro le protegía de agua el cabello, pero las gotas, formando un pequeño riachuelo a ambos lados del sombrero, caían incesantemente sobre sus hombros.

—Mulder y Scully —murmuró Burt, agachando la cabeza y mirando el farragoso suelo, lleno de hojas y agua cubriéndolo como una manta gruesa.

—¿Qué? —preguntó Ethan elevando la cabeza. Ahora toda la lluvia iba a parar sobre su frente y sus ojos, y tuvo que cerrarlos momentáneamente.

—Nada —contestó Burt, escupiendo de nuevo a un lado. El gargajo se disolvió con el agua.

Charlotte se llevó la mano a la boca como si quisiera vomitar y Burt le mostró una boca alargada entre oreja y oreja, mientras el agua seguía cayendo con fuerza. Kaylee yacía bocarriba, con los ojos abiertos y un pezón fuera de la manta isotérmica para tapar a los muertos. El lado amarillo brillaba bajo las fugaces luces de los relámpagos.

—¿Es que he dicho algo? —inquirió Burt con cara de desquiciado.

Ethan meneó la cabeza en sentido de noes y dio un paso atrás.

Entonces, Burt levantó un dedo de su mano izquierda y Jack y Lloyd acudieron a su peculiar llamada, mirando de reojo a los agentes del FBI mientras pasaban por su lado. Hodge llegó a mostrar la punta de la lengua, oculta bajo una viciosa sonrisa.

Los tres se acercaron hacia el cadáver. Hacia la chica de la escuela de secundaria News Academy. Todos la conocían.

—Yo que tú me liberaría de ese caparazón que tienes puesto y saldría

pitando en busca del sheriff para ayudarlo. Parece que ese Jack pies de pluma ha regresado de nuevo, y no está de broma. Bájate del burro, Peter. No puedes estar toda la vida así. Ya has escrito un libro de éxito y Denny, el hermano de tu amada platónica —John abrió las manos en el aire— viene a visitarte cada semana. Pronto estarás cerca de ella. Y si eso no sucede, déjala en paz. El destino está escrito. Como el de esas pobres muchachas.

Peter le miró con tristeza.

8

—Algún hijo de puta debió leer el libro de Peter Bray y está repitiendo lo mismo que hizo el hijo de puta del reverendo Larry. —Burt miró a Lloyd y Jack mientras estaba agachado frente al cadáver y añadió—. ¿O debería llamarle hijo de la gran puta de Larry, o mejor aun, sin nombre?

Lloyd esbozó una sonrisa, pero el semblante serio de Burt le borró todo atisbo de gracia en su cara. Jack Hodge estaba de pie, su protuberante barriga no le permitía agacharse sin ventosear. Él, esta noche no estaba de guasa. Hacía frío y estaba empapado, algo que le molestaba sobremanera.

Los ojos de Kaylee brillaron por la luz cegadora de un relámpago y estaban vidriosos, fijos en algún punto en el aire. Guardando quizá el último recuerdo de su asesino y violador que imitaba a Jack pies de pluma, tal como lo describió es su novela Peter Bray, basada en hechos reales. Burt no paraba de decírselo. Se llama Jack pies de pluma, aunque se convirtió en Jack pies pesados.

El estruendoso ruido del trueno hizo temblar, una vez más, la tierra, justo en el momento en el que empezó a sonar el teléfono móvil de Burt. No había escuchado el tono de llamada, pero algo le vibraba en el bolsillo, bajo el chubasquero. Se llevó la mano hacia su lado derecho y comprobó que el teléfono móvil quería salirse del bolsillo.

Con la mano mojada lo cogió, lo sacó del bolsillo y se lo llevó a la oreja sin mirar a la pantalla táctil. Su voz grave resonó entre la arboleda.

—Burt Duchamp al habla.

Era Peter Bray.

—¿Burt?

—El mismo, y mojándome como un pescado en el agua. ¿Quién es?

—Soy yo.

Se hizo el silencio en los labios de Burt bañados por la incertidumbre, pero un instante después, sus arrugas se estiraron en una sonrisa.

—¡Joder, Peter! ¡No te había conocido! —exclamó tan fuerte que todos sus hombres lo escucharon. Alzaron la mirada y enfocaron sus oídos en los labios de Burt.

—¿Quién es? —inquirió Ethan a Richard, que estaba de pie, junto al coche patrulla.

Richard hizo una mueca.

—¡Baj! Un amigo...

—¿Así es como trabajan ustedes? —se enfadó Ethan aguantando el chaparrón.

—No, claro que no —contestó Richard como si tuviera un chicle en la boca jugueteando de un lado para otro.

—Creo que Peter es el hombre que descubrió al asesino —intervino Charlotte, con el pelo oscuro cada vez más anillado—. Escribió el libro, señor. Es él.

Ethan se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

—Ya estoy al tanto de esa curiosa historia que no hay quien se crea, pero...

—Es cierto —le cortó Richard. Lo que dice la señorita es cierto.

Ethan lo miró furtivamente.

—¿Y para qué ha llamado? ¿Para echar las cartas? —Ethan, por primera vez, esbozó una sonrisa. Richard se puso serio y dejó de menear el bulto de la boca, que no era más que su lengua empujando las encías.

En el cielo se dibujaron unas líneas sesgadas y rotas, de color blanco intenso, como un cristal resquebrajado. Después de algunos segundos, vino el estruendo.

Tras esto, Burt había colgado el teléfono pulsando, con el pulgar mojado, el círculo rojo, y se lo había guardado en el bolsillo. Un silbido agudo, como la sirena de una ambulancia, salió de sus labios, rompiendo el aparente

silencio del momento.

—Jack, te ha tocado. Tienes que ir a recoger a Peter.

—Sí, señor —dijo jocoso Jack y miró a Ethan con una fría mirada.

Se puso tras el volante y el motor rezongó bajo el capó. Por el tubo de escape se elevó una densa nube de humo azul, que fue absorbida por las gotas de lluvia y arrastrada por las ráfagas de viento.

Metió primera y pisó suavemente el acelerador. Las ruedas delanteras resbalaron en el barro, escupiendo gran cantidad de este hacia atrás. Finalmente, en una maniobra corta, el coche dio un giro completo y enfiló hacia la oscuridad, horadando la noche con sus luces. Burt lo estuvo mirando hasta que las luces traseras se convirtieron en dos puntitos rojos en la lejanía.

10

Sonó el claxon primero, después el golpe de la portezuela y, finalmente, el timbre. Peter ya estaba preparado, con sus botas militares y su larga gabardina negra, nueve meses más vieja.

La puerta se abrió quejumbrosamente y el agua de la lluvia llenó la entrada, formando un charco prominente y cristalino. Con ella fueron empujadas dos hojas de un color marrón oscuro, aplastadas y lacias, que flotaban en el nuevo charco.

—¡Peter! —Jack Hodge alargó la mano en cuanto lo vio y sus ojillos brillaron como los de un conejo. Tenía la mano mojada y estaba abierta para estrecharle la mano.

Peter estiró la suya, con grandes dedos abiertos y se la estrechó.

No vio nada.

No hubo oscuridad, no en ese momento.

—Hola, Jack —dijo Peter tocándose las gafas para colocárselas bien—. Te veo más delgado. —Hizo su cumplido.

La boca de Hodge se alargó de oreja a oreja.

—Anda chico, te está esperando el sheriff Burt —dijo mientras le soltaba la mano—. Hay un loco suelto que está repitiendo los pasos del reverendo Larry. —Se volvió hacia el coche, que tenía los faros enfocados en el hueco de la puerta, y caminó hacia el vehículo con su chubasquero transparente y amarillo, como una avispa en mitad de la noche.

—Lo he visto en las noticias del canal local —dijo Peter mientras su cabello se mojaba más por la fuerte lluvia. Aceleró el paso para entrar en el vehículo y, entre jadeos, añadió—. Acabo de hablar con Burt. No me ha explicado mucho, pero creo que tengo la necesidad de ayudarlos.

Jack se acomodó detrás del volante.

En el hueco que dejaba de forma intermitente el parabrisas, Peter vio la silueta de su padre apoyada en la jamba de la puerta y, para cuando el vehículo dio marcha atrás, la puerta se cerró.

11

Las luces del coche devoraron el escenario del crimen de un lado a otro, mientras se acercaba y realizaba después unas maniobras de aparcamiento en la cuneta de la carretera. El ruido de los neumáticos sobre el agua era sordo, pero el repiqueteo de la lluvia sobre el vehículo se había convertido en un rumor de fondo, al igual que trajín del parabrisas, que no paraba de interponerse entre la mirada de ellos y la carretera.

El motor dejó de ronronear cuando los dedos regordetes de Jack giraron la llave. Como un golpe de tos, el motor se apagó en una sacudida. Las luces de emergencia permanecieron encendidas, al igual que los faros. Los agentes del FBI observaban el vehículo con arrugas en la frente. Sus labios estaban sellados como una fina línea dibujada con una tiza rosa. Burt estaba al lado de la manta de plástico, mirándoles como él sabía hacer, con esa mirada penetrante, triste y furiosa a la vez. Pero no era un mal chico, solo un alcohólico que había perdido a su familia. Pero ahora estaba sobrio, siempre lo estaba cuando se le necesitaba.

La bota de Peter se hundió en un charco de agua en el cual flotaban varias hojas oscuras. La portezuela ya estaba abierta y, sobre ella, se asomaba la cabeza grasienta y las enormes gafas. Su rostro se inundó de agua casi al instante y su gabardina casi rozó el agua del suelo.

Ethan lo señaló con un gesto compungido y Charlotte arrugó la frente. Sus ojos claros brillaron bajo una nueva y cegadora luz de un relámpago.

Burt se quejó de ello.

—¡Maldita sea! ¡Vaya noche de tormenta!

Los agentes del FBI le observaron de arriba abajo, mientras Peter Bray pasaba por delante de ellos sin ni siquiera mirarlos. Ethan estaba equivocado sobre Peter y lo supo en cuanto lo vio. Aunque si escuchaba algo fuera de lo normal, se echaría a reír, de eso estaba seguro.

—¡Burt! Siempre renegando —dijo Peter con su voz grave. Acababa de cumplir los treinta y tres años hacia un mes. Y, desde el frío invierno, habían pasado nueve meses sin ver a Burt Duchamp.

—¡Peter! —exclamó Burt sonriendo—. Peter Bray, nueve meses después. —Abrió los brazos como para querer abrazarlo, pero Peter levantó la mano.

—No voy a leerte el pensamiento —bromeó Peter tendiéndole la mano. Ya estaba cerca de él, y sus pasos eran un chapoteo continuo. Sus gafas estaban bañadas en agua.

Burt bajó los brazos y extendió su mano derecha con los dedos abiertos.

Hubo un apretón de manos intenso. Sus rostros jubilosos al lado de un cadáver.

La pareja del FBI intercambió una mirada suntuosa. Pero pronto cambiarían de parecer.

—Veo que esta noche no has bebido cerveza —bromeó Peter. Burt esbozó una sonrisa. Lloyd le dio la mano, ya que estaba al lado de Burt. Peter se la estrechó con una especie de graznido en su boca.

—Quiero que veas esto, Peter —dijo Burt agachándose hacia el cadáver de Kaylee.

Peter se agachó también. El agua le caló la gabardina y tenía la espalda húmeda y fría.

Burt la destapó y las gotas de la lluvia cubrieron su cuerpo desnudo, acariciándole la piel arrugada y blancuzca. Todavía no estaba purpúrea.

—Creo que ha sido reciente. Todavía expulsa sangre por sus partes. —Miró a Peter, quien hizo una mueca y continuó—. Los del FBI dicen que este asesinato podría estar relacionado con uno producido hace pocos días. En otro pueblo, no muy lejos de aquí. No recuerdo el nombre ahora. Creen que es obra de un imitador de Jack pies de pluma. Y, por desgracia, yo también lo creo. Parece que por una vez estamos de acuerdo con esos dos personajes sacados de la tele. —volvió la cabeza y les dedicó una sonrisa.

Ethan y Charlotte se estaban acercando a ellos, con los rostros serios y sus trajes empapados.

—La pobre chica se llama...

—Kaylee Collins —le cortó a Lloyd, quien había querido decir el nombre.

Entonces, Burt continuó:

—Como puedes ver, el nuevo asesino emplea el mismo método que el reverendo Larry. Es una copia calcada. Esta pobre chica está abierta desde el ano hasta la barriga. Deberá tener todos los órganos internos destrozados. — Su dedo se deslizó sobre la piel de la chica, en aquellas partes más íntimas que estaban destrozadas. El agua estaba teñida de rojo y fluía como un riachuelo cuesta abajo.

—Es el mismo modus operandi que el anterior asesino —intervino Ethan, dando un sobresalto a Burt, que se dio la vuelta y lo miró con semblante serio—. Maya Grey presentaba las mismas heridas y destrozos en la vagina, útero y ano. Fue penetrada por algún objeto bastante grande. Ya sabemos que el reverendo Larry empleó una cruz de dimensiones considerables, y mucho nos tememos que el nuevo asesino está siguiendo sus mismos pasos. Todo es idéntico. —Hizo una pausa en medio de la lluvia y añadió—. He leído su libro, señor Peter. Podemos usarlo como base para esta nueva investigación.

—¿Ustedes se van a encargar de esto? —La voz de Burt subió de tono como una sirena—. ¡De eso ni hablar! Este es mi territorio.

—Nosotros podemos intervenir en cualquier parte —dijo Charlotte, con sus labios sensuales mojados.

Burt miró de reojo y se volvió hacia lo que quedaba de Kaylee.

—En cualquier caso, compartiremos el trabajo. Ya sé que Boad Hill no es muy grande y no podemos hacer autopsias aquí, pero...

—Para eso estamos nosotros —le cortó Ethan, con una estúpida sonrisa marcada en su rostro. Jack giró la cabeza para reírse. Una risa que fue ahogada por un nuevo trueno.

Y Burt lo escuchó. Sabía cómo eran sus hombres.

John se levantó del sofá con las dos manos puestas sobre el bajo vientre, y sus movimientos eran pausados. Su cuerpo delgado rozaba ahora el de un anciano raquítico. Su hijo apenas se había dado cuenta de ello. Suponía que era la edad. Cuando uno sobrepasa cierta edad, el envejecimiento se aceleraba

y la sabiduría se iba por el retrete.

Arrastrando los pies se encaminó hacia las escaleras, pues el cuarto de baño estaba en la parte superior, donde estaban las habitaciones. Una punzada de dolor le atravesó la pelvis cuando levantó el pie, y toda su cara se arrugó como un trapo sucio escurriéndose. Apoyando ahora la mano en la pared, puso el pie derecho sobre el primer escalón. Solo le faltaban diez más, pensó con una risa en los labios, y se preguntó si esta vez llegaría arriba del todo.

A medida que sus pesados pies se posaban en un nuevo escalón, se preguntaba, además, por qué el dolor es tan severo con uno mismo, qué pensarían los habitantes de Boad Hill tras este nuevo asesinato. Revivir la historia otra vez no era precisamente lo que necesitaban. Y, seguramente, el miedo estaría en los rostros de los padres de las chicas que iban en la escuela secundaria. Porque según había escuchado en las noticias que verborreaba Christie, la de las tetas enormes, la víctima era de corta edad e iba a New Academy.

Según había podido escuchar en otro avance, no había denuncia por desaparición alguna, pues al parecer, el crimen había sido muy reciente. Christie llegó a asegurar a sus tele-espectadores, que el cuerpo estaba todavía caliente.

John sabía que no había nadie del Canal Cuatro en el lugar de los hechos. Subió otro escalón y se retorció de dolor y se acordó de los padres de aquellas pobres criaturas que el reverendo Larry destrozó, llevándose a sus hijas a un cielo incierto. Lleno de dolor. Como el de su vejiga. Y pensó en Peter, en la posibilidad que tenía de parar toda esta locura siniestra.

Finalmente, llegó al pasillo y deslizó los pies por el linóleo mientras resoplaba. Abrió la puerta del cuarto de baño y esta golpeó la pared, ya que no tenía tope que la frenara. John se bajó el pijama con su mano huesuda y se sacó su pene sobre la taza del retrete. Una punzada le subió hasta la sien y empujó con todas sus fuerzas, aunque el dolor fuera insoportable. Como el que sentían las pobres muchachas al ser penetradas por una cruz de veinte centímetros de diámetro, pensó. Y sus labios se arrugaron y una gota de orina empezó a asomar por el minúsculo agujero de su pene, y después otra gota, y se sintió aliviado mientras orinaba.

Miró al fondo del agujero del retrete y vio algo de sangre, pero peor era lo de las pobres chicas, pensó de nuevo, y en sus cábalas añadió el espanto que sentirían ahora los habitantes de Boad Hill.

El lobo había regresado.

13

—¿No tenemos un lugar donde cobijarnos? —preguntó Ethan con el cuerpo empapado de agua.

—Sí, debajo de esta maldita tormenta —graznó Burt levantándose del suelo.

Jack, que estaba de pie junto a ellos, se volvió y sus labios esbozaron una sonrisa. Lloyd se había dado cuenta.

—Ha sido una estupidez venir aquí trajeado —dijo Richard desenchajando los ojos.

Ethan entró en cólera.

—Necesito explicar. Necesito comparar datos. Necesito hacer mi trabajo bien. Me lo estáis poniendo muy difícil.

—¿Sí? —La voz de Burt se escuchó un segundo antes que el estruendoso trueno que barrió las copas de los árboles como una onda expansiva. Estos se agitaron y la lluvia comenzó a caer con más fuerza.

—Bueno, no necesariamente ha querido decir eso —intervino Charlotte poniéndole la mano en el pecho de su compañero—. Lo que necesitamos es contrastar datos y ver si hacemos un perfil del asesino. Es como querer ir un paso delante de él.

Eso había quedado de puta madre. Su voz era melosa y sus labios carnosos hacían que las miradas se desviarán hacia ellos. Su pelo enredado y mojado, le daba un aspecto muy sensual. Pero nada de eso serviría. Ahora había dos bandos: el FBI y el sheriff de Boad Hill con sus hombres. Con sus propias reglas. Con una experiencia más que vivida. Con unos viejos recuerdos que despertaban con la lluvia de otoño.

—Y hablando de todo un poco, ¿podrían explicarnos, si quieren, claro, el caso de la chica antes que esta? —Burt se había hecho un lío con las palabras. No sabía si preguntar por una cosa o por otra. Ni siquiera recordaba el pueblo donde apareció la primera víctima. Aunque la primera para Burt era Kaylee.

—¿Se refiere a la chica que encontramos en Place Land hace unos días? —Ethan había vuelto a la normalidad, pero su cabello aplastado por el

torrente de agua le hacía perder el brillo de su color.

—Sí, claro.

—Se llamaba Maya Grey. Su padre es un conocido abogado de la zona, pero trabaja en Nueva York.

—Un poco lejos, ¿no? —Los ojos de Burt se abrieron mostrando el lado blanco bajo su sombrero de fieltro, que no paraba de regar sus hombros.

—Bueno, sí. Por eso lo localizamos tarde. —Ethan hizo una pausa casi esbozando una sonrisa y añadió—. Pero llegó a tiempo para determinar que era su hija.

—¿Es que no tenía mujer?

—Está divorciado. ¿Pero qué coño es esto?

—Solo estoy preguntando. Yo también quiero informarme. Como usted.

Jack escupió al suelo, delante de ellos. Charlotte miró hacia otro lado y el cielo se iluminó una vez más. Martín fijó su mirada en el cielo. Por esa maldita carretera no estaba pasando ningún jodido coche.

Peter continuaba en cuclillas, en el suelo, frente al cadáver. Observándola. Contemplándol. Sentía algo en su interior, un hormigueo y un vacío que no explicaría nunca.

—Maya era una chica joven, de la misma edad que esta pobre chica —explicó Charlotte, y los rostros de los agentes se volvieron hacia ella—. Cuando la encontramos, estaba cubierta de hojas, muchas hojas. Y, al destaparla, la vimos desnuda. No había ninguna prenda de ella, al menos, alrededor. Más tarde, encontramos sus bragas a unos trescientos metros del cuerpo. Las llevaba un perro de la zona en la boca. Era la única pista que teníamos. Pero en esas bragas no había ningún pelo, huellas ni semen. De modo que el asesino no dejó ninguna huella, ni siquiera en el cuerpo de Maya, a la que le desgarró la vagina y el ano. En la autopsia vimos cómo las trompas de Falopio se habían movido de sitio y el útero estaba destrozado, junto a la vejiga. El asesino utilizó una barra o algo así, y removi6 todas sus entrañas con violencia. Nunca habíamos visto una cosa así.

Todos permanecieron callados por un momento ominoso, solo roto por otro estruendoso trueno.

—Nosotros si lo habíamos visto antes —dijo Peter volviendo la cabeza y los cristales de sus gafas brillaron al ser alcanzados por los faros de los vehículos patrulla.

—Utilizaba una cruz —acució Burt tocándose el bigote mojado.

—¿Qué? —Charlotte puso una cara de desconcierto, asco o ambas sensaciones juntas.

—¿No me diga que no lo sabía? —inquirió Burt, tocándose ahora el sombrero.

—¡Hemos leído el libro! —exclamó Charlotte.

—Mira qué bien. Investigan leyendo libros —soltó jocosamente Burt.

—No. También accedimos a todos los casos. Leímos cada uno de los informes —explicó Charlotte, ahora con los ojos casi un milímetro fuera de sus cuencas. La presión ocular había alcanzado el máximo nivel y, en ese momento, se salieron sus ojos hacia afuera, literalmente.

—¿Nos están vacilando? —apuntó Ethan, pensando que todos callarían.

—No, qué va. Solo hacemos nuestro trabajo —dijo la rasgada voz de Burt.

A alguien le parecía que se estaba repitiendo toda la historia de nuevo. Burt recordó que ya se lo había contado a Peter por teléfono hacia un par de horas, o quizá menos. Y sí, les estaban poniendo las cosas difíciles a los del FBI.

14

Cuando hubo acabado de miccionar por completo y se hubo guardado el pene bajo el pantalón del pijama, John se miró las yemas de los dedos y descubrió que estaban rojas. No era mucha la sangre que había en ellas, pero sí la suficiente como para hacer saltar todas las alarmas de su cuerpo. Sedosa al tacto y caliente, la pequeña gota de sangre pareció un sangrado más que otra cosa, por lo espectacular de su color.

Pero ahora estaba respirando sin sudar y había orinado, por el amor de Dios, pensó. Eso le reconfortaba. Solo le preocupaba una cosa: Peter. Qué sería de él si ahora se fuera al cielo. Esa sola idea le daba fuerzas para seguir viviendo, aunque sabía que su hora estaba muy cerca. Como también sabía que el asesino volvería a hacer de las suyas, en ese otoño lluvioso.

Vaya si lo sabía.

FIN EXTRACTO TERCERA PARTE

La primavera de Ann

Los primeros rayos del sol encandilaron a las Margaritas, Dalias y Hortensias entre otras especies; formando el derretimiento de la escarcha de aquella mañana de la primera semana de la primavera, que resbalaba, en forma de gotas, tallo abajo.

Los dedos, retorcidos y mirando al cielo azul de aquel amanecer, sobresalían de las flores, pidiendo a gritos que la vieses. Era Amelia, y no iba a la escuela secundaria New Academy de Boad Hill. Era la mejor amiga del amor platónico de Peter; el del brillo. La mejor amiga de Ann.

Y estaba muerta. Los ojos muy abiertos y las gotas de la escarcha derretida por los rayos del sol, acariciando sus mejillas frías y blancuzcas.

1

Se despertó de súbito, con todo el cuerpo sudoroso y la polla como una barra de hierro. Sus ojos se vislumbraban extraños sin las gafas puestas. En una esquina de su boca nació un leve rictus. Con sus mejillas iluminadas por los rayos del sol que penetraban por la ventana como focos de potentes linternas, sonrió lascivamente y rememoro el sueño erótico que había tenido con Ann. Le dio un buen repaso, mientras su corazón jadeaba bajo su pecho.

Ella estaba pletórica, tirada sobre la cama, totalmente desnuda y con los pezones erectos, apuntando al techo, mientras su sonrisa cubría toda la cara. Más allá de sus eternos labios carnosos y húmedos. Peter le había quitado ya las bragas con unas temblorosas manos, mientras que ella se había quitado el sujetador; ahora estaba en el suelo como un papel arrugado y olvidado. La habitación estaba caldeada con el calor que producían sus cuerpos enervados y su respiración jadeante. La bombilla blanca que se escondía dentro de una lámpara en el centro del techo, iluminaba sus ojos, que parecían resplandecer como unos diamantes. Estaban pletóricos y temblaban como pequeños borregos a punto de descubrir su destino; el establo caliente. El aire era denso y seco. Costaba respirar porque era casi pegajoso. Sus cuerpos empezaron a

sudar por todos los poros, y los de ella; Ann, emitían además una fragancia de un perfume acaramelado. Y Peter estaba contento. Tenía las gafas puestas y la polla erecta. Se acercó a ella pudorosamente aunque bastante excitado. Las piernas de Ann se abrieron dando paso al final de sus largas piernas. Las ingles y en el centro, su sexo húmedo.

Ella, sonrió y después se rio. Él también y sus manos se apoyaron sobre el colchón, bordeándola y acariciando sus nalgas con la piel de sus piernas hasta que la polla se detuvo en el perímetro exacto. Sintió como el flujo de ella embadurnada su glande. Soltó una risotada y por la ventana abierta entro una ráfaga de aire cálida como la ilusión de unos fuegos arteriales brillando en el cielo. Sin embargo, el cálido aire acarició sus cuerpos que ya se acariciaban mutuamente. Cada roce. Cada sonrisa. Por fin la tenía a ella, pensó Peter mientras empezó a penetrarla con suavidad. La cabeza de ella se ladeó junto a un jadeo que se escapaba de su boca en respuesta al placer que sentía en esos momentos. Él empujó un poco más. Tenía las pelotas como piedras; con un dolor intenso, pero gratificante. Ella gimió de nuevo y él empujó más y más hasta entrar en ella y alcanzar con su lengua uno de los pezones que se habían endurecido y cambiado de color. Rosa muy oscuro. Quizá marrón. Quizá azulado. Ella jadeó de nuevo cuando la lengua jugueteó con el pezón. Con suavidad, cerro los dientes hasta atrapar el pezón. Podría haberlo arrancado de cuajo y cada vez que apretaba los dientes ella; Ann, movía las caderas y se llevaba las manos a su largo cabello deslavazado en esos momentos. Sus ojos se cerraron. Los párpados ocultaron sus ojos de un color claro; brillante. Y entonces él se acercó a su boca abierta y sus labios rozaron los de ella, mientras se movía rítmicamente para afuera y adentro. Sus labios húmedos le excitaban sobremanera. Él empujaba más deprisa. Sintió escalofríos al besarla. Ella no paraba de mover la cabeza, pero le buscada sus labios carnosos, mientras la penetraba con más frenesí. Más y más deprisa, hasta que sintió como algo denso le corría desde los testículos al final de la polla. Eyaculó y ella gritó de placer. Entonces se había despertado.

—¿Y si fuera de verdad? —susurró él mirando hacia la ventana con los ojos medios cerrados.

Quería volver a recordar, pero el tono de llamada de su teléfono móvil, que reposaba en la superficie limpia de su mesita de noche, le hizo volver a la realidad. Había tenido un sueño erótico y ahora estaba con la polla dura y el teléfono vibrando con premura.

Su mano izquierda alcanzó el teléfono. Miró la pantalla sin las gafas y algo borroso decía; Burt.

Su pulgar se posó en la pantalla táctil y descolgó.

—¡Peter! Te necesito otra vez, chico. —Hubo un corto pero ominoso silencio y la voz de Burt añadió—. ¿Qué estabas haciendo las cuatro veces que te he llamado? Son las diez de la mañana.

Peter no supo responder.

La voz de Burt seguía evocando en el altavoz del teléfono que tenía despegado de su oreja, pero escuchó algo; tenemos problemas de nuevo.

Se miró la polla y vio que estaba cubierta de un moco opaco y estaba ya flácida.

El día había empezado para él.

Y la primavera.

Esa época maravillosa del año.

—Habla Burt —dijo Peter volviéndose a pegar el teléfono en su gran oreja.

Y todo empezó de nuevo.

2

—¿Y a este cómo lo llamamos? —ladró Burt Duchamp retocándose el bigote—. ¿Jack pies el tercero? —Eso no pegaba ni con pegamento y él sabía por qué. Calló un momento ante la brisa de esa mañana de la recién estrenada primavera.

Jack Hodge tenía la comisura de los labios, sesgada, como si estuviera a punto de explotar en una risotada. Sin embargo, lo que más parecía a punto de explotar eran sus gases en el intestino. Aguantó con firmeza y una cara agria se le dibujó en el rostro durante un instante. Después, sus labios formaron una sonrisa y sus ojos brillaron bajo el sombrero de fieltro. Estaba apoyado en el capó del coche patrulla. A estas alturas, pensó, ya estaba acostumbrado a ver demasiados cadáveres en una ciudad tranquila en la nunca pasa nada. Como el incierto frío invierno o el otoño lluvioso, le grita una voz en su interior. Entonces sus facciones toman el relevo de la sensatez. La seriedad.

—No sabemos nada señor. Creo, en mi humilde posición. —Abrió las manos como un cura antes de rezar delante de la fosa en el cementerio—. Es

muy pronto para poner un mote al asesino o asesina. Quizá podría tratarse de un accidente...

—¡Y tu madre se está tirando a tu querido vecino! —vomitó Burt—. ¡Hago lo que me da la gana! ¿Has visto su cuello? —Señaló hacia la pobre mujer que aún permanecía con los ojos abiertos.

Jack se encogió de hombros. Su rostro era ahora todo un poema, y la maliciosa risilla se había evaporado con los rayos del sol.

—Bueno... Está claro que tiene un buen tajo en el cuello. Debió cortarse con algo muy afilado. Algo más afilado que un cuchillo de cocina...

—¿Cortarse? Querrás decir, ¿le cortaron? —Le atajó Burt llevándose ahora un palillo a su boca, el cual se había sacado del bolsillo de la cazadora. Habría deseado que ese palillo hubiera sido en realidad, un cigarrillo.

—Perdone señor, no estaba...

—¿Atento? —Le volvió a atajar Burt llevándose la mano al sombrero de fieltro esta vez, para colocársela bien en la cabeza. Una especie de manía que persistía en él desde que había perdido a su familia—. Debería darte una patada en el culo y mandarte al infierno —murmuró.

Lloyd Chambers quiso reírse, pero se contuvo. Estaba a un lado de Burt, fuera del alcance de su vista. Su cuerpo largo, ecléctico y encorvado, era lo más parecido a un cuervo oscuro.

Mientras se comportaban como niños, los ojos ahora vidriosos de Amelia, parecían estar observándoles y suplicando ayuda. Burt escupió el palillo desgastado que momentos antes jugaba entre sus dientes. Detrás del palillo le siguió un esputo proyectado como perdigones. El palillo y el esputo se perdieron entre las flores. Richard Priest, el nuevo, que ya no lo era tanto, estaba observando el camino del palillo. Sin enarcar las cejas y apoyado en la parte superior de la portezuela del coche patrulla, desvió ahora la mirada hacia las flores, que ya estaban prácticamente secas. La escarcha ya había desaparecido y con ella, las gotas.

—Primavera de rosas —dijo de pronto Burt mientras tomaba aire profundamente.

—Señor, aquí no hay rosas —dijo Richard con pasividad.

—En alguna parte habrá rosas. No se preocupe por eso ahora. —Burt le miró con semblante serio y sus ojos no brillaron ni un ápice bajo los dedos largos del sol de esa mañana—. Le apodaré el asesino del cúter —concluyó.

—¿Y porque el asesino del cúter señor? ¿No sabemos con qué tipo de

arma blanca ha sido seccionada? —Las preguntas de Richard, el único que parecía poner interés en su trabajo, sonaban como órdenes.

—¿Cuántas cosas pueden cortar tan limpiamente un cuello? —inquirió Burt acercándose a Richard.

—Un bisturí, por ejemplo —acució Richard.

Burt enarcó una ceja. A fin de cuentas, podría tener hasta razón, pensó. Caminaba lento, para no pisar demasiado las flores que embellecían al cadáver.

—O quizá otro utensilio médico. —Se detuvo un instante para pensar—. Uno de esos instrumentos que suelen utilizar en cualquier operación.

Richard meneó la cabeza.

El sol calentaba ya su sombrero de fieltro y notaba cierto calorcillo en el cogote. Al fin y al cabo un sombrero también se calentaba si le daba el sol de lleno. Esos largos dedos calientes que te envuelven como una manta invisible, haciendo que brilles al mismo tiempo.

—La historia se vuelve a repetir —dijo Lloyd apretando los dientes.

Burt se giró hacia él.

—No. Este no es el mismo del pasado invierno o el otoño. Es posible que sea un crimen aislado. Un despecho...

—Joder con los despechos —interrumpió Lloyd, mientras veía con asco el corte profundo y limpio que tenía en el cuello Amelia. La gran conocida en todo Boad Hill. Una más.

Burt soltó un bufido.

—Jack, he llamado a Peter. Ve a buscarle. Lo quiero aquí enseguida. Quiero tapar el cuerpo desnudo de una de nuestras vecinas. Quiero tomar huellas por si el estúpido de William me contesta de nuevo; no tenemos nada. —Burt levantó los brazos dejando entrever unas manchas húmedas en los sobacos. Su aliento olía a cerveza. De la barata, pero era cebada. Después de todo no se había olvidado de sus vicios, pero estaba tan fresco como una lechuga, solo que algo desconcertado.

—Sí, señor —dijo Jack metiéndose en el coche patrulla que no paraba de imitar a un tiovivo con sus colores atravesando el aire y reflejándose en la nada.

Mientras Burt se daba la vuelta, escucho el portazo de la portezuela y después el rezongar del motor. El ruido del caucho de los neumáticos sobre la carretera de tierra indicó que había iniciado la marcha.

Burt volvió a ver el profundo corte en el cuello de Amelia, la hija del farmacéutico Logan. Todos, la conocían. Y ahora estaba despatarrada sobre un charco de sangre oscuro, cuajado, con el cuello completamente abierto. Hasta se le podía ver la tráquea y la profundidad de esa especie de tubo grisáceo.

3

La puerta repicó en el marco al cerrarse tras el agente Jack Hogde. Fue un golpe seco. John lo miró con unos ojos tristes. Sabía a lo que había venido. Últimamente ya estaba empezando a hartarse de que utilizaran el "brillo" de su hijo para resolver los crímenes más atroces que Boad Hill, había conocido nunca.

—Ha sucedido otra vez, ¿verdad? —John tenía el semblante serio y el cabello casi amarillento. A la luz de los rayos de sol que se filtraban por todas las ventanas y el cristal de la puerta, ese cabello parecía paja implantada. Como si miles de cigarrillos encendidos estuvieran humeando alrededor de su cabeza.

—¿A qué se refiere? —quiso despistar Jack disimulando francamente mal. Sus mejillas se habían sonrosado.

—Tú ya lo sabes —acució John dándose la vuelta—. No has venido aquí a jugar a las cartas con mi hijo. El niño tiene ya casi treinta y dos años y muchos pelos en los huevos que alguna mujer debería sobar. —John hizo una mueca con la boca que Jack no vio. Ni falta que hacía.

Jack esbozó una sonrisa de oreja cuando escuchó lo de los pelos de los huevos. Su enorme panza, estaba preparada, para dar extraños saltitos si soltaba una carcajada, pero no sucedió nada más.

—Esta vez es distinto —argumentó Jack con el sombrero de fieltro en una mano.

—¡Es lo mismo! —John se giró y sus ojos estaban inyectados en sangre—. ¡Estás aquí porque ha sucedido algo horrible! ¡Eso es todo!

Jack se encogió de hombros.

—Una mujer... —balbuceó y no terminó la frase.

—Me lo suponía —rezongó John volviéndose hacia el pasillo, dándole la espalda a los dedos largos del sol. Sintió un calor inmenso en sus hombros. Eso le reconfortaba. La primavera siempre era bienvenida. Pero la artrosis

dolía más en esa época del año y John no estaba hecho para ello.

Tres pasos más adelante John se puso las manos abiertas alrededor de la boca para canalizar el grito.

—¡¡¡Peter!!! ¡Han venido a buscarte para abusar de ti! —La voz rebotó en las paredes del pasillo y subió como un trueno por las escaleras, que se encontraban justo a la izquierda. Jack puso cara de tonto.

—Lo sé papá. Solo será una vez más. —La voz de Peter no sonó tan estridente y además iba acompañado del repiqueteo de sus zapatos. Estaba bajando las escaleras adoptando la forma de un vampiro con la gabardina oscura que ondeaba en esos momentos, sobre los escalones.

—Joder hijo. Un día de estos me da un infarto contigo. Haber avisado de que ya estabas en las escaleras y deja ya esa gabardina de Drácula olvidada en el ropero. Ya empieza a hacer calor. Serás puñetero. Al final me voy a creer los rumores que dicen que estás loco.

Peter enarcó las cejas y se detuvo en el penúltimo escalón. Sus enormes gafas; brillando bajo los rayos del sol que se filtraban por las ventanas.

—Papa, soy un poco extraño, nada más. —Se detuvo de repente y movió la cabeza—. ¿Es verdad que dicen que estoy loco?

—Me lo he inventado yo, hijo. —John se dirigía ahora hacia el salón, en busca del sofá y la ventana que resplandecía bajo la atenta mirada del sol.

—No has cambiado papá —acució Peter abandonando el último escalón.

Jack tenía dibujada una estúpida sonrisa en la cara, pero no era forzada.

—¿Que tal Jack? —preguntó Peter, mientras se colocaba bien sus eternas gafas de montura negra.

Jack empezó a contraer los hombros.

—Bien Peter. Yo estoy bien, pero algo ha empezado mal esta primavera recién estrenada.

Peter movió la cabeza.

—Burt me ha llamado. Tu jefe no me ha dicho nada, salvo que me necesitaba y supongo para lo que es.

—Sí, supones bien, si estás pensando lo mismo que yo.

—Un pueblo tan tranquilo y desde el jodido invierno a esta parte, todo ha dado un giro radical por culpa de un demente.

—Esta vez es menos aparatoso, pero para mi juicio no es algo puntual como piensa mi jefe. Creo que es obra de un demente que volverá a actuar.

—¿Cómo estás seguro de ello?

Jack movió la cabeza.

John, ya repantigado en el sofá estaba viendo las noticias locales. Anunciaban un chaparrón puntual propio de esta estación del año.

—Bueno, espero estar equivocado —aceptó Burt ladeando la cabeza. Su sonrisa había pasado a convertirse en una bola de sebo, seria y triste.

Peter le tocó el hombro.

—Vayamos allá —dijo.

John desvió la mirada y grito algo.

—¡Hijo, ten cuidado al cerrar la puerta que hace viento!

Peter lo miró en la distancia y dijo;

—Papa, no va a pasar nada. Lo hago porque quiero. No es motivo para que te enfades.

—¡Buaj! —El sonido había sonado seco y atravesó el pasillo como un rayo sin luz.

Peter sonrió.

Y se colocó de nuevo las gafas sobre su aguileña nariz.

Al fin y al cabo, iba a poner su grano de arena en lo que ya parecía habitual que sucediese en Boad Hill, de un tiempo para aquí.

Sus largos dedos se cernieron en el pomo de la puerta y giro enérgicamente la muñeca.

—Vamos Jack. Llévame al sitio. —Se detuvo un momento en la jamba de la puerta—. ¿Es joven?

Jack movió la mano como si atornillara algo.

—Esta vez, es más madura. —Burt no quiso decirle de quien se trataba, aunque no sabía nada que guardaba relación con Ann.

La puerta repicó en el marco de forma seca.

Dentro se escuchó un impropio ahogado.

—Vayamos Jack. Es primavera.

Y mal que empezó, sobre todo para él. Algo que desconocía de momento.

Y no tardaría en manifestarse.

La había reconocido, por sus ojos, por su mentón, su cara de piel fina que estaba pálida ahora y comenzaba incluso a tomar un color azulado. Pero era

ella. La había visto muchas veces con Ann. Es más, sabía que era su mejor amiga. Aunque en las dos últimas estaciones no la viera, estaba seguro de que estaban ligadas al teléfono móvil. Que nunca la había abandonado.

Pero ahora sí.

Estaba muerta, con un brazo extendido hacia un lado y los dedos rectos como palos, aplastando una hilera de flores. No sabía distinguir cuales eran ahora. Estaba en estado de desconcierto, mejor aún, de shock.

No podía ser ella.

Peter se acercó lentamente y vio el corte en el cuello. Toda la zona estaba acordonada con una cinta amarilla y blanca que saltó sin problemas. El sheriff Burt le miraba a los ojos con el semblante serio. Allí solo se escuchaba el viento. Agitado. Haciendo mover los tallos de las flores que la abrazaban tendida en el suelo, bocarriba. Con sus preciosos ojos brillantes abiertos. Secos ya. El sol caía sobre ellos como un chorro de fuego, y a veces, el viento espantaba el calor que sentían en sus cogotes. Peter se arrodilló allí mismo. Delante de ella.

Y le cogió la mano.

5

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —aulló John desde el sofá. Habían tocado a la puerta con unos nudillos. No habían usado el timbre. Ese era Denny, el amigo de su hijo sin duda, pensó—¿Puedes esperar a que me levante de una maldita vez, Denny?

Los nudillos dejaron de aporrear la puerta.

Y durante lo que duró una eternidad, John cruzó el salón y traspasó el pasillo hasta ver la silueta de Denny, a través del cristal opaco de la puerta.

Asió el pomo, giró con una punzada de dolor en la muñeca y tiró de la puerta hacia él.

—¿Que tal John? —Una estúpida y absurda sonrisa dibujaba un rostro eufórico de un hombre de la edad de su hijo. Algo más de treinta años. Era Denny, el hermano de Ann.

—Peter no está chico. Lo siento. —La voz de John se notaba algo cansada. El número de la edad iba hacia arriba y respirar se hacía cada vez más difícil. Pasados los sesenta y cinco años, todo vuela a tu alrededor—. El

gilipollas del sheriff lo ha llamado de nuevo, para que le resuelva su mierda.

Denny frunció el ceño y la sonrisa se apagó como una bombilla fundida.

—¿Es cosa mía, o estás cabreado por primera vez? —inquirió Denny arrugando la frente. Sus ojos se dilataron por un espacio corto de tiempo.

—Estoy hartos ya de que mi hijo sea el conejillo de pruebas para descubrir al asesino. Últimamente eso del brillo que le dejó su madre, no es que le funcione bien, va mejor, pero acaba con fuertes dolores de cabeza y un gran desconcierto. Como si se encontrara desubicado.

—¿Es que ha pasado algo? —Quiso saber Denny con cara de preocupación.

John asintió con la cabeza mientras se daba la vuelta.

—Anda, pasa y tomate lo que te apetezca. En la nevera hay de todo.

—No, gracias, señor John. Se lo agradezco. Yo venía a estar un rato con su hijo. Ya sabe. Charlar y eso...

—Sí, eso es lo que tendría que hacer Peter si no fuera tan cabezota —le interrumpió John con cara de malas pulgas. Pero, Denny, no le veía la cara porque estaba de espaldas avanzando por el pasillo.

John fue directo hacia el sofá. De fondo, se escuchaba la voz de Christie murmurando. Denny se detuvo en medio del pasillo y dijo;

—Me ha dicho que ha salido por algo que ha pasado, ¿verdad?

—Sí. ¿No has oído bien? —La voz de John rozaba a un gruñido.

—¿Sabe si tardará mucho?

—Cuando ese tipo te llama es por algo grave, del que no sabe salir. Así que pienso que tardara un buen rato. Ya te dije que te tomaras algo de la nevera y si quieres, de paso, puedes hacerme compañía.

A lo cual Denny se negó moviendo las manos como aspas.

John lo vio desde el sofá. La casa era casi toda alargada y tenía buenas vistas, excepto la cocina, que se encontraba oculta.

—Tú mismo. Eso es lo que pierdes —voceó John con la barba rala, canosa. No se había afeitado en los dos últimos días.

—Bueno señor John. —Denny se frotaba las manos—. Le agradezco su hospitalidad. Dígale a su hijo que he venido como de costumbre.

—¿No tienes teléfono para llamarle? —inquirió John por encima del murmullo del televisor.

—Sí claro, pero prefiero que se lo diga usted.

—¿Le digo algo en especial?

—No. Basta con que le diga que vine. —Hizo una pausa y añadió—. De todas formas volveré esta tarde.

—De acuerdo jovencito.

—Bueno, ya tengo una cierta edad.

—Pero no como la mía. —El cuello de John se giró hacia el televisor, como si el conjunto de músculos hubieran resbalado sobre bolas.

Denny se dio la vuelta y camino hacia la puerta.

—Sí, es verdad.

Abrió la puerta y al cerrarla el canto de madera repico en el marco como un mazazo, Tras la despedida de Denny se escuchó el improperio de John que salía de una garganta rasgada.

Eso fue todo lo que sucedió en casa de los Gray en toda esa mañana.

6

A Peter le sacudió una oscuridad como una ráfaga de viento en el interior de su cabeza. Su cuello se inclinó hacia atrás y en sus sienes, se percibió algo de dolor. Un dolor sordo. Después vino el brillo. Vio las flores ondulando en sentido de la corriente de aire que siempre es invisible y vio un huevo frito bastante rojo salir de las montañas. Estaba amaneciendo y todo lo que sus retinas habían recogido, era información visual para Peter.

—Es bien temprano. Esta misma mañana —explicó Peter sin dejar de apretar la mano de ella. Una mano fría.

—¿Estás seguro? ¿Es eso lo que ves? —preguntó Burt como si murmurara.

Peter asintió con la cabeza.

Una ráfaga de aire le acarició el pelo pegajoso que no se movió como las flores que le rodeaban.

Entonces vio una mano enguantada. Entre los dedos de cuero o plástico, brillaba el filo de un cúter. Durante un instante le pareció ver un bisturí de los grandes. Vio un pasa montañas y una capucha. Sus labios se estiraron en una repentina sonrisa. Eso es siempre igual, pensó. Un asesino con guantes y capucha. Era lo más habitual. De modo que estuvo tentado de soltar la mano helada y agarrotada. Pero por su mente viajaron las imágenes del forcejeo de manos y en un golpe, la capucha descubrió el rostro del asesino. Los ojos de

Peter se abrieron como platos y su corazón martilleó su pecho. Estaba temblando. Era la cara de una mujer. Era Ann, su amor prohibido. De repente soltó la mano, desconcertado y desilusionado. No dijo nada.

Burt arrugó la frente.

—¿Que pasa amigo?

—Nada. —Su voz temblaba como un brazo de trémolo—. No he podido ver nada y me duele la cabeza.

—¿Quieres que te lleven a casa?

—Sí, sera mejor. Estoy cansado.

Burt observó como le temblaban las manos, pero no le dio mayor importancia.

—Me has ayudado bastante —dijo Burt tocandole el hombro. El esqueletico cuerpo de Peter se convulsionaba bajo la gabardina.

—Pero creo que ya no podré hacerlo más —declaró Peter, con voz trémula.

7

—¿Qué pronto has regresado esta vez verdad? —Se interesó Ann al ver a su hermano cruzar el arco de la puerta. Ann todavía vivía junto a sus padres y su hermano. Dadas las circunstancias, tras la muerte de su marido Donald, había decidido que no quería tocar nada que viniese de su herencia. Prefería la humildad bajo el paraguas de su familia que vivir, sola, en un palacio en el que vivió toda su tragedia. Todavía casi un año y medio después, le parecía ver a Donald escondido detrás de las cortinas. Y luego estaba el asesino, o los asesinos. Sin embargo, todos ellos estaban criando malva ya.

—Sí, he venido pronto porque al parecer Peter ha sido requerido de nuevo. El muy jodido no me ha llamado al móvil. —Denny mostraba su lado más oscuro. Estaba irritado por una nimiedad. En realidad se estaba comportando como un niño, porque iba a casa de Peter todos los días, mañana y tarde, y no debía preocuparse por lo sucedido ese día. Pero le pesaba. Tanto que su voz parecía más cercana a un gruñido que a una voz humana.

Ann se dio cuenta de su cabreo.

—Si fuera una chica, seguro que lo que sientes ahora, serian celos.

Denny se la quedó mirando con cara de sorpresa.

—No me gustan los hombres...

—Yo no he dicho que te gusten los hombres —le cortó Ann mientras se dirigía al salón. Ahora la puerta se estaba cerrando tras la entrada de Denny.

—Sí, ya entiendo. Pero no le tengo celos. Es solo que me parece que vuelve el mal rollo del frío invierno o ese jodido otoño. Están abusando de su brillo, como le llama su padre. —Denny bizqueó los ojos, mientras Ann se estaba ya alejando de él—. Su padre también está un poco molesto.

—No me extraña. —Ann se detuvo un momento y se dio la vuelta ondeando su larga melena oscura y ondulada. Su belleza respiraba por todos sus poros. ¿Qué ha pasado esta vez Denny? —Sus ojos se agrandaron y dejaron ver lo blancos que se mostraban.

Denny se quitó la chaqueta de ejecutivo, del que no trabajaría nunca. La situación en Boad Hill con respecto a un trabajo, brillaba por su ausencia.

—Ha sido el sheriff de nuevo y cuando le llama es porque algo malo ha sucedido...

—¿Pero que podría estar pasando ahora? —Ann apretó los dientes. Su corazón se ocultó tan profundo que apenas se escuchaba sus propios latidos ni aún tocándose la muñeca, las sienes, el cuello o el mismo pecho.

—Piensa tú. A lo mejor es un accidente laboral, de circulación o un nuevo cuerpo encontrado en algún rincón.

—Entre las flores —rectifico Ann volviéndose de nuevo para proseguir su camino hacia el salón. Mamá estaba en su habitación y papá había salido a comprar algunas cosas en la ferretería. Era lo que se suele decir, un apañado. A veces algo torpe, pero siempre acababa haciendo las cosas bien. Eso era bueno.

Denny arqueó las cejas. La puerta terminó de cerrarse en un suave golpe.

—¿Que te hace suponer en un nuevo asesino?

—Yo no he dicho eso —contestó ella casi en un murmullo en la distancia.

Denny arrugó su frente.

Estaba molesto.

—¿Que te ha pasado chico? —preguntó Jack mientras tomaba una curva bajo el esplendoroso sol de ese día.

—Que ya no puedo ver nada —mintió Peter mientras pasaba sus finos dedos por debajo del cinturón de seguridad.

Jack conducía lento.

—Es que últimamente han sucedido muchas cosas en Boad Hill. Te comprendo chico.

Peter lo miro a través de sus gruesas gafas.

—Sí, y a mí la habilidad se me ha agotado —siguió mintiendo Peter.

—Di que sí chico. Eso era una verdadera habilidad. Todavía recuerdo las caras que ponían la parejita del FBI cuando todo Boad Hill se sumió en una ola de asesinatos y agua.

Peter esbozó una leve sonrisa.

—¿Por qué me llamas chico? He pasado de los treinta ya.

—Y yo los cuarenta y cinco —refunfuñó Jack. Acelero un poco—. No te lo tomes a mal chico, es una manía mía.

Jack desvió la mirada hacia Peter, sosteniéndola demasiado tiempo.

—Mira la carretera. —Señaló la inquietante curva que se les advenía.

Jack volvió la cara y el vehículo hizo una ese que hizo que ellos dos se movieran como muñecos de trapo en sus asientos. El vehículo chirrió desde el caucho de los neumáticos y tomó la curva suavemente.

—Gracias Peter. Me he despistado. También yo estoy perdiendo facultades.

—Pues no deberías. Esa chaqueta aunque haga calor y que debes llevar puesta, indica que estás en deuda con la aplicación de la ley, y no puedes despistarte en nada. —La voz de Peter sonó cascada y su dedo índice le estaba señalando todo el rato a la chaqueta—. Tienes una responsabilidad. Yo sin embargo, me he quedado sin esa habilidad, pero nadie depende de mí.

—Bueno, has ayudado y mucho en estos meses anteriores. —Jack hizo una pausa sin apartar la mirada de la carretera y añadió—. Incluso lograste localizar al perro de los Andersen.

Peter se ajustó las gafas y debajo de ellas, más abajo de la nariz, sus labios dibujaron una sonrisa.

—Eso me gusta chico. Que seas optimista.

Peter no contestó, porque sabía que Jack se había ido por otro camino. Era como si hablara sin coherencia. Pero eso a él, le daba igual ahora.

En su profunda inquietud estaba la cara de Ann, la cual había visto a través de la víctima. Su amor por ella, le llevaba a protegerla, pero ¿era real

lo que había visto?

Algo dentro de él le decía todo lo contrario.

Le dolía las sienes y su corazón retumbaba en ellas.

9

—Lo que más me disgusta, es que el señor sheriff se ha, como lo diría. — Denny ladeó la cabeza—. Acomodado a que Peter le resuelva todo lo que no sabe hacer. Siento que Peter siga sus órdenes y esté lamiéndole el culo.

Ann que tenía una jarra de limonada en la mano, se quedó inmóvil con la puerta de la nevera abierta.

—¿Por qué hablas así Denny? Te veo alterado. —Ann estaba desconcertada.

—No es lo que tú piensas. —Denny la señaló con un dedo casi rechoncho. Últimamente estaba engordando demasiado.

—¿Que crees que pienso?

Con el culo, empujó la puerta de la nevera que se cerró en un golpe sordo. Casi inaudible.

—Tienes una imaginación muy rebelde. No se trata de sexualidad hermana.

—Yo nunca he insinuado nada. Solo que veo que pasas mucho tiempo con Peter. Entiendo que es tu mejor amigo. Desde los tres años y eso me hace pensar quizá también en una obsesión.

—Celos. ¿Es a eso a lo que refieres?

Denny arrastró una silla sobre el suelo de linóleo y murmuró algo en mitad del ruido producido por la silla, pero no se escuchó.

—No me refería eso tampoco. A veces yo siento cosas extrañas con mis amigas más íntimas. Cuando se van de compras sin mí, o celebran algo en la que ya no participo. —Ann dejó la jarra sobre la mesa. El duro cristal de la jarra se estremeció en un ruido seco.

—Si algo así me pasa a mí también —admitió Denny.

Los dos se miraron fijamente. Como dos enfermizos celosos.

—Creo recordar que le había llamado Burt, ¿verdad? —Quiso saber Ann de nuevo.

—Sí, ya te lo he dicho varias veces esta mañana.

—¿Crees que ha pasado algo grave?

—¿Cómo qué? ¿La aparición de un cadáver?

—¿Que te hace suponer eso, si no lo sabes?

—Bueno, no creo que Burt le llame para encontrar al gato de algún vecino despistado. Y este tema también lo hemos tocado varias veces esta mañana.

Ann cogió dos vasos del armario.

—¿Te apetece una limonada? —Ann le mostró lo que mejor sabía hacer; sonreír.

—Sí, claro, tengo la garganta seca.

Ann movió la cabeza como diciendo; he captado tu respuesta. Lleno los dos vasos con limonada a rebosar y le hizo un gesto con los ojos a su hermano. Estaban uno frente al otro. Separados únicamente por la mesa.

Ann alzó el vaso y sus carnosos labios besaron el borde del vaso.

En cambio, a Denny le temblaba la mano cuando alzó el vaso. Un poco de limonada se derramó sobre la mesa.

Ann lo miró intrigada.

10

Parecía como si una rata se hubiera dado un festín con los labios de Amelia, ya que estos habían desaparecido y en su lugar se mostraban los desnudos dientes embadurnados de sangre. La nariz corría la misma suerte. Burt pensó que en primavera salen todo tipo de roedores aunque no hubiera llegado la estación de la recolección del maíz.

—Está irreconocible. Yo no sé cómo a veces se puede identificar a una persona en estas circunstancias.

—Todavía mantiene sus facciones —admitió Lloyd mientras sus ojos se habían posado sobre el cuerpo desnudo de Amelia. Tenía los brazos en jarra, como si esperase algo de todo aquello. Una pista en la que entretenerse.

—Pero lo que está claro es que la mujer murió por el corte en la garganta —dijo Richard casi en un murmullo—. Desangrada. Todo lo demás son obra de los jodidos animales.

—Si, en eso todos estamos de acuerdo, sin embargo, tenemos que optar una vez más por la autopsia. Es el protocolo. Ahora el grosero de William me

dirá que no ha encontrado huellas. Es un incompetente. Porque Boston está muy lejos, que si no, enviaba todos los fiambres allí. —La voz de Burt sonó más grave de lo habitual.

Mientras ellos estaban de cháchara, los dedos largos del sol acariciaban el cuerpo desnudo de Amelia, que aún permanecía frío. Las flores bailaban a su alrededor, como si aquello fuera un ritual. El suave viento elevaba un olor agrio a la altura de dos metros y tuvieron que retirarse del cuerpo hediondo por un largo y excesivo tiempo, mientras las luces de sus vehículos, seguían destellando al vacío.

Una cinta amarilla abrazaba todo el escenario del crimen.

—Primavera de rosas —dijo Burt sacando siempre nombres para cada cosa.

Sin embargo, esa, sería la primavera de Ann.

Por muchas cosas.

11

El portazo en el marco de la puerta indicó a John que su hijo había llegado a casa y no con muy buen humor. Como si su cuerpo estuviera sujeto a un muelle, se ladeó hacia el lado del pasillo, donde vio con asombrosa nitidez la figura de su hijo enclenque cubierto por aquella espantosa gabardina negra, como si un gigantesco murciélago estuviera cubriéndolo con seis enormes alas frágiles.

—¿Qué pasa hijo? ¿Algo anda mal?

—No.

—¿No?

—Solo me duele un poco la cabeza. Creo que el brillo de mamá ha volado con ella ahora mismo.

Aquellas palabras le sentaron a John como un jarrón de agua helada, con el sopor que ello suponía.

—¿De veras?

—Sí.

Después se escucharon los golpes de los tacones de las botas, cubriendo de ecos todo el pasillo. Con el cuerpo encorvado y continuamente tocándose la armadura de sus gafas, Peter puso el pie derecho sobre el primer escalón,

cuando de pronto la exaltación de su padre lo inmovilizó como si le hubiera dicho que acababa de pisar una mina.

—¡Ven aquí hijo! ¡Cuéntame que te pasa! —La cara y los labios de John se habían arrugado como el culo de una marmota. Desde el sofá, seguía viendo perfectamente a su hijo bajo un manto oscuro y con el pelo pegado a su cabeza como si se hubiera vertido todo un bote de gomina en su oscuro cabello.

—Papá, me duele la cabeza. Quiero descansar.

—¡Y a mí me duelen los huevos! Ven aquí. A mi lado. Quiero hablar contigo. Aunque sea un minuto.

Los ojos de Peter, claros, observaron el rostro compungido de su padre.

—¿Solo un minuto?

—¡Quizás dos!

—Solo uno y medio —rezongó Peter

—Ven hijo, siéntate a mi lado —insistió John con voz sosegada.

Peter agachó la cabeza y medito un instante. Después, ante la mirada de su padre decidió ir hacia el sofá. Se escucharon sus tacones, después el golpeteo sordo sobre la alfombra y finalmente, se dejó caer en el sofá sin hacer ruido alguno.

—Quítate esa gabardina hijo. Seguro que estas, incómodo.

—No. No estoy incómodo. Me gusta llevarla.

—Lo sé. Te la he visto puesta hasta en verano —dijo jocosamente John, mientras su huesuda mano le tocaba el muslo.

—Sí, es verdad —Peter sonrió levemente.

En el fondo, se escuchaba el murmullo de la televisión. Había pasado ya el mediodía y las noticias locales estaban informando de un posible chaparrón, el cual no llegó ese día.

—Dime chico listo. ¿Qué te pasa esta mañana? Has regresado apesadumbrado. Tienes la mirada vacía, triste. ¿Qué has visto?

Al escuchar esto, se le removieron las tripas.

—Simplemente no he visto nada. El brillo no está. Además, me duele la cabeza.

—¿Cómo que no está? —inquirió su padre mientras movía las manos en el aire—. Un don no puede desaparecer de la noche a la mañana.

Peter comenzó a mover la cabeza.

—Pues ha pasado.

—¿Por qué te ha llamado Burt? ¿Ha sucedido algo malo, verdad?

—Sí. Un asesinato.

John abrió la boca como el círculo de un plato.

—¿Han vuelto los crímenes de nuevo? Pobres chicas, en su juventud...

—No son chicas jóvenes, bueno, no es una chica joven. Es una mujer adulta. Podría ser una riña entre un matrimonio que ha acabado mal. O al menos eso creo yo —mintió Peter.

John abrió más la boca y ahora sus ojos.

—Eso es violencia de género. Puede pasar una vez o dos al año. ¿Para eso te ha llamado Burt?

—¿Y cómo sabías que era de sexo femenino?

—Tenía un cincuenta por ciento de acierto.

El sol entraba por la ventana como ráfagas de fuego y estaba caldeando el aire que se volvía irrespirable, pero no por el súbito calor, sino por las alergias. Uno siempre tiene mocos en la nariz en primavera.

—Sí, es una probabilidad muy buena.

Su padre se rio.

—¿La conoces?

Peter asintió con la cabeza.

—Es Amelia.

—¿Y quién es Amelia?

—La mejor amiga de Ann.

John se quedó perplejo. Ahora el sol se difuminó tras un nubarrón.

—Lo siento. Últimamente esta chica tiene verdaderos problemas. ¿Lo sabe ella?

—No. Creo que no.

—Por cierto. Antes ha venido Denny. Estaba algo nervioso.

Peter le miró a los ojos fijamente.

—¿Y qué quería?

—Hablar.

—¿No ha dicho de qué?

—No.

Y tras esta corta conversación, todo fue silencio. Un silencio que duró hasta que Peter decidió levantarse del sofá.

Y mientras subía las escaleras de forma ruidosa, pensó en la posibilidad de decírselo a Ann, pero igualmente ya le habrían adelantado Burt y sus hombres, o quizás no. Pero las noticias corren como la pólvora.

Por delante tenía todo un dilema.
Y un misterio.

12

Borracho como una cuba, Burt estaba bailando sobre el sofá, cerveza en mano y había olvidado todo lo que sucedió ese día, al menos mientras la borrachera lo embriagara. Pero una cosa seguía latente en su cabeza; su familia.

El delicado cabello de su mujer. Su hija y Johnny, su pequeñajo. Ellos estarían, sabe Dios donde; con otro hombre. Con otro padrastro y marido. No había olvidado sus nombres, ni sus caras, pero había pasado mucho tiempo y los críos habrían crecido y ella envejecido, eso ya se sabe. Sonrió al techo, mientras se llevaba el borde de la lata de cerveza a la boca. Había probado con el *Whisky* e incluso mezclar algunas pastillas como el Diazepan. Pero afortunadamente, después del primer colocón, decidió que era mejor la cerveza.

Amelia, la que había aparecido rodeada de flores de todos los colores y su cuerpo blancuzco con un enorme corte en el cuello, era madre de dos hijas preciosas; rubias. Ahora huérfanas. Dar la noticia a su marido fue todo un desafío. Su marido había estallado en improperios y sus puños se cerraban haciendo que los nudillos se mostrasen blancos. Su madre cayó al suelo desmayada y su padre se quedó paralizado completamente. Como una momia. Si no fuera por las lágrimas uno diría que aquello era de cera.

Que no estaba allí.

Eran muy conocidos en Boad Hill.

Eran los Henderson

13

Peter estaba recostado en la cama, en calzoncillos, mirando a través de los cristales de sus gafas las extraordinarias formas que se paseaban por el techo de su habitación. No podía conciliar el sueño y trataba de recordar lo que había visto nada más agarrar la mano de aquella desgraciada. Su mano

fría, en una mañana caliente, en el comienzo de primavera, le había mostrado el rostro de su amada; Ann. Eso no podía ser. Se negaba a creerlo, pero él sabía que sus visiones tras la oscuridad como puente de enlace de sus visiones, eran totalmente certeras. Sin embargo, ahora estaba dudando de su brillo. Esa sacudida mental que le dejaba volar va través de lo que habían visto los ojos de las asesinadas, podría haber llegado a su fin. Peter era consciente de ello, sin embargo, un desconcierto estresante lo atravesaba como un rayo repentino.

Y había hablado con Denny esa misma tarde.

Y claro estaba que no había mencionado a Ann todavía. Ni siquiera para saber si ya se había enterado del asesinato de su mejor amiga.

—Peter, eso le dolerá a mi hermana —le había dicho Denny con voz apenada.

Peter tenía el teléfono pegado a su oreja como una ventosa.

—De todas formas se enterara. Díselo tú con cierto cuidado, bueno, ya conoces a tu hermana —le había explicado Peter, cuando las agujas del reloj marcaban las nueve y media de la noche.

—Así lo haré —había dicho Denny.

Después había surtido un efecto de silencio.

La línea parecía haberse quedado muerta.

Después había sonado la voz de Peter de nuevo.

—Creo que estoy empezándome a hartar ya de todo esto.

—Tú decides amigo.

—Creo que estoy agotado. —Peter ocultaba la verdad adrede.

—Pues déjalo. Que vengan de nuevo los de la FBI. No es normal todo lo que te ha sucedido en los últimos meses.

Y Denny tenía razón.

Más razón que un santo.

—Me quedo con la satisfacción de poder haber sido de gran ayuda en momentos difíciles. —La voz grave de Peter había vuelto a desaparecer. Tras veinte segundos había reinado el absoluto silencio.

Peter revolcándose en la cama recordaba toda la conversación de esa tarde. Quería descubrir si había metido la pata en algún momento. En realidad, estaba reflexionando. Se encontraba a sí mismo. Ahora todo no parecía descubrir pistas y aventurarse en una espiral frenética. Quizás ahora las cosas irían más lentas de lo normal. Lo que había visto esa mañana le había

debilitado, sí, debilitado o mermado. Necesitaba reflexionar aún más, en un momento en el que ya hablaba abiertamente con Ann, como amigos. Ahora que sus ojos podían ser vistos de cerca, no era plan de destruirse así mismo. De modo que lo que decidió era que no le diría nada. Tampoco indagaría en ella con un bombardeo de preguntas indirectas. Seguiría hablando con ella con naturalidad, porque le gustaba observarla cuando sus labios se movían. Cada día que pasaba se estaba enamorando más de ella. Y ningún muro se interpondría entre él y ella.

Ninguno.

—Peter, sigo diciendo que no es normal que andes por ahí tocando las manos y viendo visiones.

—Leyendo su memoria —había rectificado Peter.

—Bueno, visualizando las imágenes de su memoria que es lo mismo. ¿Cómo crees que encajara todo el mundo tu particular historia?

—Me da igual la imagen que tengan de mí si piensan que soy un farsante. Lo hecho, hecho esta. Y he llegado al final en las dos veces. Aunque esta vez creo que no seré un animal de circo...

—¿Sabes que habrá más? —Le había interrumpido Denny.

—No. No he querido decir eso. —Peter había hablado con voz trémula y Denny había arrugado su nariz.

Por supuesto en el otro lado de la línea, cuando nadie lo veía.

—Bueno. Como amigo que soy me dirijo a ti para exigirte que abandones este juego.

Y entonces había reinado otro absoluto silencio, por segunda vez, en esa conversación.

¿Quién eres tú para exigirme algo? había pensado Peter.

Sin lugar a dudas, no se lo había dicho.

—¡Aja!

Solo eso.

Y la comunicación había terminado.

Las figuras del techo adoptaban caprichosas formas y finalmente, dos horas más tarde, sus ojos se cerraron.

Pensando en Ann.

FIN DEL EXTRACTO DE LA CUARTA PARTE

Aquel frío invierno

1

Miró hacia atrás en el tiempo y sus ojos se clavaron sobre la nieve. Diez años atrás, aquellas pobres desgraciadas, con las bragas en los tobillos y descansando en un gran bloque de sangre abyecta para los ojos de los agentes del sheriff Burt, habían hecho de él, la bola mágica para descubrir al asesino... Pero, eso había acabado desde hacía algún tiempo, o eso creía, porque el asesino siempre vuelve a la escena del crimen y esta vez lo hizo blandiéndole el corazón desde dentro, pero Peter Bray era duro y frío: solo su amor por Ann lo convertía en un harapo de mierda.

Esta vez, fue el mismo Peter Bray quién contó lo que sucedió en el año 2027 y esta es su historia diez años después de aquel frío verano; nevaba de forma abundante y la luz que emitía aquellos copos amontonados amenazaban con hundir los techos de las casas de Boad Hill, mientras el viento lloraba en cada esquina e incluso en los bordes de aquellos cuerpos inertes que fueron apareciendo sepultados bajo la nieve. Pero, ahora no eran chicas jóvenes, ni las amigas de su amada, si no ancianos raquíticos, que de alguna manera esperaban su muerte... Sí, la esperaban... Y parecía que lo hacían con especial ansia...

John, su padre, le despertó del mundo de los sueños para volver a pisar aquella densa nieve que caía como una lluvia de pompas de jabón.

—¿Qué estás pensando, hijo? —preguntó.

Peter Bray dejó de mirar aquella compacta manta blanca a través del cristal de la ventana, para encontrarse con la mirada triste de su padre.

—¿Ha regresado?

—Me temo que sí.

—Pues que bien. Ya tengo trabajo —dijo en tono socarrón, aunque no le hacía especial gracia, sino que sentía un fuerte dolor en su alma—. Es extraño

que el sheriff Burt no me haya llamado...

—¿Todavía vive ese canalla? —John tenía la mano extendida apoyada en la jamba de la puerta. Peter estaba en su habitación con aquella ridícula gabardina al que no parecían pasar los años. Solo que ahora, combinado con los colches eléctricos y las televisiones que obedecían a tu voz, parecía una vestimenta más acorde a los tiempos que corrían.

—Sí. Todavía vive. Lo he visto cuatro veces desde la última oleada de crímenes. Solo cuatro veces en estos jodidos diez años. Ni siquiera me ha llamado para felicitarme en todas estas navidades. Bueno, al fin y al cabo resolví su papeleta y yo ya no pinto nada. Ahora soy un escritor de éxito con un don un poco extraño para unos, bendecido para otros y loco para el resto.

A Peter le brillaban los ojos como si estuvieran vidriosos.

—Pero sigues siendo mi hijo Peter. —La voz de John temblaba. Su aspecto había cambiado mucho. Demasiado para su hijo. Su piel estaba tensa como la de un lagarto. Sus ojos hundidos como si le pesaran demasiado dentro de sus cuencas. Estaba calvo a excepción de un mechón cerca de la nuca que bailaba en el viento como unos hilos blancos atados a un ventilador. Y había perdido mucho peso.

—Si eso es verdad. ¿Quién ha sido la afortunada esta vez después de tanto tiempo de tranquilidad?

—Una mujer de cuarenta años, llamada Samantha. La ciudad ha crecido mucho y yo ya no sé quién es. Creo que vino a vivir aquí hace dos años si no he oído mal. Christie ya no tiene la voz de antes o el jodido nuevo televisor es para los que no padecen sordera. Creo que ha dicho que se trata de un crimen pasional, bueno, lo que se llama violencia de género. A veces pienso, los motivos que les llevan a esos cabrones a tratar así a sus mujeres. Tu madre y yo nos queríamos mucho y jamás le levanté la mano. Al contrario, era ella quien me levantaba el tono de la voz. Dicen que sencillamente ha aparecido sepultada bajo la nieve. Este es un invierno como el de 2017, ya sabes, mucha nieve. Creo que de sobra. Y al parecer le falta la cabeza, aunque la han reconocido por el anillo que llevaba su nombre grabado. No se sabe nada del marido o mejor dicho, del asesino...

—Todos estos años viviendo en paz, que hasta yo me he olvidado del brillo que poseo —le interrumpió Peter con voz quebrada—. Y ahora sucede esto. No sé si aventurarme a decir que es un hecho aislado y que nada del pasado volverá. Quizá me equivoque. O eso espero.

—Bueno, me duelen muchos las piernas. Creo que voy a descansar en la cama mecánica. —John soltó una risilla de crío malvado y añadió—. La cama y la jodida televisión son las únicas cosas que entiendo y sé hacer funcionar, pero todo lo demás es demasiado para mí. Aunque me importa una mierda porque para lo que me queda dentro me cago en el convento. Si hijo. Tu padre se morirá un día de estos. La cama con masaje ya no acariciará mi piel cuando detecte que mi corazón ha estallado bajo mi pecho.

—No digas eso papá —rezongó Peter. Lo miró fijamente a través de las lentillas compactas e hizo una mueca de complicidad—. Todos tenemos que morir. Aunque no ha llegado tu hora todavía.

—¿Lo has visto con el brillo?

—No. Sabes que tengo que tocar a la persona o un objeto de ella y solo puedo ver lo que vieron sus ojos, pero nada más. No puedo saber el futuro —mintió Peter que ya había olvidado sus gafas gruesas de montura, pero que aún las conservaba en una estantería rotatoria. Hasta la ventana había cambiado; ahora en lugar de subir el cristal hacia arriba, solo debías pulsar un botón y dos láminas metálicas se cerraban y abrían como si fueran unos párpados; pero se deslizaban horizontalmente.

—Bueno, voy a descansar hijo. Que disfrutes de la jodida nieve.

John despegó su mano de la jamba como si ésta fuera una ventosa y quejumbroso, se encaminó hacia su habitación. Peter volvió la vista hacia la ventana. Esperando una llamada. Esperando a Burt.

Mientras la jodida nieve lamía todas las calles como una gran lengua pálida y áspera, que todo lo pringaba de una baba compacta y ruidosa al partirse bajo los zapatos de cualquiera que se atreviera a salir a la calle.

Incluso del nuevo asesino que susurraba a la nieve.

Burt Duchamp estaba inquieto alrededor de esa mujer tan tiesa como una estaca. Sus pechos estaban cubiertos de nieve, pero sus rodillas no, como tampoco su flor. Diez años después el sheriff conservaba el mostacho y sus jodidos modales, y lo que era peor, no había aprendido nada acerca de los asesinatos del pasado. Dando extraños paseos alrededor de aquel muñeco de nieve sin cabeza, se frotaba las manos y estornudaba de vez en cuando.

Jack Hodge ya no era el gordinflón del grupo. Estaba más delgado. Como si una maldición le hubiera acechado, pues había perdido cuarenta kilos en los últimos dos años. Él se sentía bien, pero había empezado a fumar. Una delgada lengua blanca sobresalía de sus labios y el humo se enroscaba en el aire como un torbellino, para después; desaparecer sin más.

No estaban todos desde 2017. Martin había fallecido de un repentino ataque al corazón y fue sustituido rápidamente por un tal Joe Norton. Un tipo con ganas de hacer cosas y con la adrenalina inyectada en el culo, mientras esta vez sí; se frotaba las manos ante el cadáver lívido.

Lloyd Chambers seguía manteniendo la polla erecta cuando la necesitaba y seguía en el cuerpo de la policía. Richard, el nuevo, porque siempre se dirigían a él como «El nuevo» a pesar de la entrada de Joe mucho después, seguía cavilando sus propias conjeturas acerca del crimen. Hacía años que no habían visto de nuevo actuar al cabrón de «Jack pies de pluma» y esta vez había regresado de nuevo, con la tormenta más fría desde 2017. Pero, Burt dejó claro que aunque no tenía ni puñetera idea de lo que había sucedido, porque todavía era pronto, el crimen no tenía nada que ver con un asesino en serie.

No se equivocaba en absoluto y sus ojos parecían dos pelotas de béisbol pintadas de blanco. Solo se equivocaba en una cosa. Que empezaba un año de tormenta devastadora en Boad Hill y que las rachas blancas y heladas traían consigo la silueta de un asesino en serie que estaba a punto de actuar.

Lo de Samantha solo fue la chispa del fósforo que pretendía encender el segundo cigarrillo que atrapaba con la boca Jack.

—Hace diez putos años que no veíamos de nuevo una tormenta de nieve así. Ni tampoco un cadáver. Hace diez años que estamos tranquilos, pero esto, chicos míos. —Los miró a todos fijamente—. No es Jack pies de pluma. Me oriento hacia un crimen de género. Ahora solo nos queda averiguar la identidad del cabrón de su marido y detenerlo, si no está ya en Boston o en Portland.

Joe Norton cabeceó como si la cosa fuera solo para él.

—Si jefe. Esto parece un asunto de celos o de violencia. Voy a entrar en el sistema SI para descubrir quiénes eran ambos.

El sistema SI era un software de gran potencia desarrollado en el 2025, que permitía conectar con todas las cartillas de la seguridad social de cualquier norteamericano. Ese documento prevalecía sobre los demás, como

la identificación personal, pues en la tarjeta de seguridad social en el 2027, estaba asociada a todo tu historial y sabía hasta el color de tu mierda o si tenías hemorroides. Se accedía al sistema mediante un pequeño ordenador incrustado en el salpicadero del vehículo patrulla, que seguía manteniendo esas jodidas luces azules, rojas y amarillas en lo alto, y como consecuencia de ello, seguía pareciendo un tiovivo de los años 80 o 90. Para eso, el tiempo no había pasado. Salvo que ahora se había añadido al parpadeo de aquellas luces, un zumbido como el ronroneo de un gran gatazo que pareciera estar sobre el motor durmiendo la siesta.

Joe perforó la capa de aire helada con su cuerpo hasta llegar al coche patrulla. Sus botas se habían hundido sobre una masa fungosa y dura a la vez. Crujía a cada paso y la nieve le llegaba hasta la espinilla. Sus entumecidos pies avanzaban como un oso herido por algún hijo de la gran puta. Jadeaba como un perro y veía como su aliento se convertía en un cristal que se despedazaba al primer golpe de viento.

Era el jodido invierno más intenso desde los últimos diez años. Era como si la madre naturaleza te diera por el culo cada ciclo preestablecido; como la locura de los asesinos. Siempre actúan cuando hay luna llena, pero en aquel momento debía brillar así en alguna parte del mundo y no en Boad Hill, porque allí solo había nubes furiosas que te enseñaban sus grandes mofletes oscuros y sus largos colmillos que se convertían en rayos. Que alegría; la madre naturaleza podía hacer eso que era imposible.

Los dedos de Joe teclearon una serie de números; era su clave de acceso, pero cuando entró en el sistema y el microordenador de forma rectangular y pantalla táctil le mostró el mensaje de bienvenida, supo que estaba haciendo el imbécil. Le pedía el código que generaba el dispositivo de reconocimiento de personas: un pequeño aparato electrónico que te cantaba el número de identificación nada más acercarse a la piel, aunque esta estuviera tiesa como una mojama.

Su crispación fue en aumento a la vez que los latidos del corazón. Debía salir del vehículo. Regresar por donde había venido y hacer el ridículo delante de su superior; Burt, que lo estaría mirando de reojo y mordiéndose el labio superior bajo ese mostacho que ya estaba canoso.

A unos metros de allí, junto al cadáver, tieso como una estaca sobre un diván, Jack suspiró, se quitó la boquilla recalentada de la boca y dejó caer el cigarrillo al suelo. El humo, simplemente desapareció y no tuvo tiempo de

enroscarse en la nada. Lo había hecho con la mayor parsimonia. Se había librado con igual desenvoltura de la colilla y de Burt Duchamp si hubiera podido. Ya estaba hasta las pelotas de él. Burt estaba todo el día embriagado. Hasta en esos momentos apestaba a cerveza.

Su mujer y sus hijos nunca regresaron y Burt se había sumido en una total oscuridad llena de latas brillantes como los cordones reflectantes que usaban para delimitar una zona peligrosa o un crimen, como era en este caso, y algo de polvos blancos. A menudo, aparecía por la comisaria totalmente remodelada y adaptada, con las narices empolvadas y los pelos encrespados.

—¿Por qué demonios tarda tanto Joe? —preguntó Burt mirando hacia donde desaparecían las luces, tras una cortina de niebla y nieve.

—El muy capullo se habrá olvidado de pasar el identificador —esgrimió Jack y un pequeño rictus al final de sus labios se mostraron tímidamente. Sus ojillos, lejos de estar vidriosos, estaban brillando como los de un crío rebelde.

Un puñado de nieve golpeó la cara de Lloyd Chambers y éste soltó un improprio.

—¡Me cago en todo! Joder, me ha dolido. —Miraba sus manos enguantadas como si allí hubiera algo que ver y después parpadeó de forma instintiva. La nieve le había dado un guantazo en la mejilla y el ojo izquierdo.

Jack ahogó una risa con su puño. El muy imbécil no sabía disimular. Richard le miró con aspecto ceñudo y mientras tanto, al otro lado del muro de nieve y ventisca, aparecía la silueta de Joe renegando por todo el camino.

—Sí. Vaya mierda de invierno. Esto me remonta al pasado. ¿Te acuerdas Jack? —Burt se tocó la nariz con el dedo índice.

—Joder que si me acuerdo. Me pasé todo el invierno haciendo de chofer...

—Capullo —le zanjó Burt y ladeó la cabeza—. ¿Qué pasa Joe? ¿Se te ha olvidado algo? —inquirió cambiando de tercio.

Joe que ya estaba a dos metros de él dijo:

—Me olvidé de pasar el identificador. Lo siento.

—Pero si es Samantha. Los de la tele ya nos han adelantado. Joder.

Joe se agachó frente al cadáver y acercó el identificador que había cogido del vehículo, al cuerpo de aquella mujer morena. Solo tenía visibles las rodillas y el coño. Eligió la rodilla. El identificador pitó como pájaro carpintero en su último picotazo antes de fallecer y mostró de color verde, el

jodido código formado por letras y números. No estaba muy seguro de que es código fuera el correcto, pues la dichosa maquina funcionaba mejor acercándola a la córnea de un ojo, pero la cabeza no estaba allí. De haberlo estado, hubiera apuntado como un láser el pitido hubiera sido más agudo, no como el de un pájaro carpintero cayéndose al suelo.

—Voy al coche a probar esta vez sí, con el código. Espero que sea el correcto —dijo Joe poniéndose de pie. No se quejó ni le crujieron los huesos. Nada de eso. Simplemente se levantó como un muelle cuando regresa a su estado original.

Burt se miró la muñeca. Como una estola, tenía fijado un reloj con pantalla de televisión, muy diminuta sí, pero efectiva. La jodida Christie- con la cara tan arrugada como una pasa -estaba dando la noticia y entonces miró en derredor para buscar al cámara o a la reportera rubia de turno. No estaban. En su lugar, alzados como árboles centenarios, había unas farolas cubiertas de nieve que todo lo veían. Un parpadeo de una luz roja indicaba que había una cámara de alta definición. En el 2027 todo había cambiado mucho y tenían acceso de forma remota a esas cámaras de vigilancia, la autoridad, el alcalde y los medios de información.

El único que no había cambiado y que incluso se resistía a ponerse el nuevo chaleco bronceado, porque parecía un escudo lleno de luces y remaches brillantes, era Burt; el puto amo de la ciudad.

Y en el otro extremo, estaba; Peter Bray.

Joe perforó de nuevo con su cuerpo aquella densa pared de nieve y ventisca. Sus cejas enarcadas se había vuelto blancas y su barba rala, hacia acopio de copitos de nieve que se pegaban como mocos. Por fin llegó al coche, no sin antes preguntarse, por qué narices habían detenido los vehículos a cinco metros. Abrió la portezuela y se dejó caer en el asiento, tras el volante. Se retorció como un gusano y tecleó la clave en el chisme verdoso. El resultado fue:

Samantha Cronkite. Cuarenta y dos años. De Connecticut. Casada con Walter de Minnesota. Hijos, ninguno. Residencia en Boad Hill, dieciocho meses. Antecedentes; sí. Walter era un borracho y tenía dos ingresos por coma etílico en el hospital Doctor's Hill.

Había esperado pacientemente este momento. Entusiasmado por ese oscuro y brumoso frío invierno, y por la sombra de la muerte violenta que la recoma en aquellas noches de hace diez años. La sombra de Jack Pies de pluma había regresado. Oculto, tras la pantalla verduzca y a veces brillante, contemplaba las negras letras de aquella oscura novela titulada "El frío invierno", mientras a sus espaldas colgaban inertes las fotografías de todas aquellas desgraciadas de la escuela secundaria News Academy de 2017.

Sonriendo.

Él, estaba otra vez aquí, pero había muerto diez años atrás.

4

¿Qué quien la descubrió?

Mientras tomaban muestras y fotografías, Burt no paraba de bordear a la pobre mujer decapitada y tan tiesa como un ataúd cerrado. Hacia una hora de todo aquello y fue un ciudadano cualquiera de Boad Hill que había salido a pasear a su grandullón perro tan blanco como la nieve. El tipo se llamaba Danny. Y esa noche, a las diez en punto, el alumno de primer año llamado Danny German que se encaminaba hacia su residencia empezó a gritar en la niebla y la cortina de nieve; y dejó caer sus libros sobre ella y entre las piernas abiertas de la mujer muerta que yacía en el ángulo sombrío de la calle que pertenecía a la pedanía Street Hill; con un tajo que le cercenaba el cuello de oreja a oreja pero con los ojos abiertos y casi centelleantes como si ella acabara de hacer el chiste más gracioso de toda su vida. Y Danny gritó y gritó y gritó hasta desgañitarse, pero había visto una visión porque esa cabeza y esos ojos no estaban allí, sino un montículo de nieve, que le había confundido.

Y ahora Danny estaba comiéndose los mocos dentro de uno de los coches patrulla mientras su can olisqueaba el cadáver de aquella mujer y de vez en cuando, le daba lametazos para sentir la dulzura de la piel quemada por el frío.

—Quiero una orden de arresto para Walter Cronkite —dijo Burt mientras una esquina de su mano se quitaba los mocos helados de su nariz.

—Pero jefe, en el informe no tiene antecedentes por violencia. Ni siquiera tiene permiso de arma —objetó Joe.

—¿Tú eres tonto? —La voz petulante de Burt traspasó la barrera del sonido del viento que escarceaba entre ellos.

—No entiendo, señor.

—He dicho que lo detengan y ya está. Esto tiene pinta de un asunto de cuernos —deliró Burt limpiándose ahora el borde de la mano enguantada contra su abrigo.

—Bueno. Eso es imposible de afirmar ahora señor Burt. Creo que Joe tiene razón —se apresuró a decir Richard. Sus brazos estaban abiertos como si le fueran a clavar en una cruz en medio de la tormenta de nieve.

El sheriff con su eterno sombrero de fieltro, ya que se resistía a llevar los nuevos sombreros antibalas y reflectantes, encajado en su gorda cabezota, meneó la cabeza y un mini alud cayó delante de sus ojos.

—¿Tenéis otra idea mejor para comenzar?

—Tiene usted razón —dijo el pelotilla de Lloyd Chambers. Carraspeó y con el esfuerzo de un eructo, sacó el gargajo hacia la superficie de la lengua. Era sedoso y dulce. Después escupió sobre la nieve y el gargajo pareció fundir algo de aquel manto blanco que convertía la noche en día—. Malditas flemas.

El sheriff que había observado todo aquel montaje con cierta curiosidad, cabeceo dos veces.

—Claro que la tengo —dijo.

En el trasfondo del sonido del viento, algo carraspeó en un teléfono móvil de séptima generación; encriptado y que funcionaba a una frecuencia de 200 Megahercios, pero con tecnología 7G. Éste estaba en la mano de Jack, quien rápidamente dirigió la mirada a la pantalla táctil que en esos momentos era verdosa, como los sapos sobre una piedra.

—Señor. Los forenses están de camino. Dicen que un árbol les ha entretenido un rato. —Y soltó la risa floja, casi mesándose en los pantalones impermeables que utilizaban en aquel jodido 2027.

—Siempre has sido el gracioso del equipo, pero ahora te parece más al capullo del grupo —rezongó Burt. Sus labios estaban secos como la cascarilla y en ellos se habían abierto delgadas brechas que dejaban salir un hilillo de sangre. Se relamió los labios de forma instintiva.

—Bueno señor, yo no pretendía...

—¡Calla! Hoy estoy abstemio. —Burt ya no escondía su afición a beber.

Nadie contestó, pero todos se miraron de reojo. Estaban bordeando a la

pobre mujer que cada vez se parecía más a una duna, al amontonarse más y más capas de nieve. Los destellos de las luces de los coches patrullas dibujaban formas abstractas sobre el blanco mantel que se había formado sobre la víctima.

Un azote como una mano abierta le hizo girar la cara a Burt, quien soltó un resuello de su áspera garganta. El viento soplabo fuerte y todos aquellos sombreros parecían que de un momento a otro despegarían como platillos volantes, con sus luces amarillas a los lados.

Sin embargo, todo fue un ruido excesivo y poca tramontana, pero aun así, la nieve se pegaba a los ojos como pequeñas piedras punzantes. Todos los capullos se habían dejado en sus vehículos, las gafas de protección.

El perro de Danny lloró de repente y se perdió en la luz brillante de la nieve, hasta que su silueta parecía la presencia del mismísimo Dios. Se detuvo en un punto considerable y empezó a cavar un hoyo en la nieve dura y compacta.

Allí abajo del todo. Bajo medio metro de esa helada capa, el can había olisqueado algo muy interesante para él.

Era la cabeza de Samantha.

Pero eso, no lo descubrieron aquellos inútiles hasta después de otro azote de nieve y el hundimiento de sus robustas botas a lo largo de quince metros.

5

—Míralo. Tan inútil como siempre. El mundo ha cambiado alrededor de él, pero su cabeza sigue estando tan hueca como siempre. Es un hombre impotente —explicó John mientras apoyaba su cabeza con el respaldo del sofá. Ya no se podía quedar erguido como un palo.

Peter Bray lo miró de reojo. Estaba sentado a su lado. Concretamente en el lado izquierdo y la gabardina parecía una lengua oscura laxa sobre el suelo.

En la pantalla del televisor que ocupaba tres partes de la pared y que estaba fabricada como una especie de goma que se podía doblar, aparecían distintos ángulos de las cámaras de vigilancia de la zona donde apreció Samantha. Se podían ver a los agentes y las jodidas luces de todos los vehículos. Christie estaba hablando oculta tras estas imágenes. Había al menos seis cámaras mostrando todas las secuencias en la pantalla del televisor. El

mundo había cambiado tanto, que las cosas de los espías de los años ochenta se habían convertido en menos que unos juguetes para críos. En el 2027 hasta los críos jugaban con Drones que volaban hasta un kilómetro de altura y era guiado por un láser, amén de las imágenes que podían captar. Muchos de esos mocosos las utilizaban para ver las tetas de las mujeres que salían a tomar el sol en sus terrazas en verano. Toda una alegría para sus ojos y un cosquilleo en el escroto.

—Burt nunca destacó por su capacidad como sheriff. Tienes razón. Si mal no recuerdo hace diez años, cuando sucedió todo, el pobre hombre vivía en una constante angustia. Sus ojos expresaban una confusión alargada en el tiempo. En ninguna de las tres estaciones, supo reaccionar. Supongo que por eso sigue todavía mandando en la comisaria. —Peter sonrió de oreja a oreja.

—Mirándolo así, no deberíamos hablar de esta forma del que ha sido y es, la autoridad de esta ciudad.

—No estoy negando lo evidente.

—Lo sé.

—Papá. —Lo miró con los ojos húmedos y añadió—. Somos perversos, ¿verdad? El sheriff Burt no se merece que se le etiquete de esta forma.

John no contestó de inmediato. Dejó que el aire cruzara el salón de punta a punta.

—Tienes razón, pero sigue siendo un inútil. Lo siento.

Peter se mesó el cabello, que todavía, diez años después de todo lo sucedido, seguía pringoso y apelmazado.

Tras un largo silencio entre ambos, solo roto por el murmullo del televisor; Peter preguntó:

—¿Por qué habías dicho antes que él había regresado de nuevo si no es así? Está muerto.

John con el semblante serio y las mejillas hundidas, giró la cabeza y apretando los dientes, dijo:

—Es una corazonada.

—Yo creo que no ha regresado nada. Esto que estamos viendo en televisión es puntual. Nada del pasado puede regresar —aseguró Peter mientras movía sus manos en el aire.

Pero se estaba equivocando.

Sus dedos acariciaban aquellas caras estampadas en un trozo de papel arrugado, pero no podía sentir el calor de ellas, primero porque llevaba guantes, segundo, porque eran simples fotografías pegadas en la pared.

—Fuisteis todas mías —susurraba aquel hombre con capucha. Oculto en algún lugar de Boad Hill. En las sombras. Arrastrándose como una rata con los ojillos rojos, al cuidado de su madriguera, pero éstas viajaban mucho para buscar alimentos. Y aquel hombre había vivido un largo letargo tras la pantalla del ordenador. Su Nick era «Null», pero nunca escribía en las redes sociales. Solo se registraba en las páginas para hurgar y buscar en las conversaciones, el halo que habían perdido todas aquellas mujeres diez años atrás.

Él, ahora, había regresado.

—¡Joder que asco! —exclamó Burt tras verla desenterrada.

Era la cabeza de Samantha.

Todavía tenía los ojos abiertos, pero la boca apretada, como si estuviera mordiendo con fuerza algo. El cabello largo, parecía una fregona oscura totalmente helada. Todos los extremos apuntaban hacia abajo. Hacia el cuello, cercenado quizá con un hacha a juzgar por el tipo de cortes que presentaba. La tráquea era visible y estaba laxa sobre la capa de hielo. Burt apartó con su pie derecho al perro que estaba dando lametazos a la yugular que parecía un tubo rojo, pero vacío.

Allí no había sangre.

—Es extraño. No hay sangre y presenta múltiples cortes. No parece hecho con una sierra sino con un hacha. Fijaros en la inclinación de los cortes. Es como un tronco. —Joe que se había puesto en cuclillas había extendido la mano en la parte seccionada, señalando una de las arterias.

Jack y Richard miraron hacia otro lado.

—¿Puedes estarte quitecito? Esto es cosa de los forenses —bramó Burt mientras apartaba de nuevo con el pie al perro que insistía con mordisquear la cabeza. Su cola parecía una hélice en medio de los copos de nieve que se

estrellaban contra el suelo como si fueran piedras.

Joe se metió la mano en el bolsillo del abrigo encapsulado con todo tipo de luces a ambos lados de los brazos y torso, y sacó una cajetilla de cigarrillos. Aunque el tiempo pasara, los jodidos cigarrillos seguían siendo los mismos. Unos jodidos palitos blancos rellenos de Nicotina y miles de mierdas más. Ante el arrecio del viento, se lo llevó a los labios, los cuales lo apresaron como a un pez panza arriba. El mechero si había cambiado. Ya no existían las cerillas ni aquellos viejos trastos con una rudecilla de piedra. Ahora eran punteros láser que perforaban hasta una piedra con el calor que se reconducía en un único punto.

El cigarrillo se encendió como un ojo antinatural y el humo no tuvo tiempo de enroscarse en el aire; sencillamente, desapareció. Joe todavía tenía la cajetilla de cigarrillos en su mano izquierda, la miró con expresión cavilosa, la guardó en su bolsillo y la olvidó durante diez minutos.

—¡Ahhh! No puedo respirar sin este veneno —suspiró Joe, pero una ráfaga de viento helado se llevó las palabras hacia otra parte, como lo había hecho con el humo del cigarro segundos antes.

—Tienes suerte de que el cáncer se cura hoy en día. Tendrías que haber fumado en los ochenta o quizá en los noventa. Entonces no había nada que curase esa maldita enfermedad. —Burt hablaba con cierta lentitud. Como si le pesaran las palabras y unas manos invisibles forzaran su boca y labios.

Joe miró la cabeza, después al perro y finalmente, a su superior.

—Pero no estamos en los ochenta, jefe. —Su sonrisa socarrona a punto estuvo de sacarle de quicio a Burt Duchamp, quien lo miró de forma inquietante.

—Te admiro por lo gilipollas que eres hijo —dijo el sheriff.

Los forenses y criminalistas se acercaron a ellos sin mediar palabra. Iban ataviados con unos trajes como si fueran a la luna y empezaron a acercar dispositivos móviles a la cabeza que les miraba con cierta tristeza y anhelo.

En el 2027, además de contar con un Instituto Anatómico Forense en Boad Hill, contaban con mucha tecnología para realizar unas primeras pruebas en el lugar del crimen. Y con esos trastos obtenían buena parte de información acerca del grupo sanguíneo, todo lo que circula por la sangre e incluso huellas que llegaban a compararse con el banco de datos del estado de Maine.

Las cosas habían cambiado mucho y Burt se resistía a morir en el tiempo. Miró de nuevo aquella cabeza perturbadora y pensó en que el asesino no había

utilizado una pistola láser, sino una jodida Hacha como los leñadores de los años setenta.

—Lo siento señor —espetó Joe. El humo le tapaba los ojos oscuros que tenía.

Jack se agachó para acariciar al perro y de paso llevárselo de allí. Ya estaba jodiendo demasiado. Es como un gato. Un viejo gato perverso, había dicho mientras lo alejaba del lugar.

—¿Se acuerda de Peter Bray jefe? —preguntó de pronto Lloyd sin venir a cuento. Su cara estaba maquillada con la sonrisa de un payaso que había dejado de sonreír abiertamente.

Burt buscó su mirada.

—Si claro que sí. ¿Qué le sucede?

—Él podría saber que ha ocurrido, ¿verdad? Volveríamos en el tiempo y su mano desnuda podría ver todo lo que ha pasado.

—Sí, eso es verdad. Aquel jodido tipo era mejor que estos trastos. Mucha tecnología y me temo que no sabremos quién ha sido el que ha hecho esto, aunque su marido sea sospechoso. Eso no quiere decir que haya sido él. No, en absoluto.

—¿Por qué habla en pasado? —inquirió Lloyd enarcando una ceja blanca.

—Porque hace diez años que no le veo. Sé que vive en el mismo lugar. Con su padre. John Bray. Un buen hombre, pero que está con un pie en la tumba y la otra en el borde de la fosa. No sé nada más.

—Joder que panorama —dijo Richard entremetiéndose.

—Bueno, ¿qué hacemos con la cabeza de esta desgraciada? ¿Jugamos al Rugby? —Aquella declaración fue desafortunada y él lo sabía. Burt lo sabía, pero le importaba un bledo.

—Jefe. Ya están analizando la cabeza. Tienen que seguir el protocolo.

Burt exhaló aire y tras unos segundos en la que solo se escuchaban los pitidos de aquellas maquinillas y el canto del viento rodando sobre sus mejillas, dijo:

—Capullos.

Y se encaminó hacia su coche arrastrando los pies quejándose en cada paso.

Todos lo vieron tan natural como siempre.

El día siguiente amaneció encapotado y lúgubre, y como no; nevando. La gente que iba a comprar a la tienda de al lado, porque todavía las había, además de esas enormes superficies comerciales empezaron el día repitiendo una avalancha de preguntas ansiosas: ¿Quién? ¿Por qué? ¿Cuándo crees que lo atraparán? Aunque el canal local ya había desvelado la mitad de ellas. Pero la curiosidad mata al gato y añadían siempre la misma pregunta final, emocionada: ¿La conocías? ¿La conocías?

Alguien cuya cara estaba marcada por una sonrisa cínica respondía

Sí, seguía un taller de escritura con ella. Era realmente buena escribiendo.

Sí, uno de los amigos de mi compañero de habitación salió con ella el año pasado y se la tiró en lo alto de un tejano, aunque no sé si estaba separada o casada. Iluso.

Sí, una vez me pidió fuego en el Donkey. Estaba en la mesa de al lado y no paraba de mirarme de reojo la muy jodida.

Sí.

Sí, yo...

Sí... sí... oh, sí, yo...

Todos la conocían esa mañana de la segunda semana de invierno... Mientras tanto, en la comisaría de Burt Duchamp, cuando Joe entró tras fumarse una colilla consumida, el frío entró a bocajarro en la sala y junto a él de nuevo flotaba la bruma impregnada de olor a mar, silenciosa y espesa. Sus ojos brillaban como los de un crío y estaba mordiéndose los labios a medida que se encaminaba hacia su mesa lisa y brillante.

—¿Tenemos los resultados? Preguntó a viva voz.

Jack levantó la cabeza de su informe y lo miró de soslayo. Hizo una mueca y siguió con el informe. Se trataba de multas de tráfico.

—Todavía estamos esperando —informó Lloyd quien estaba apoyado en la pared mientras daba sorbos a un vaso metálico que se iluminaba de rojo cuando el café estaba excesivamente caliente. Como si no tuvieran suficientes lucecitas en todas partes

—Mierda —masculló Joe y empezó a teclear en el buscador de la

Intranet del Instituto Anatómico Forense. Efectivamente: no había resultados.

Burt lo estaba mirando desde su despacho, que continuaba teniendo una puerta de cristal, pero este, mucho más duro que el de diez años atrás. La telaraña de la esquina había desaparecido y además contaba con un ventanal enorme en el centro de la pared. Sus ojillos se asomaban al precipicio de la sala y podía contemplar a sus hombres haciendo su trabajo.

Un circuito cerrado de audio le permitía escuchar lo que hablaban sus hombres. Ahora que su cara parecía la de un muerto viviente tras pasar unas noches más, ¿o solo una noche?, bebiendo hasta caerse de culo, trataba de mantener la compostura y los ojos bien abiertos. Estaba callado. Extraño en él. Delante su nariz enrojecida, humeaba el café de la resaca y era gratificante cómo le acariciaba el rostro aquel humo caliente. Puso los pies sobre la mesa desordenada y eso fue todo durante más o menos la hora siguiente.

Aproximadamente a las diez de la mañana, Joe prorrumpió en el despacho, con una cara de satisfacción como si se hubiera tragado una caja de rosquillas de un solo golpe.

—Lo han cogido —exclamó—. Acabo de recibir la noticia. Estaba oculto en un granero en Road Mill.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No lo sé. Un tipo. La mató su amado esposo. Dice que todavía tenía el hacha en la mano y que sus ojos estaban desorbitados. Tenía una mirada de loco y toda su ropa, estaba manchada de sangre. Y repetía una y otra vez, ¿por qué me has engañado Samantha?

Burt se arrellanó en la silla, aliviado y desilusionado. Con semejante descripción tenía que ser verdad. Un crimen pasional, letal y sórdido.

—Está bien —asintió—. Me alegro.

Joe salió del despacho para divulgar la noticia por el pasillo formado por las mesas; había seis, dos de ellas, vacías.

Pero Burt se ofuscó un momento después. Daba cuenta de lo inútil que era y la sola idea de la impotencia y el recuerdo de aquella víctima sepultada en la nieve, le hizo retroceder en el tiempo. Sintiendo todo tipo de responsabilidad y culpa, por ser un borracho destruido por el abandono de su familia. Todavía no había visto a sus hijos, que ahora ya estaban casados y tenían hijos.

Era un abuelo frustrado.

John Bray parecía haber cavado un agujero en el sofá que no había cambiado en los últimos veinte años. El molde de su culo, ahora escuchimizado, estaba perfectamente dibujado en el asiento. Su dedo estaba señalando la pantalla del televisor cuando Peter bajaba por las escaleras.

—Ha sido su marido. Lo han encontrado en la ciudad vecina de Road Mill. Le cortó la cabeza con el hacha que todavía llevaba encima. Christie que ya no me gusta nada, por haberse quitado tetas, lo acaba de decir en las noticias.

De repente, cuando Peter había alcanzado el suelo del salón vio como miles de puntitos negros le nublaban la vista y a la vez, sintió un ligero mareo acompañado de un fuerte dolor de cabeza. Sus dedos se hundieron literalmente en sus sienes y arrugó los labios en un acto de dolor.

—Bueno. Asunto resuelto —dijo con voz trémula.

John se giró como una grúa vieja y oxidada. Aquellos ruidos en su cuello y en las costillas le gritaban al oído que se estaba acercando su hora.

—Te tiembla la voz. ¿Qué te pasa? Hace mucho tiempo que no te veo así. —El corazón de John empezó a latirle un poco más rápido, pero estaba cansado y aquello no era un caballo desbocado sino un perro viejo y moribundo.

Peter bajó las manos hasta dejarlas inertes a ambos lados de su cuerpo.

—No nada. Es solo un pequeño mareo.

—Dime Peter. ¿Ha regresado tu don de nuevo?

—¡No! Que va. Hace diez años que ya no siento nada. Es como si todo aquello hubiera sido un sueño. Ya no veo nada a través de los ojos de nadie. Ni siquiera cuando te tomo la mano. Ya no puedo ver nada.

Con el cuello dolorido John insistió:

—¿De verdad ese don solo te acompañó desde tu infancia hasta hace diez años? ¿Puede desaparecer así, sin más?

—No lo sé. Es algo extraño —contestó Peter ahora más cerca de su padre. Su mano extendida como un tentáculo, acariciaba la tela del sofá.

La mano de John se posó en la de su hijo. Tenía la piel áspera.

—Hijo. Te conozco muy bien. Has visto algo.

—Sí. Miles de puntitos negros. Ha sido un ligero mareo. Últimamente

escribo mucho y la luz de la pantalla del ordenador me está cansando la vista a una velocidad vertiginosa.

—¿No existen esos chismes que parecen una tela para atrapar a los mosquitos, que no deja pasar toda la luz a través de sus infinitos agujerillos?

—Sí. Son pantallas protectoras. Las hay que reducen a la mitad la iluminación radiante de la pantalla, pero no puedo ver bien las letras. Necesito ver el fondo muy blanco y las letras bien negras. También lo puede hacer la propia pantalla.

—Sí, como la jodida nieve y las cagadas del perro del vecino —espetó John. Sus labios dibujaron una mueca cercana a la risa.

Se volvió hacia el televisor y no, no lo hizo empujado por un muelle, sino por una grúa pesada o una cerradura atascada. Ahora estaba hablando el presentador del tiempo: nieve, mucha nieve, decía.

Peter descubrió de nuevo un lacerante dolor que le atravesaba la crisma como un rayo electrizante que lo rajaba todo. Y vio oscuridad. Mucha oscuridad. Tanta que ni la misma noche sin luna podía mostrar.

El brillo había regresado y de qué manera.

Esta vez era mucho más poderoso.

10

—¿Quién ha sido el capullo que ha filtrado la noticia en el canal local? —Burt entonaba cada palabra de forma muy grave. Estaba furioso—. Ahora todo el mundo sabe qué ha sucedido, pero no es verdad. Esa no es la verdadera historia. —Miró fijamente a Joe que estaba apoyado en su mesa con las palmas de la mano y añadió—. Ordené el arresto de Walter Cronkite y ¿qué habéis hecho? Dejar que los vecinos colegas lo encontraran. Walter Cronkite ha aparecido bien temprano, colgado de una viga con un cable de acero. La dependienta de una ferretería ha testificado que un hombre con barba poblada y vestimenta manchada de sangre, había comprado un rollo de cable de acero. Pagó con uno de veinte y no recogió la vuelta. La dependienta llamó a la policía de Road Mill y lo describió. Llegaron tarde, pero estuvieron a punto de atraparlo, porque su cuerpo todavía estaba caliente cuando lo encontraron. El dueño del granero lo había visto hundiéndose en la nieve cerca de su granero y dio aviso a la policía. ¿Sabéis lo que eso significa para mí?

¡¡¡Idiotas!!! ¡¡¡Soy el hazme reír de todo Maine!!!

El puño de Burt impactó contra la mesa y un bolígrafo salió despedido como un proyectil, para acabar rodando por el suelo. En el 2027 los bolígrafos todavía eran redondos.

—Yo solo se lo dije a usted señor y después a los compañeros —explicó Joe con cara consternada. Era la primera vez que la adrenalina la tenía en las pelotas.

—¿Y quién se lo dijo a usted?

—No lo sé.

—¿No lo identificaste?

—Parecía una voz temblorosa de un crío.

—¿Y te crees la primera cosa que te escupe por teléfono un crío?

Joe se encogió de hombros ante la atenta mirada de sus compañeros. Burt los había llamado a todos al despacho. El silencio reinó en el despacho un corto espacio de tiempo que parecía eterno y ominoso.

—Podemos localizar la llamada.

—¡¡¡Eso ya lo sé!!!

El puño de Burt golpeó de nuevo la superficie de la mesa. El sonido a pesar de ser estruendoso, esta vez no salió disparado nada como un proyectil. Solo se movieron los montones de papeles que todavía perduraban en su mesa; llenos de polvo.

Fuera la nieve golpeaba con fuerza el techo como si cayera un diluvio, pero esta vez, de piedras.

—No volverá suceder —susurró Joe con la mano bajo el mentón como si le pesara la cabeza.

—¿Acaso van a parecer más cadáveres bajo la nieve?

Y el silencio los cubrió como una manta oscura y húmeda.

Peter levantó la mirada de su texto de su teléfono móvil. Había estado fisgoneando; perdiendo el tiempo, mientras el murmullo de la televisión le ronroneaba a sus oídos como un gatazo de dos kilos y medio. Su padre le vio de refilón, pero no giró la cabeza a pesar de haber visto como Peter levantaba la mirada de forma, sobresaltada. Y mientras su cuello se ponía recto como

una estaca vio a un joven de aspecto vulgar, vestido con una guerrera verde de campaña, no, era marrón. Al principio le pareció vagamente familiar, como si lo hubiera visto antes, pero pronto esa idea se fundió como la nieve en el fuego. La sensación fue análoga a la del *déjà vu*, es decir, algo que había visto antes. Después se extinguió como si nada. Pero vio algo más: El joven era aproximadamente de su misma estatura, flaco y... convulsivo.

Ésa era la palabra. No se movía, pero parecía estar convulsionado debajo de la piel, justo donde él no lo veía. Su cabello era negro y desaliñado, pero parecía estar bajo una capucha roja, no, era marrón. Usaba unas gruesas gafas de protección porque estaba delante de una pantalla de ordenador. Y no, no era una de esas gafas con armazón de hueso que le agrandaban los ojos marrones oscuros, y con los cristales sucios. Su rostro era de piel suave, pero tenía barba rala. Sus labios eran estrechos y su nariz puntiaguda. Lo estaba viendo desde la perspectiva de la pantalla del ordenador, como si sus ojos se hubieran metido allí dentro. Espiándole como una rata pordiosera.

Finalmente, y ante la palidez de su cara, la de Peter. Su padre le tocó la mano y él se asustó retirándola rápidamente. Estaba sudoroso y esta vez sí, le latía el corazón desaforadamente. Como un caballo desbocado.

—¿Te pasa algo hijo? —Sus ojos estaban tristes y alegres al mismo tiempo. Una mezcla de sensaciones le recorrió todo el cuerpo.

—No, papá. Es solo que tengo la vista fatigada.

—Eso ya lo has dicho antes. La pantalla del teléfono puede producir picores en la vista, pero no ese espasmo que he visto Peter. Dime, ¿ha regresado el brillo?

Hubo un silencio que aturdió sus cabezas, como el zumbido de unas abejas, aunque eso no hubiera sido silencio absoluto.

—Sí, papá. Ha vuelto.

John suspiró como si acabara de dar una calada a un cigarrillo y se hubiera contagiado de la nicotina.

—Lo sabía. ¿Y por qué ahora? Han pasado diez años sin que sintieras esa sensación. Bueno, sin que tuvieras el brillo. Ya no estaba presente en ti desde todo lo que sucedió en esos años.

Peter respiró profundamente con toda la parsimonia que pudo. Aunque estaba agitado.

—No lo sé, pero he visto a alguien papá.

John se quedó de piedra.

FIN DEL EXTRACTO QUINTA PARTE

El asesino del año boreal

1

Aquella mano helada, pero a la vez cálida, se había apoyado en su hombro, y un estremecimiento le recorrió desde los tobillos hasta los pelos de la cabeza. Ann sabía que era él y estaba preparada para recibirlo, o mejor dicho, para continuar con su manera de amar. Su intensa manera de amar. Pero las cosas no iban bien y ambos lo sabían. El del brillo, oculto detrás de una densa y pegajosa niebla, la miraba o quizá la escrudiñaba con consistencia. Algo casi aterrador, pero todavía era peor la mirada de aquel nuevo asesino, perturbado, malvado, perverso y tan abyecto que no podías tragar sin sentir que algo te rajaba la garganta.

Susurraba el apellido Torrance.

Eso era todo, y sus pensamientos eran pecaminosos, deslavazados y con una visión muy distorsionada sobre la vida y la muerte. Solo le separaba un hilo tan fino como un cabello, pero su maquinaria grisácea, no comprendía lo que estaba bien o mal, o quizá es que era inquietantemente así.

Y Peter Bray no podía decir aquello de: sé lo que necesitas. Ni tocarlo. Ni verlo. Ni entrar en aquella oscuridad tan densa como una noche cerrada, pero escuchaba algo de forma tintineante como unas copas brindando en una boda mortal. Torrance. Torrance. Y Torrance.

Ann despertó de un mal sueño a principios de primavera, cuando lo mismo hacía frío, que calor, pero esa noche predominaba esto último. Y la atenta mirada de él. Quien la quiso con locura. Quien la protegió o quizá solo decía aquello de: sé lo que necesitas. Porque la tocaba y lo veía; estaba ahí como una estaca.

Ahora ya no sería lo mismo, pero aún desde la silueta en mitad de la noche que representaba, haría todo lo posible por mantener, el brillo. Ese don que dios o sencillamente su madre, le había dado.

Un don que debía pasar a ella.

Su corazón vio dos ojos inyectados en sangre del hombre y escuchó el silencio casi tan fuerte como un zumbido, de su amado. Confusa, empezó a escuchar los latidos de su corazón en las sienes y después escuchaba el eco en su cráneo, mientras estaba apoyada sobre los codos, laxa sobre la cama.

Peter Bray no sonreía.

—Él viene hacia aquí y tú serás la que heredaras mi don —dijo una voz muy sutil, aún más bajo de volumen que un susurro debilitado por el viento del cerrojo.

Pero Ann lo había escuchado.

Ella extendió su mano de dedos largos, finos y de color rosado. Embadurnados de sudor. Aunque temblaba, estaba emocionada.

Y Torrance estaba de camino.

2

Toda su vida se había descabezado, ido a la ruina, tirada al retrete. Cualquier calificativo o comparación era poco de lo que se podía decir del despojo en el que se había convertido el sheriff Duchamp. Tirado en el sofá como un viejo trapo y sujetando una lata de cerveza derramada sobre su camiseta amarillenta, soltó un eructo tan largo y promiscuo que ni él mismo se hubiera podido imaginar. Como buen borracho hasta las cejas y el hígado gritándole en un costado, se limitó a llevar el borde de la lata a sus labios, mientras sus ojos se entornaban de la frustración que sentía.

Y aunque todo había pasado hacía ya algún tiempo, los recuerdos le atormentaban desde aquel jodido frío invierno de 2017. Todavía, cuando cerraba los ojos, después de escuchar un zumbido aletargado, podía ver la expresión del rostro de aquella primera desgraciada que había encontrado con las piernas abiertas, sepultada en la nieve y con las bragas haciendo de bandera acartonada que no se movía ni con el más intenso rugido de la tormenta.

Pero lo último había sido peor y mucho peor iba a ser lo que se le venía encima.

Peor que estar borracho todas las noches, tirarse pedos y despertar con un fuerte dolor de cabeza, el estómago y saborear el lapo de buena mañana

mientras meaba con unas cuchillas cortándole, llamémosle de forma refinada, la uretra, o quizá debería decir: todo el conducto de la polla.

Mucho peor que mirarse a la cara en el mugriento espejo que cada mañana que maldecía.

Todo era menos y nada, para lo que venía.

Torrance.

3

—Sí. Es intenso. Por eso lo dejo a la decisión del destino o quizá debería decir a tu elección. Todo depende de ti —explicó Torrance mientras sus ojos lunáticos miraban la lengua amoratada de la joven de ojos grises—. ¿Cuánto dolor puedes aguantar? ¿Cuánto tiempo puedes estar sin respirar?

Las piernas de la chica resbalaban y golpeaban el césped del campo abierto, delante del Campus, delante de la Universidad, delante de nadie, salvo él y la luna que brillaba en todo su esplendor con una cara desconocida hasta ahora. La joven la veía sonreír despiadadamente desde lo alto del cielo grisáceo, porque el brillo se reflejaba en el aire; sobre todas las cosas. Y veía, sí, lo hacía; aquellos ojos petulantes cuando menos perturbadores, estaban quemándole el rostro del asesino. Una mirada helada y vacua. Como si ese jodido hombre estuviera muerto y toda su expresión se reducía a apretar los dientes y mirarla con una cruel expectación.

Y Torrance podría decir aquello de que la había visto ahogarse en su propio vómito, mientras se meaba sobre el césped, porque el cable de acero la estaba estrangulando y mientras lo hacía, se dibujaba una fina línea alrededor de su cuello, de la que manaba sangre roja y sedosa; que a aquel perverso y horrible hombre le ponía. Le excitaba y entonces notaba su escroto como una piedra y el pene como una barra de metal.

Pero la lengua se hinchaba más y más hasta que parecía explotar como un condón relleno de tinta y los ojos se desencajaban de sus órbitas más de dos milímetros. Mucho más de lo que los médicos se apresuraban a confirmar. Y entonces de los lados de las bolas como canicas, lloraba sangre y el aire era fuego en sus pulmones hinchados de nada, porque el oxígeno ya se había repartido por toda la sangre de su cuerpo. Y ella, Kate, sentía como se iba.

A la mierda.

Aunque morir parecía algo verdaderamente dulce.
Y Torrance rumiaba más formas de matarla mientras tanto.
Ella no había contestado a ninguna de sus preguntas.

4

—Peter. Parece un sueño verte ahí, junto a mi lado. Desde el día en que te perdí, supe lo equivocada que estaba con respecto a si te amaba o no. Ahora me das aliento incluso después de la muerte, porque sé que hay algo más allá que tu brillo, pero cómo podré seguir amándote ahora que estoy sola. —La voz de Ann sonaba temblorosa y las paredes de su habitación no tenían fuerzas para contestar.

Peter Bray, visiblemente pálido y casi amoratado en algunas zonas de su rostro, la miraba impassible. Sin respirar. Fuera un gato maulló a la noche, pero él permanecía callado. En un silencio ensordecedor. Casi aterrador.

La densa nube de aire casi irrespirable para ella se deslizó suavemente entre sus sábanas. Él, mientras tanto, mantenía los brazos bien estirados hacia el suelo. Apuntando con sus largos dedos al linóleo.

Ann se incorporó como si alguien le hubiera dado una fuerte patada en la espalda. Sabía que no era un sueño y sabía que Peter Bray había regresado de entre los muertos para decirle algo.

Algo nada bueno.

5

Un somorgujo se acercó a la lengua hinchada y purpúrea tanto que pareciera que quería comérsela, pero solo la observó con sus diminutos ojillos y se fue como si de repente hubiera descubierto algo aterrador en ello. Incluso los somorgujos se habían dado cuenta de que aquello era algo más que un cuerpo tendido. El ensañamiento del asesino había dejado escrita en el rostro de aquella pobre desgraciada, el terror más puro de cuantos se podían conocer. El miedo a la muerte.

Mientras el ave se alejaba y la cabeza de ella flotaba sobre el agua del lago LakeHill, como si fuera una bolsa de aire, unos pasos chapoteando se

hicieron cada vez más fuertes hasta que estalló en una histeria colectiva de tres pequeños; que habían decidido salir de excursión ese fatídico día en que el asesino del año boreal había comenzado su trabajo.

Y los Fresnos escucharon esos gritos desgarradores sin responder más que como una especie de siseo prolongado por sus ramas y las hojas, que permanecían casi impasibles, aunque no del todo.

Hasta la naturaleza estaba inquieta.

6

—Lloyd, prepárame un café —ladró Burt mientras arrastraba los pies por el suelo brillante de las oficinas.

Lloyd enarcó una ceja para decir algo, pero no lo hizo. Últimamente, pensó, el jefe estaba muy arrogante y cada vez que traspasaba la puerta corredera, lo veía más deteriorado y con una fea mancha en los pantalones, entre la bragueta y el muslo. Era amarillenta y su bigote estaba desdeñado. Sus ojos eran cada vez más legañosos y su mirada más turbia. Había adquirido panza. Una de esas tan enormes que le hacían parecer a una gata preñada, bamboleándose mientras camino. Salvo que Burt parecía andar inclinado hacia adelante.

Jack escondido en una esquina de la gran sala, mostraba esa sonrisilla tonta de un crío. Sus manos parecían frotarse como un malvado que está a punto de hacer de las suyas, pero solo era un espejismo, ya que solo sonreía. Sus ojos si brillaban y tuvo la intención de hacer el chiste del día, pero tampoco habló.

—Buenos días, jefe —dijo Richard ya con algún que otro cabello grisáceo en poblada cabeza. Había levantado la mano y su vez, mostrado todos los dientes de la parte superior de la boca, como si fuera una linterna iluminando el rostro enjuto del sheriff.

—Será para ti —acució como si fuera sonado un tañido de la garganta seca de Burt. Se encaminó hacia su despacho y tiró de la puerta con su mano temblorosa.

Arnie, que era el nuevo, lo perseguía con la mirada expectante, y como un gato curioso se ponía nervioso ante el ratón que estaba punto de cazar. El chico, de veinticinco años y pelo anillado, había estrenado la comisaria hacia

tan solo dos semanas, en sustitución a Denny que había pasado a mejor vida. Ahora estaría pudriéndose en su tumba, porque su última voluntad era que no lo incineraran. Decía que el polvo daba como resultado una alergia para los vivos y que no se encontraría bien mezclado con los mocos de todas las narices de Boad Hill.

Y mientras le clavaba la vista en la nuca de su jefe, éste dio un portazo seco y estrepitoso. El cristal había mostrado una gran telaraña y Burt recordó que había mandado quitar la jodida puerta corredera, pues él quería sentir el tacto de un pomo bronceo frío.

Ahora era un cristal resquebrajado.

Todos cabecearon al mismo tiempo.

Entonces fue cuando el teléfono sonó con su cálida melodía; justo en el momento que la máquina de café lo vomitaba en un vaso de porcelana y siseaba como un viejo tren de vapor.

7

Se despertó tarde y Peter ya no estaba ahí, a su lado. Pero el olfato de Ann descubría que el olor personal de él se había quedado suspendido en el aire. Un olor entre sudor y colonia barata, pero personal y eso le bastaba para sentirse cerca de él.

Los dedos del sol entraban por la ventana abierta y acariciaban su rostro con suavidad. Tal como lo hacía Peter en el pasado. Con cariño y determinación. Parpadeó varias veces y no hizo lo típico de cualquier novela barata: bostezar y estirar los brazos. Simplemente se despertó, parpadeó una vez más y miró el lado donde Peter se había manifestado durante la noche. Ahora estaba vacío, pero brillaba porque reflejaba la lengua dorada del astro rey.

—Buenos días —susurró al silencio mientras sus piernas volaban por el borde del colchón. Hacía calor y lo sintió de nuevo cuando sus pies tocaron el suelo. Era una sensación vaga, repetitiva y a la vez, placentera. En su mente tenía grabado a fuego, el rostro de Peter y sintió de nuevo una mano helada sobre su hombro desnudo.

Giró la cabeza.

Él no estaba ahí.

—¡Señor! ¡¡¡Hemos encontrado a una señora muerta!!! —La voz de pito del crío rebotaba en las ondas propagadas por el aire y después se estrellaban en los tímpanos de Burt como quien tira piedras contra un cristal.

—Está bien. Está bien. ¿Dónde la habéis encontrado? —preguntó Burt mientras sus dedos de la mano izquierda repicaban la superficie de la mesa—. ¿Porque sois varios, verdad?

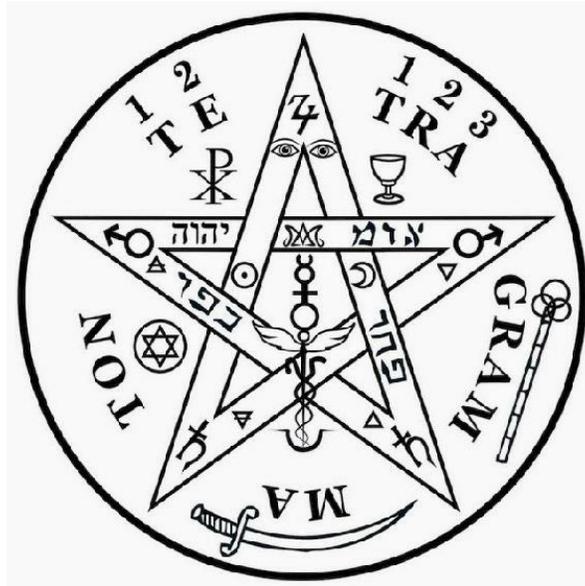
De repente se hizo el silencio y tras dos segundos escasos que no marcaban ni un latido de un corazón, alguien alejado del micrófono del teléfono móvil jadeó como un perro. Parecía que estaba sufriendo un ataque de ansiedad o quizá, asma. Y Burt lo escuchó frunciendo el ceño.

—Si señor, somos tres —titubeó el crío. Ahora la voz no era tan aguda y empezaba a desgarrarse.

—Muy bien, ¿y cómo te llamas? —preguntó sosegado Burt. Sus labios estaban estirados como si hiciera una mueca, pero no era así., Había sido una acción súbita y de la que no había puesto voluntad.

—Soy Robert, señor —contestó el crío. La voz se escuchaba alta y clara. Casi podía sentir los latidos desbocados de su corazón junto al carraspeo de la línea.

FIN DEL EXTRACTO DE LA SEXTA ENTREGA



Biografía del autor

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. En Amazon ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Ojos que no se abren", "Crímenes en verano" y "Mi lienzo es tu muerte". Pero no serán las únicas que pretendo publicar este año.